3 1761 08831746 6

OBRAS COMPLETAS DE CURROS ENRÍQUEZ

II

LS101.
C976Gmi

Obras completas de Curros Enríquez.

II

El Maestre de Santiago

El Padre Feijóo

Poesías escogidas

Segunda edición.

233722.
25.6.29.

MADRID
Librería de los Sucesores de Hernando.
Calle del Arenal, núm. 11.

1921

ES PROPIEDAD

MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 31.

OFRENDA DE ORO

SR. D. ADELARDO CURROS VÁZQUEZ.

Querido amigo: Me coge su carta en un momento en que se viene sobre mí tal cúmulo de trabajo, y sobre todo de asuntos imprevistos, que me es *imposible, imposible, imposible* escribir el brazado de cuartillas que usted con tan redoblada insistencia me pide, para encabezar el tomo de las poesías en castellano de las obras completas de su padre, el gran poeta Manuel Curros Enríquez. ¿Ni qué iba yo a decir tampoco del autor inmortal de *Aires de mi tierra* y de *El divino sainete?* Ya han hablado todas las plumas por él, todas las campanas, todos los ojos humedecidos por el dolor, todas las liras, todos los diarios. La pintura lo ha fijado con colores;

el cincel le ha dado la estática postura de lo eterno; la música ha movido en su honor todas sus cuerdas; los oradores le dieron la investidura de luz de la palabra. Las naciones todas que hablan la misma lengua, le han aclamado como a poeta, como a caballero, como a una encarnación de la patria.

Yo tuve la honra, la gloria imperecedera de que este hombre me quisiese entre los que más adoró. De su pluma salió para mí una página que parece burilada en bronce literario. Además deseó consagrar un libro entero al análisis de mi labor; pero este libro se lo llevó la muerte antes de nacer. Su corazón me quiso con tal ardor, que yo no tengo bastantes lágrimas para llorarle ni para bendecirle. ¡Qué lira tan completa la suya! Tenía un cordaje para cada círculo humano: el de hebras de sol cantaba los paisajes espléndidos de Galicia; el de fibras dolorosas cantaba las luchas de su vida; el de látigos políticos cantaba con risas amargas los combates sociales; el de culebras cantaba lo tormentoso y grande, lo apocalíptico y terrible. ¡Cuánto trabajó su corazón! Yo reuniría todos los cordajes que él tuvo para ensalzarlo, pues sólo con un millón de fibras se podrá sinfonizar el alma desbordada y maravillosa de este hombre, hecho con dolor, con risa, con bronce, con alaridos. Le andaban por la piel

espiritual todas las pasiones, removiéndolo, encrespándolo como un mar sin límites y sin fondo. ¡Qué quiere usted que yo diga del Océano amargo, del Océano sin medida! Poeta tan personal, que todo se lo arrancó de su propio espíritu, el cual dió hecho hostia a los demás; poeta que donde ponía la pluma ponía su marca indeleble; poeta que daba su carne y su alma en el vaso del verso para oficiar en un altar que nada derriba, debe ser tomado como guía y como bandera. Que otras plumas lo analicen con honda sabiduría, que otras plumas acrisolen su mérito altísimo; yo, mi querido amigo Adelardo, ni sé ni dispongo de tiempo para esa labor. Plumas críticas magistrales tenemos a las cuales puede usted pedir un soberbio estudio acerca de la labor colosal de Curros. Yo no deseo más que romper a sus pies todos los incensarios y quemar en su ara suprema todas mis resinas.

Créame que no puedo, no puedo, no puedo.

Suyo de todo corazón,

SALVADOR RUEDA.

NOTA. Le escribo ésta al lado de una pobre enferma del corazón, que ve acercarse el fin de su vida; por eso ni premiosamente puedo escribir una carta íntima.

Con las hermosas líneas que anteceden contesta el soberano poeta malagueño a una carta de Adelardo Curros, en la que éste pedíale, no precisamente un prólogo, sino algo parecido a una oración hecha rimas, para que figurase al frente de este tomo.

Era tanta y tan inmensa la admiración que el inmortal vate galiciano profesaba a Salvador Rueda, que el hijo del llorado bardo creyó cumplir un deber sacratísimo al solicitar unas líneas del insigne autor de *La Cópula* para este volumen.

Salvador Rueda, ese incomparable brujo de la rima, cuya musa es tan varia y rica como la madre Naturaleza, ha respondido dignamente al llamamiento.

En unos cuantos renglones que valen oro molido, y que nosotros no vacilamos en calificar como «ofrenda de oro», el autor de *Lenguas de Fuego* unge con los divinos bálsamos que brotan de su lira la veneranda memoria del sublime Curros Enríquez. Esas pocas líneas valen por el mejor de los prólogos, y por creerlo así publicamos la carta de Rueda dirigida a Adelardo.

El sabio Carracido ha hecho una obra maestra al prologar *El Maestre de Santiago* años ha. Después de lo que dicen el pensador y el poeta hablando de la personalidad de Curros Enríquez y de las bellezas que atesora este volumen, sólo se nos ocurre decir: ¡Miel sobre hojuelas!

NOTA DE LOS EDITORES.

EL MAESTRE DE SANTIAGO

LEYENDA

Al Señor

D. Felipe Picatoste.

Testimonio de veneración y cariño de

El Autor.

PRÓLOGO

I

La publicación de un libro de Curros Enríquez es acontecimiento que Galicia anuncia y espera con el regocijo precursor de las grandes solemnidades. A tanto honor tiene derecho quien la enalteció, cantando con vigoroso aliento las estrofas más audaces del himno de su rehabilitación. A la voz del poeta, hasta los indiferentes sacudieron su perezosa apatía, y el estruendo de los aplausos, ahogando las acriminaciones del fanatismo intolerante, resonó más allá de las fronteras regionales, difundiendo con la fama del genial e inspirado cantor los preciosos elementos artísticos latentes en el espíritu de su pueblo. El paladín generoso e infatigable de cuantos padecen rigores del destino, al exclamar en un arranque de indignación:

Que eu pra querer nacín todo caído,
Pra dar a mau á todo disgraciado,

robustecía la palabra con el ejemplo, entregando sin reservas los tesoros de su fantasía y la incorruptible firmeza de su carácter al propósito andantesco de reivindicar la personalidad social de Galicia, libertándola, por la propaganda, del menosprecio de los extraños, y por la despiadada flagelación, de la ruindad de sus propios hijos.

Servicios de tan alta estima, ¿qué menor premio podían alcanzar que un perenne entusiasmo? Éste no se extingue, ni siquiera se aminora en los conterráneos del poeta gallego, porque el instinto de conservación, infalible en las colectividades, les advierte que no podrían incurrir en tal descuido sin mutilar su espíritu, sin despreciar la voz de sus más íntimos sentimientos, y sin exponerse a que abandonen sus banderas quienes más valerosamente las tremolaron; que la constante indiferencia entibia la abnegación aun en los corazones menos mundanos.

Impulsado por estos afectos, en que se mezclan la conciencia del propio valer y la gratitud a quien sabe revelarlo, el pueblo que antes lloró sus tristezas con la musa de Rosalía, hoy anhela acentos de combate del numen de Curros, para mostrar su vitalidad al arrojarse a la pelea, y, movido por este afán interior, se regocija al solo anuncio de que su actual poeta hace sonar de nuevo aquella cuerda de su

... lira torva
Com' un coitelo fera,
Com' un tronido rouca.

Quien por el solo prestigio del nombre tiene asegurada la notoriedad de sus publicaciones, no debe agradecer éste ni cuantos prólogos le dediquen sus más fervorosos apasionados; el prologuista es quien recibe la honrosa distinción de tener la palabra anticipadamente, sabiendo que ha de dirigirla desde la tribuna que rodea numeroso auditorio; y en este caso, a la inversa de lo que se acostumbra, el prologado resulta heraldo del prologuista, confesión que, aun mortificando mi amor propio, debo consignar, por ser el hecho indiscutible.

Dispuesta así la escena, y presentado yo en ella, ¿qué debo decir para no rebajar la grandeza de la situación? ¿Exponer un juicio crítico de la personalidad poética de Curros? No me siento capaz de tal empresa, y hasta recelo de cuantos la intenten, a modo de agrimensores literarios, aplicando las reglas de los preceptistas a una figura que estimo en la categoría de autoridad.

Las obras que se imponen por su valor son señoras y no siervas de la crítica.

¿Discurrir acerca de la poesía gallega? ¡Cómo predecir su ciclo de evolución, cuando está aún en los comienzos el renacimiento de un pueblo que alcanzó en la lírica puesto de preeminencia en siglos anteriores! No será calculista, sino *vidente* iluminado por revelación sobrenatural, quien se atreva a trazar toda la curva conociendo tan sólo un pequeño fragmento de la línea. Además, sería inoportuna esta tesis en el momento

actual, porque si es cierto que EL MAESTRE DE SANTIAGO está inspirado en la historia de Galicia y vestido con la pompa que la Naturaleza despliega en los frondosos paisajes de la región que le sirve de escenario, no vibran en él los acentos melodiosos que fueron

Fecundo nume d'o úneco Rey sabio
Que n'o solio d'España tivo asento,
Arpa inmortal d'a doce Rosalía,
D'o infortunado Añón himno postreiro.

¿Remover, en último término, el litigio de las condiciones de existencia de la forma poética? Respetuoso con todo aquello que es obra de los siglos, cuidada y ensalzada por la Humanidad al través de las edades, considero tan absurdo y presuntuoso creer en la desaparición de las combinaciones métricas del lenguaje, como el intento del revolucionario exaltado de arrancar bruscamente las raíces históricas de las sociedades. Resistan los espíritus de alto vuelo, sin renegar de las llamaradas de su estro, a los desfallecimientos de las momentáneas crisis, y contemplando el cuadro de la civilización trazado por el decurso de los tiempos, no duden de la persistencia de la forma poética ni del poder fascinador de la fábula interesante, aunque generaciones literarias de inventiva pobre la desdeñen, llamándola engendro artificioso de un casuísmo escolástico.

Las multiformes apariencias de las obras poé-

ticas se reducen en último análisis a corto número de factores estéticos, tan persistentes e inmutables como las emociones que, sin diferencias de lugar ni de tiempo, agitan los espíritus, determinando el rítmico oleaje que los lleva y los trae del frenesí entusiasta al más inexorable pesimismo.

II

Desechando uno tras otro los asuntos enumerados, ¿cuál es la intención de este prólogo? Si al frente de un poema no se habla de su autor o no se dilucidan cuestiones literarias, ¿qué podrá decirse a los lectores que no les sea importuno y fastidioso? ¿Por qué incurrir en la villanía de gozar las ventajas de la reputación ajena para no honrar después a quien las concede?

Si Curros viviese poseído del afán de notoriedad, las observaciones anteriores podrían cizañar nuestro cariñoso afecto; pero su historia, consecuente en el vivir modesto y apartado del mundanal ruido, desdeñando porfiadamente los halagos de la fama en cuantas ocasiones le solicita para propagar su nombre, me garantiza que no ha de molestarle que no consagre estas páginas a exhibir su personalidad; antes al contrario, lo serio de su carácter y lo alto de sus sentimientos me compelen a suponer que me verá gozoso utilizar este momento en pro de una causa, en

sostener una idea de mayor alcance que su panegírico individual. Pero, aun colocado en este punto de vista, reconociendo al fin que las ideas abstractas tienen su fundamento en los hechos concretos, ¿por qué otra causa he de abogar aquí que no sea la representada por nuestro poeta, por la cual luchó y sigue luchando su espíritu?

En una de sus semblanzas mejor escritas, el panegirista, que le llama «caudillo de nuestros jóvenes poetas» y le confirma «la jefatura de la juventud de Galicia, que se ve subyugada por quien también es joven y tiene todos los sublimes anhelos y los bríos de los que serán dueños del mañana», dice: «Él no está en Galicia, pero Galicia está en él. Su amor late vivísimo y ardiente en lo más hondo de su corazón, y para ella son los más secretos afanes de su alma, siempre soñadora, de sus desfallecimientos, de sus horas negras.»

En esta pintura moral de Curros, en que se presenta el dualismo constituído por la inexorable realidad en lucha con el ideal constantemente anhelado, se retratan con bastante exactitud las funestas consecuencias de la vida mezquina en que por obra de corruptores influjos se revuelven las regiones españolas, y muy principalmente Galicia.

A un pueblo que desea reconstituirse, apercibiéndose para la lucha en el terreno del derecho, es menester hablarle con ruda franqueza, para que vaya entendiendo cuál es su verdadera alma

y cuál debe ser el objeto preeminente de sus afectuosas atenciones.

Hora es ya de que la reja del arado arranque de raíz la maleza sembrada por el caciquismo político y abra el surco en que sólo germine la semilla productora del sano alimento que vigoriza los músculos y el cerebro de quienes la cultivan. Mucho se habló y se habla de democracia; pero juzgando por los resultados, pudiera creerse que su predicación sólo tiene el aleve propósito de que se la escarnezca al contemplar los corrompidos productos de su mixtificación. ¿A qué conduce repetir en las ocasiones provechosas que la soberanía es inmanente en el pueblo, si en vez de ponerlo en condiciones de ciencia y conciencia para influir en el rumbo de la vida pública, se le emplea en labrar ídolos, que sólo valen por la representación que se les otorga? ¿Qué enseñanza edificante recibe quien se ve obligado a reverenciar como seres de naturaleza superior personas cuya audacia, perfidia, o ambas cosas a la vez, son las únicas cualidades que las distinguen del común de las gentes, brillando por el puesto que les cupo en suerte, pero no por su propio mérito? La piedra soterrada en los cimientos sólo se diferencia de la que ostenta primores del cincel por la selección del artífice, y olvidando este accidente de la casualidad, ¡cuántos trozos de piedra berroqueña adoran los pueblos, sin fijarse en que sólo tienen personalidad por la hechura que les dieron! Espíritus pudoro-

sos que os escandalizáis del positivismo filosófico, ¿cómo no os sonroja el vuestro, sensual y grosero, que se prosterna ante el vellocino de oro esperando poseer todas las cosas de la tierra para amar a Dios sobre ellas? Galicia, levántate de la abyección idolátrica en que te ha sumido el engañoso artificio que suplanta con el símbolo el objeto simbolizado, y apercíbete a honrar lo que vale por su mérito intrínseco, sin subordinarlo a lo que realzan hábiles oportunismos o sórdidas aspiraciones.

Ante todo, y sobreponiéndose al medio geográfico, constituyen, y principalmente consolidan el sentimiento patrio, las manifestaciones más espléndidas de la vida intelectual y moral.

Inglaterra se enorgullece llamándose la patria de Shakespeare y Newton, como Italia la de Dante y Galileo; Alemania busca los gérmenes de su nacionalidad en el poema de los Niebelungen; España en el Romancero, y hasta Portugal sostiene sus derechos a la independencia, a pesar de lo indefinido de su frontera, por las empresas marítimas de los siglos XV y XVI, y más principalmente por haber producido a Camoens. Aprended en estos hechos de somera observación a respetar en su valor substantivo los elementos perdurables de todo organismo social. Galicia podrá hacer los diputados que le plazca, y éstos llegar a ministros o a otro cualquier puesto, casualmente, o peor que casualmente, por degradación; pero nunca el voto unánime de sus cuatro pro-

vincias formará un poeta ni un sabio. Nombrando sólo a los muertos para evitar suspicacias de los vivos, ¿qué caciques son los capaces de producir a Pastor Díaz y a Rosalía Castro, a Cornide, a Rodríguez y González y a Casiano de Prado?

Esta hegemonía de las gentes llamadas políticas por la opinión pública, representa algo parecido al triunfo del periódico sobre el libro; y en efecto, nada más interesante que aquél en el momento en que, aún húmedo de la prensa, lo recoge el lector. El capítulo más ameno del *Quijote* resulta soso ante el último número de *La Correspondencia;* pero éste cae en absoluto olvido a las pocas horas de su publicidad, y las aventuras del *Ingenioso Hidalgo* deleitan a todas las generaciones, sin atenuar su encanto el transcurso de los siglos. Pero este símil también nos revela que, anteponer el histrionismo político de quien halaga momentáneas pasiones a los merecimientos del artista o del sabio, equivale a desdeñar a Cervantes para oír exclusivamente los relatos de los noticieros.

Y a pesar de esta enorme diferencia, ¡las pasiones cómo ciegan los espíritus y empequeñecen el criterio! El austero Pastor Díaz, exceptuando un momento de su vida, sólo se sentó en el Congreso representando la provincia de Cáceres o la de Córdoba. Ahora, después de muerto, su país natal le erige estatua; pero en vida no le diputó para que le representara en Cortes. Parece que un instinto suicida mueve a Galicia, porque aque-

llos de sus hijos que por la solidez de sus méritos pasan a la Historia, personalmente sólo los honra cuando trasponen los umbrales de la eternidad, y entonces su patria, acusándose de ingratitud, llora amargamente la pérdida que padece, y una y otra vez reproduce la escena, perseverando en la impenitencia. ¡Cuántas veces Rosalía, por los alrededores de Santiago, hoy embellecidos por la magia de su arte, sólo cruzó su mirada con la de las gentes sesudas y correctas que la tachaban de estrafalaria! ¡Cuántas los cohetes y el murmullo popular atronaron los aires saludando a uno de esos personajes políticos, menesterosos de ideas y de vergüenza, y recibieron en silencio a la inmortal poetisa! ¡Cómo acibaró su larga agonía el contemplar que sólo para otros sonaba la música de sus canciones! ¡Cuán dolorosamente cierta resulta la queja de Curros, exhalada en la traslación solemne del cadáver de la autora de *Follas novas*:

¡Ay d'o que leva na frente unha estrela!
¡Ay d'o que leva no bico un cantar!

Sí, desdichado, porque sólo después de satisfecha la voracidad de las ruines pasiones, recibirán sus huesos descarnados el homenaje debido a la excelsitud de sus méritos.

Despierta, Galicia, y fija la atención en tus intereses permanentes; piensa en aquellos que por el arte, por la investigación de tu pasado o por el poder de la ciencia, te han de rehabilitar ante los

que te denigran. Juventud que vienes a la vida rebosando entusiasmo por la santa causa de la *pequeña patria,* lee en *Aires d'a miña terra* aquella poesía que la indomable entereza de Curros te dedicó, titulada *Tangaraños,* y despreciando mezquinos y transitorios intereses, no te arrastres ante el mérito dudoso o negativo, por grande que sea su poder, para que a nadie haya que pedir que trueque

N' unha gran xuventude d' estrelas
Esta gran xuventude de sapos.

Si en tu alma no se entibia el calor de los sentimientos regionales, visita las tumbas de nuestros muertos ilustres y edifícate en el ejemplo de su vida; pero no desatiendas por ellos a los que aún nos guían en la jornada, para que nadie pueda lamentar la indiferencia que con presentimientos de mártir arrastra a nuestro poeta a decir en su *Encomenda:*

Si cand'a loita vaya
Tropezo n' unha foxa,
Os que, cal eu, subides
A traballosa costa,
Cuando chegués â cima
Sagrada e vitoriosa,
¡Arpas que saudedes
D' a nosa patria a aurora,
D'a y-arpa acordaivos qué fúnebre queda
N' a noite d' olvido xemindo sin groria!

Hoy, Curros, autorizado por su reputación, saca *d'a noite d'olvido* una leyenda romántica, forjada en los arrebatos de su adolescencia poética; pero en ésta, como en las poesías gallegas, late vivísimo el amor a su país y en nada contradice sus obras posteriores, sin tener de qué avergonzarse al reimprimirla, sean cualesquiera las inexperiencias de su primer ensayo. Galicia debe honrar igualmente todas las producciones literarias de su poeta; podrán diferir por los caracteres peculiares del tiempo de su génesis; pero el sentimiento que las inspira es idéntico. Que éste sea tan correspondido como merece, es cuanto deseo al amigo que me ha honrado dejándome estas páginas.

JOSÉ R. CARRACIDO.

Madrid, 7 de julio de 1892.

LIBRO PRIMERO

CRIMEN Y EXPIACIÓN

I

En medio de un abrupto promontorio
De acantiladas, vacilantes rocas,
Monstruos que arrancan de sus pardas bocas
Alaridos de rabia al huracán,
Levantábase en tiempos ya lejanos,
Cual implacable símbolo de muerte,
La rica y opulenta casa fuerte
Del señor de Milmanda y Sanchidrián.

Morada de dolor, sobre sus torres
El murciélago vil revolotea,
Mientras el dulce jugo saborea
Que a la sagrada lámpara robó;
Y el buho malhadado, pesaroso,
Deja escuchar allí su voz sombría,
Cuando a la luz espléndida del día
La fatídica noche sucedió.

Dueño de inmensos pueblos y vasallos,
Por pecheros y próceres temido,
Es en todo Galicia conocido
Don Ramiro de Acosta y Santarén;

Conocido por cruel y sanguinario,
Temido por sagaz y traicionero,
Que su fama de innoble caballero
Cunde por pueblos y abadías cien.

De espíritu mezquino y rencoroso,
De corazón henchido de veneno,
Su palabra de déspota es un trueno
Que amaga pavorosa tempestad.
Esposo infiel, sacrificó a su esposa
Y en dura cárcel atormenta a su hija;
Que su pecho de tigre no cobija
Sentimientos de amor ni caridad.

Temerario y sacrílego escarnece
Los fallos del Señor con insolencia,
Y creyendo extinguir en su conciencia
Los gritos de sus víctimas de ayer:
«¡Sangre!», murmuran sus febriles labios,
Y sangre entonces el tirano vierte,
Y el pueblo de Milmanda se divierte
En contemplar cadáveres doquier.

Recluso en lo interior de su castillo,
El alma por recuerdos torturada,
Se alza de don Ramiro a la mirada
El libro de su vida criminal,
Y al fijarse en su página postrera
Sus ojos hiere este recuerdo triste:
«¡Traidor, traidor!... ¿Por qué a tu rey vendiste,
Tú, el privado del rey de Portugal?...

»Don Alfonso te amaba como a un hijo,
Te colmaba de dichas y favores:
Los más altos magnates y señores
De su corte, nada eran ante ti;
Te ha señalado cámara en su alcázar,
Dióte pajes y gentes de servicio,

Y al fin tanta merced y beneficio,
¿De qué manera los pagaste? ¡Di!

»¡Ah! Mientras don Alfonso se lanzaba
Al frente de sus tropas valerosas
A combatir las huestes numerosas
Del leonés intrépido y feroz;
Y mientras a su empuje se rendía
El pendón castellano hecho jirones,
Trepando sus guerreros escuadrones
Los muros de la invicta Badajoz,

»Cobarde, ¿tú que hacías? Concertabas
La muerte de tu rey y tus hermanos;
De una mujer por los hechizos vanos,
¡Miserable!, vendías tu nación...
¡Y la vendiste al cabo! ¿No te acuerdas?...
Don Fernando el Segundo dióte esposa;
Y, precio infame a una traición odiosa,
Regalaste un vencido al de León.

»¡Un vencido! Encontraste un ruin arquero
Que hiriese a tu señor; mas no has logrado
Dar término a tu plan, ni el dedo airado
Esquivaste de Dios, en justa ley.
La flecha pudo atravesar su muslo...
Huyó el villano; pero, en duro grito,
Entre estas rocas te mandó proscrito
La voz severa de uno y otro rey.

»Duerme, si puedes, Santarén malvado;
Duerme, si logras conciliar el sueño...
Mas, ¡ah!, que inútil ha de ser tu empeño,
Vano tu esfuerzo, sí, vano tu afán.
¡Mañana acaso a tu castillo acuda
Estrechas cuentas a zanjar contigo
El bandolero a quien llamaste amigo
Cuando trazaste tan inicuo plan!...»

.....

Al cruzar esta idea por su mente,
Doloroso recuerdo de otros días,
Recorre Santarén las galerías
De su rico palacio señorial
Y da aviso a sus gentes que en la almena
Se cuelgue a todo aquel que, del rastrillo,
Pregunte si el que habita su castillo
Fué privado del rey de Portugal.

Y siempre, ora de día, ora de noche,
Ya al resplandor del sol, ya al de la luna,
En cada torre hay por lo menos una
Víctima de aquel ser sin corazón.
Pobres mendigos que buscando vienen
Calor para sus miembros ateridos,
Por espías juzgados y tenidos,
En horca morirán, sin compasión...

E impaciente, intranquilo, receloso,
Al cuarto corre Santarén de su hija
Y en ella clava la mirada, fija,
Cuando en sus rezos la sorprende allí:
Ávido la contempla... y más tranquilo
Tórnase de matanza a su faena,
En tanto doña Dulce, el alma llena
De pesadumbre y duelo, oraba así:

«Virgen mía, mi Virgen adorada,
Esperanza feliz para el que llora;
¡Estoy triste, consuélame, Señora,
Consuela a la que siempre te adoró!
¡Da a mi padre un momento de reposo,
Un momento de paz, en su tortura,
O llévame a tu reino, Virgen pura,
Que entre sangre no puedo vivir yo!»

II

Así la pobre niña,
De hinojos prosternada,
El alma lacerada
Por bárbaro puñal,
Oraba ante una gótica
Imagen de María,
En tanto que vertía
De perlas un raudal.

¡Lloraba! ¿Y quién no llora
Si vive entre cadenas,
Sufriendo los tormentos
De dura esclavitud?
¿Quién puede ver sin lágrimas
Que corran entre penas
Los plácidos momentos
De nuestra juventud?

¿Quién vió desde su cárcel
Cruzar la golondrina
Y rápida hasta el cielo
Su vuelo remontar,
Que no envidió esas alas
Al ave peregrina,
Para en igual anhelo
Tan rápido volar?

Indócil es y triste
De doña Dulce el llanto,
Tan triste y dolorido
Que mueve a compasión.
Su hogar trocado en cárcel,
Aumenta su quebranto

Su padre, que ha perdido
La paz del corazón.

¡Sí, que sin ella vive
El pobre don Ramiro,
Y vive condenado
A guerra tan cruel,
Que sólo cuando exhale
El último suspiro,
Si muere en buen estado,
La paz irá con él!

En tanto, será inútil
Que al cielo mire ansioso,
En busca de esa estrella
Que le alumbró fugaz;
En vano paz demanda
Con grito doloroso,
Por ver si encuentra en ella
Su espíritu solaz.

Que cuando sus pupilas
Tendió sobre la tierra
Y cuando allá hasta el cielo
Sus ojos levantó,
Tan sólo en torno suyo
Se alzó un clamor de guerra,
Y guerra siempre y duelo
Doquiera columbró.

Si en noche silenciosa
Cerró sus tristes párpados
Y quiso en su despecho
Hallar la paz así,
Luego sintió su alma
Roída por cien víboras,
Y salta de su lecho
Con rabia y frenesí.

Si aún no desengañado,
Con báquica porfía
En néctar y licores
Sosiego a buscar fué,
En medio a las imágenes
De amor, que halló en la orgía,
Espectros vengadores
Que le amenazan ve.

Y en vano, ya el instinto
Perdiendo de la vida,
Lanzarse va a la muerte
De eterna calma en pos;
Que cuando al pecho lleva
El arma del suicida,
Se aterra, porque advierte
La maldición de Dios...

¡Ay! Triste del que piensa
Con infecundo empeño
Que el crimen ya pasado
Ni rastro dejará...
En vano paz demanda:
¡La paz sólo es un sueño
De espantos mil poblado,
Sin término quizá!

III

De sus valles cinturón,
De su riqueza blasón,
Espejos de su atavío,
Fertilizan a León
El Bernesga y el Torío.

Ambos sus anchos raudales
Llevan hasta las entrañas
De bosques y matorrales
Y hasta poblados charcales
De juncos y de espadañas.

Ambos marchan, corredores,
En esguinces invasores
Por el bosque y la pradera,
Arrastrando en su carrera
Espinos, plantas y flores.

Por su curso lento e igual
Cierto instinto fraternal
Debe haber entre los dos,
Y algún misterio fatal
En ellos esconde Dios.

Que a no haber algún misterio
Velado a humano criterio
Y a deleznable razón,
Encontrara explicación
Un caso que dan por serio.

Diz que es cosa de admirar
En toda villa y lugar
De estos ríos alredor
El rojo vivo color
Que suele el agua llevar.

Y ello podrán ser consejas,
Pero, al decir de las viejas
Que lo han llegado a saber,
Allí no quieren beber
Asnos, ni vacas, ni ovejas.

Nadie en aguas tan impuras
Se atreve un paño a lavar;

Y no hay mozo aventurar
Que eternice sus bravuras
Tirándose allí a nadar.

Que hay quien dice, preocupado,
Que el color ensangrentado
De las aguas de estos ríos,
Es señal de que está airado
El Señor con los impíos.

Y hay quien se arriesga a jurar
Que una noche — y nada arriesga —
Vió sobre el Torío flotar
Dos cadáveres al par,
Y otros dos sobre el Bernesga.

Tal la gente lo pregona
Que de sus verdes riberas
Habita en toda la zona;
Y cuando el pueblo lo abona,
El asunto va de veras.

Mas el pueblo no logró
Sujetar a su criterio
Las causas de lo que vió,
Y el misterio que encontró
Se ha quedado en el misterio.

Y ambos ríos continuaban
En su marcha natural,
Y las gentes murmuraban
Siempre que turbio miraban
Su puro y limpio cristal.

Y era porque no sabían
Que sobre un monte escarpado
En cuya falda vivían
Y al que estos ríos tenían
En sus giros rodeado,

Una legión de bandidos,
Todos hombres mal nacidos,
Tenían su centro allí,
A un capitán sometidos
Que eligieron para sí.

*
* *

Es una noche invernal,
Noche tormentosa y negra;
No hay una estrella en el cielo
Ni hay una luz en la tierra.
Braman los vientos con furia,
Gimen los robles con pena,
Cual si una planta satánica
Sobre sus copas sintieran.
Diríase que irritados
Los elementos que pueblan
El espacio, sostenían
Lid pavorosa y sangrienta,
Tomando nuestro horizonte
Por campo de la pelea.

Mas, para no entretenernos,
Dígase lo que se quiera,
El caso es que roncos gritos
De amenazas y blasfemias,
Súplicas y carcajadas,
Voces de mando y protestas,
Todo en medio de la noche
Distintamente resuena
Desde la cumbre del monte
Que entre sus giros rodean
Por una parte el Torío,
Por otra parte el Bernesga.

Amarrados fuertemente
Por las bridas y las riendas,
Al abrigo de un pinar
Varios trotones jadean.
En sus arrogantes crines,
Que casi la tierra besan,
Y en la noble gallardía
Con que se alzan sus cabezas,
Bien claramente pregonan,
Si en su andar no lo dijeran,
Que no hay una raza en potros
Cual la raza cordobesa.
Por debajo de los flecos
De un caparazón que llevan,
Sin duda con miramiento
De que el agua nos les hiera,
Lujoso jaez de brocado,
Ricas monturas ostentan,
Y cinchas de cuero fino
Bordadas de lentejuelas.

A juzgar por sus relinchos
Y por los surcos que dejan
Señalados al herir
Con sus cascos en la arena,
Grandes deben ser sus bríos
Y más grande la impaciencia
De ver llegar a sus dueños
Y lanzarse a la carrera.
Mas en estas soledades
Y a tal hora, ¿a quién esperan
Los ricos potros oriundos
De las andaluzas vegas?
¿Por qué miran anhelantes
Hacia el lugar donde suenan
Súplicas y maldiciones,
Carcajadas y anatemas?
¿Qué jornada les aguarda,

Que ya sus crines se encrespan
Al escuchar, de los ríos
Que bajo sus plantas ruedan,
El estruendo pavoroso
En medio de la tormenta?

No es un misterio. — Al confín
Del pinar y en la ladera
Del monte, se alza una roca
Cuya ennegrecida cresta
Solamente es visitada
Por el buitre y la cigüeña,
Que en ella eternos habitan
Colgando su nido en ella.
Al pie de esta roca, se abre
Mal oculto entre malezas
Un abismo; de él pendiente
Cuelga siempre una escalera,
Y en su fondo, donde nunca
Los rayos del sol penetran,
Se divisa el arco rudo
De una gruta obscura y negra,
Cuya boca está cegada
Por una puerta de piedra
Que gira a merced del brazo
Del que por dentro la mueva.

Formidable es el terror
Que inspira la mansión ésta:
La obscuridad, el silencio,
La fría humedad que hiela,
La estalactita que luce
En medio de las tinieblas
Con la fosfórica ráfaga
Del ambulón, amedrentan
El ánimo más valiente,
El corazón de más fuerza,
El valor más temerario.

Al umbral de esta caverna
Destaca una galería
Cóncava, oprimida, estrecha
Y torcida, como el rastro
Que deja en pos la culebra.
Un paso más, y el pavor
Súbitamente se amengua,
Muda el alma cautivada
Por agradable sorpresa.

Es una estancia espaciosa;
De sus bóvedas de piedra
Penden por rojos cordeles
Tejidos de fuerte seda
Cuatro lámparas, labradas
De figuras arabescas.
A su luz triste y opaca
Y en derredor de una mesa,
Donde de espléndida orgía
Los pobres restos campean,
Don Pedro Fuentencalada
Sostiene viva polémica
Con once sicarios suyos
De faz innoble y aviesa.
Todos visten buenas ropas
De las más vistosas telas
De Oriente, blancos tabardos
De lana fina, monteras
Con airón de blanca pluma
Y borceguí con espuela.
Todos, pendientes del cinto,
Buídos puñales ostentan,
De plata los gavilanes;
Que sólo don Pedro lleva,
Como el de más jerarquía,
Cumplido puñal de a tercia
Con cruz de macizo oro
Hecha de mano maestra,

Y caja de piel de zorra
Llena de rubís y perlas.

Sentada junto a don Pedro
En un sitial de madera,
Fijos los rasgados ojos
En el suelo, Magdalena
Hace ademán para hablar;
Mas no lo consigue apenas,
Cuando surca sus mejillas
Llanto que ocultar intenta
En vano, con una risa
Terriblemente siniestra.
Cesa un momento; dirige
Una mirada sedienta
A la metálica luna,
En cuyo fondo contempla
Su rostro del sol tostado
Y exclama la triste:
—¡Vieja!
¡Don Pedro!... ¡Tenéis razón!
Vieja os parezco y debiera
Creeros, porque mis lágrimas,
Doquier que voy, no me dejan,
Y las lágrimas marchitan
La juventud y la afean.
Mas... ¿por qué no me afrentasteis,
Don Pedro, de esta manera,
Cuando, perseguido, errante,
Os recogió en su vivienda,
Partiendo con vos su pan
Y los leños de su hoguera,
Aquella pobre gitana
Para vos entonces bella?
Sí; ¿por qué no me ultrajasteis
Antes de que os conociera,
Antes de que en vos fiara,
Creyendo vuestras promesas?...

¡Ay de mí!, que si yo entonces
Desdeñase vuestras tiernas
Caricias, vuestros halagos,
Vuestras frases lisonjeras;
Si, cuando vos me decíais:
«Yo te amo, gitana pérfida,
Ámame tú y a mi lado
Serás feliz», yo os dijera:
«Id en mal hora, don Pedro,
Que soy libre en mi pobreza
Y no quiero vuestro amor,
Porque el amor me encadena.
Si, en fin, asiéndoos de un brazo,
De este brazo, en cuya arteria
Hay sólo sangre cobarde,
Porque hace un instante apenas
Se alzó, amenazando osado
Con un puñal mi existencia,
Os arrojase a los pies
De las huestes portuguesas
Que iban a voz de pregón
Pidiendo vuestra cabeza,
Y les gritare: «¡Ahí tenéis
Lo que buscáis; la *doncella*
Que tiembla, que palidece,
Que llora en vuestra presencia,
Es don Pedro, el arrogante
Don Pedro, aquel cuya diestra
Mandó con poca fortuna,
Mas con intención certera,
Al pecho de don Alfonso
De Portugal una flecha!...»
¡Oh! ¡Entonces no me afrentarais
Como hoy lo hacéis: en mi senda
De espinas, abandonada,
Pero llevando doquiera
Por compañía mi llanto
Y el rigor de mi anatema,

Fuera feliz sin amaros,
Sin gozar de estas riquezas,
Sin vuestros besos perjuros,
Sin vuestras caricias pérfidas!»

Y esto diciendo, fijaba
Su mirada Magdalena
En don Pedro, cuya faz,
Roja por la ira colérica
Que la indignación le imprime,
Se alza imponente y severa.

Breve instante de silencio
Sucedió, calma siniestra,
Cual la que anuncia en el mar
El equinocio que llega.

Luego, tendiendo don Pedro
Su mano, ruda y enérgica,
Dijo con la voz del trueno
Cuando inflamado revienta:
—Maniatad a esta mujer
Y una mordaza ponedla,
Mis lebreles: ¡yo lo mando!;
Sed prestos a la obediencia.—
Y como si estas palabras
Anuncio de muerte fueran,
Todos bajan al oírlas
Abrumada la cabeza,
Cual si el temor y el espanto
Ocultar así quisieran
A los ojos de aquel monstruo
Cuyos mandatos respetan.
—Obedeced prestamente,
O ¡vive Dios! que con vuestras
Cabezas haga escarmiento
De gente traidora y perra.—
Y al reflejo mortecino

De las lámparas que cuelgan,
Todos los rostros se cubren
De palidez cadavérica
Y sólo el sollozo se oye
De la pobre Magdalena,
Que de rodillas demanda
A su tirano indulgencia.
—¡Don Pedro, don Pedro mío!
¿Tanto os afrentó mi lengua
Que así mandáis que me traten
Los que homenaje me prestan?
¡Amordazarme! ¿Y por qué?
¿Por qué, cuando a mi querella
Dió margen vuestro desdén
Y el rumor de vuestra ausencia?
¡Ved, don Pedro, lo que hacéis!
¡Ved que ya viva, ya muerta,
Mi sombra con vos irá
Por donde vaya la vuestra!
¡Ved que os adoro, don Pedro;
Ved que mi fe no se quiebra
Con befos ni con mordazas,
Con aceros ni con flechas!
¡Ved que tengo de seguiros
Hasta que me falte tierra
En que pisar, y es en vano
Que os afanéis porque muera!...
Yo no he de morir, don Pedro;
No he de morir, porque vela
En mis entrañas el hijo
De vuestro amor y mi afrenta,
Por el nombre de su padre
Y por mi pobre existencia.—

Mas estas tristes palabras
En don Pedro no hacen mella
Y sólo consiguen dar
A su coraje más fuerza;

Y mientras, montando en cólera,
La mano a su cinto lleva,
Muda la turba le mira
Y estupefácta contempla
Que de aquel drama sombrío
La catástrofe se acerca.

Entre tantos miserables
No se brinda uno siquiera
A ejecutar el mandato
Que el capitán les ordena;
Que todos, aunque villanos,
No tienen en su conciencia
Remordimiento de ultraje
A una mujer indefensa,
Y todos, antes de ser
Cobardes, páranse y tiemblan.
Páranse, pero ¿qué importa?
Nada a don Pedro le arredra
Y siempre su brazo alcanza
Donde su anhelo le lleva.
Don Pedro no se detiene
Cuando concibe una idea,
Y antes muere en la demanda
Que renegar de su empresa.
—¡Cobardes!—dice rabioso
Al ver que por vez primera
Todos permanecen mudos
A sus órdenes perversas—.
Si sois tan viles que sólo
Matáis al que os da su hacienda,
Dejando desamparados
Sus deudos y parentela,
Volved el rostro, mezquinos;
¡Que vuestros ojos no vean
Morir a un ser que ya nada
Puede esperar en la tierra!—
Dijo; y alzando el puñal

A lo alto de su cabeza,
Dos veces rasgó iracundo
El pecho de Magdalena...
Tenues gemidos de angustia,
Entre gritos de sorpresa
Y de terror resonaron
Por las bóvedas de piedra,
Repitiéndose sus ecos
Como un lúgubre anatema
Por el dédalo que forma
La tortuosa vereda
Obscura, cóncava y húmeda,
De la galería extensa,
Hasta perderse en la boca
De aquel abismo, allá fuera.
.....

Y mientras tanto, don Pedro
Carga su víctima a cuestas;
Atraviesa silencioso
La distancia que promedia
Desde las negras entrañas
Hasta el nivel de la tierra,
Y apareciendo un instante
Después encima la cresta
De la roca donde anida
La quejumbrosa cigüeña,
Dice, mirando con risa
Satánica a Magdalena:
—Por Dios que no cumplirás,
Gitanilla, tu promesa;
Si viva ha sido tu intento
Lanzarte en pos de mi huella,
A fe que hacerlo no puedes
Cuando te contemplo muerta.—

E irguiendo en brazos el cuerpo
De la egipcia, que chorrea

A borbotones la sangre
De las heridas que lleva,
Lanzólo en medio al espacio
Y rebotando en las breñas
Rodó como una avalancha
Hasta hundirse en el Bernesga.

*
* *

—Ya estamos de más aquí—
Exclamó Fuentencalada
Al penetrar nuevamente
Donde sus gentes le aguardan—.
La noche nos favorece
Por lo obscura, camaradas;
Los caballos nos esperan
Y es muy larga la jornada.
En marcha, pues, mis lebreles;
Que el plazo cumple mañana
Y es fuerza no reposar
Hasta llegar a Milmanda.—

Y la legión de bandidos
A quien don Pedro avasalla,
Fiel a su voz imperiosa
Abandonó aquella estancia.
Oyóse a poco un relincho
Y el estrépito que causan
Doce potros al galope
Que por la montaña bajan;
Luego el ruido que producen
Al atravesar las aguas
Del Bernesga; luego un grito
Penetrante, y luego nada
Más que el son de la tormenta
Y el trueno que ronco estalla,
A tiempo que del relámpago

A la luz intensa y cárdena
Se mira una sombra que huye
Vacilante, incierta y vaga,
Por el camino que siguen
Don Pedro Fuentencalada
Y su gavilla, compuesta
De sus once camaradas.

IV

Silba en tanto en los cristales
Del castillo de Milmanda
El viento, que en sus almenas
Azota con ronco son,
Y crece el agua en su foso
Hasta lamer la baranda
Del puente, cuyas cadenas
Penden desde el murallón.

La noche cubre del valle
Los horizontes estrechos:
Hay en las sombras acechos
Felinos, de tigre audaz.
Todo reposa; tan sólo
Se escucha cómo desmaya
El clamor del atalaya
Que anuncia: «¡Dormid en paz!»

¡Dormir! Dichoso el que siente
En lecho de áureo palacio
Ese grito en el espacio
Lánguidamente morir
Sin que, desvelado, insomne
Por el dolor, el oído
Pueda escuchar repetido
Ese eco otra vez gemir.

Dichoso el mortal que en sueños,
Sana y libre su conciencia,
De ese acento la cadencia
En otro mundo escuchó,
Donde el alma dulcemente
Reposa alegre y tranquila,
Cuando sobre la pupila
El párpado resbaló...

¡Cuán dulces son y encantadas
Las breves horas del sueño!
¡Qué espacio tan halagüeño
Llega el espíritu a ver
Cuando, inerte la materia
Que le atrofia y esclaviza,
Fugitivo se desliza
Lo infinito a recorrer!

Dueño entonces absoluto
De su imperio detentado,
Cual sultán que destronado
Regresa al perdido harén,
Así feliz el espíritu
Hacia su patria se lanza
Por regiones de esperanza,
En ansias de amor y bien.

Y allí admira las florestas,
Cuyas plantas olorosas
Crecen lozanas y hermosas
En un perenne verdor,
Y las bullidoras fuentes
De aguas puras, cristalinas,
Donde saltan las ondinas
De su corriente al rumor;

Y los jardines poblados
De dalias y de azucenas,

De violetas y verbenas,
De fragancia sin igual,
Y los nópalos, que crecen
Entre los céspedes suaves,
Donde preludian las aves
Su cántico matinal;

Y los palacios, colgados
De fantásticos doseles,
Cuyos altos capiteles
Piérdense en su cielo azul,
Y en sus mágicos salones
Bajo bóvedas de oro,
Vírgenes cantando a coro,
Veladas en blanco tul.

Todo cuanto en su delirio
Puede ver la fantasía,
De espléndido en la armonía,
De armonioso en la ilusión,
Todo, en su rápido vuelo,
Lo mira el alma extasiada,
Mientras duerme fatigada
La materia en su abyección.

¡Sí! Dulces son y encantadas
Las breves horas del sueño;
Mas, ¡ay!, de mortal beleño
Para el que velando está,
La conciencia torturada
Por recuerdos de amargura,
Crímenes que en guerra dura
Tienen al alma quizá.

Tal don Ramiro que, loco,
Sobre su lecho se agita,
Lleno de angustia infinita
Y de cobarde terror;

Tal don Ramiro, que clava
Sus turbios ojos con ira
En una sombra que gira
De su lecho en derredor.

Sombra, sí, cuya amarilla
Mano, flaca y descarnada,
Va extendiéndose crispada
Poco a poco hasta su faz,
Como si en ella quisiera
Descifrar oculto enigma
O imprimir algún estigma
De deshonra pertinaz.

Sombra loca, vengativa,
Que cual burbuja aparece
Y se hincha de pronto y crece
Haciéndole estremecer,
Hasta que revienta en risas
De sonido funerario,
Como el que del hondo osario
Arranca un cuerpo al caer;

Que modula a sus oídos
Blasfemias y maldiciones,
Y entona impías canciones
Con sordo acento infernal,
Ya postrándose de hinojos
De don Ramiro en el lecho,
Ya atormentándole el pecho
Bajo su planta brutal;

Que se arrastra por las losas
Rabiosa y enfurecida,
O levanta removida
Ceniza vana su pie,
Y difunde por la estancia
Claridad amarillenta,

A cuya luz macilenta
Su angustiada faz se ve.

Faz sin formas ni contornos,
Carcomida, esqueletada,
Lívida, despestañada,
Sin expresión ni color,
Y a cuyo mondado cráneo,
Como lisa calabaza,
Una corona se enlaza
Con fatídico primor...

Corona que nada arguye
De su esplendor fenecido,
Hierro viejo, enmohecido,
Corona que fué de rey,
Cuando en rubís engastada
Y en piedras de gran valía,
Un monarca la ceñía
Cuya voluntad fué ley.

¡Oh! Y esta sombra es su sombra;
La sombra de aquel guerrero
Que al dar su aliento postrero
Pidió al Señor, al morir,
La gracia de aparecerse
Al que traidor le vendiera,
Y hoy viene a su cabecera
La atroz venganza a cumplir.

¡Sí, esta es la sombra angustiada
Del rey que ingrato privado
Vendió herido y maniatado
Al de León, Santarén,
A cambio de las caricias
De una esposa noble y bella,
Tras cuya rápida huella
Queda una sombra también!

Y don Ramiro se espanta;
Y en su dolor inhumano,
Quiere apartar con la mano
Aquel fantasma de sí;
Pero, inútil su porfía
Y estériles sus antojos,
Adonde vuelve los ojos
La sombra se encuentra allí...

Y ya en su lenta agonía,
Rabioso, desesperado,
Va a gritar desalentado
En demanda de favor,
Cuando siente con fiereza
Comprimida su garganta
Y un acento que le espanta
Y le llena de terror.

Súbito entonces sus ojos
Miraron desvanecerse
Las visiones y perderse
De su lecho en el dosel,
Como fugaz pesadilla
De desolada quimera,
Tras de la cul nos espera
Una verdad más cruel...

Y es que el plazo ha terminado,
Y al terminar su jornada,
Don Pedro Fuentencalada
En Milmanda se encontró,
Y tras una breve lucha
Con las gentes del castillo,
Tinto en sangre su cuchillo
Por sus puertas penetró.

Dejó en los patios su gente
Al amor de grata lumbre,

Y mandó a la servidumbre
Del castillo aprisionar;
Y con grave y firme planta
Sin que nada le recele,
Llegó al fin adonde suele
El de Acosta reposar.

Rápido bajó el embozo
Del bien cumplido tabardo;
Se adelantó con pie tardo
Y al noble altivo miró.
Guardó silencio un instante
Y con voz enronquecida,
Así con el regicida
Estas palabras cambió:

DON PEDRO

¿Conocéisme, don Ramiro?

DON RAMIRO

¡No os conozco!

DON PEDRO

¡Cosa rara!
A mí, en cambio, me bastara
Oír vuestra voz fatal,
Para teneros al punto
Por el ingrato valido
Del señor rey fenecido
Alfonso de Portugal.

DON RAMIRO

¡Infierno! ¿Quién sois?

DON PEDRO

No es hora
De revelároslo, acaso;
Antes, por ser muy del caso,
Una historia os narraré,
Para que brote el recuerdo
Más presto en vuestra memoria:
Es una historia esta historia
Que no olvidáis ni olvidé.

Tras cuyas breves palabras
Calló don Pedro un momento,
Y osado tomando asiento
En un cómodo sitial,
Comenzó de esta manera
La narración que anunciara,
Mas no sin que antes cuidara
De requerir su puñal.

V

«Corren de mayo los postreros días
Y es una tarde de serenas auras;
La fresca primavera en su apogeo,
De verde mirto y rosa engalanada,
Opulenta en sonrisas, los vergeles,
Los bosques y las selvas visitaba.

»Iba a cumplir el sol en Occidente
Su cotidiano exilio; con él marchan
La luz y la armonía, sobre alfombras
De nubes de carmín y de esmeralda.
Regio proscripto, el paso detenía
Al columbrar las últimas montañas,

Suspiró con las auras gemidoras,
Tendió al espacio la postrer mirada,
Y al ver la luna enseñorearse alegre
Sobre el cenit, donde moró su alcázar,
Agitó sus melenas fulgurantes,
Mandó un adiós a su perdida patria,
Y con rápido paso huyó iracundo
Allá en el mar a sumergir sus lágrimas...

»Iluminan tan sólo el firmamento
Tibios rayos de luz amortiguada
Entre la débil sombra confundidos
De una noche tranquila que avanzaba,
Cuando, por una senda que al viajero
Conduce a Badajoz, se destacaban
Negros bultos informes, movedizos,
Como de muchas gentes que cabalgan,
Ronco son de atambores y clarines
Que en ecos penetrantes se dilata,
Y el acerado brillo que producen
Yelmos, escudos, picas, cotas y hachas.

»Eran gentes de guerra, a crudas lides
Y en cien y más combates adiestradas,
Gente ruda y salvaje cual las rocas
Que el padre Tajo con sus ondas baña;
Eran los dignos hijos de Viriato,
Que cuentan por victorias sus batallas,
Y entre los que nacisteis, don Ramiro,
Como para negar sus prendas altas.
Ávido de conquistas, don Alfonso,
Rey de los portugueses, caminaba
Sobre un caballo indómito, delante
De sus guerreras huestes y bizarras.
Caminaba sereno, denodado,
Esculpido el valor en la mirada,
De ensanchar sus dominios codicioso
Tal vez acariciando la esperanza.

Vos erais su valido, y a su lado
Don Alfonso un lugar os dispensaba;
Que sin vuestro consejo y vuestra venia
No excita al enemigo ni le ataca.

»Cesó el clarín; al rayo de la luna
Destacáronse ya, no muy lejanas,
De Badajoz las torres, cuyos muros
Iban a ser testigos de una infamia.
Acamparon las huestes, y entretanto
Que las perdidas fuerzas reparaban
Con un breve descanso, don Alfonso
Trazó, selló y os entregó una carta.

»—Id—os dijo después—, id, don Ramiro,
A saludar al rey de aquesa plaza,
Y decidle que un rey tan poderoso
Como el rey de León aquí le aguarda;
Decidle cómo vengo en son de guerra,
De estos grandes dominios en demanda,
Y cómo están dispuestos mis soldados
A morir por el triunfo de mi causa.
En ese pergamino le encomiendo
La razón que me asiste a esta jornada.—

»Vos partisteis ligero como el rayo;
Quien viera vuestro gozo, no dudara
Que erais vos de este reto el responsable,
Trama por vos urdida y preparada.

»Vacilando entre el miedo y la avaricia,
Llegasteis presto al castellano alcázar;
Hablasteis con el rey, que, deferente,
Os hizo grande honor, y al leer la carta
Quizá su corazón latió violento,
Tal yez su hermosa frente se anublaba...

»No es un temor cobarde, no es el miedo

A sostener la lid lo que le espanta:
¡No hubo jamás cobardes en Castilla!
Lo que al rey don Fernando le aterraba,
Era pedir al portugués un plazo
Para entablar la lucha provocada.

»Mas ¿qué hacer, si sus tropas valerosas,
Sus fuertes caballeros y mesnadas
Derramaban su sangre en suelo extraño,
De la justicia y del honor en aras?

»Y abrumado su reino por contiendas
Y discordias civiles, amagada
Su corona y a guerra apercibido
Por las fuerzas que manda el de Navarra,
¿Cómo podrá luchar? ¿De qué manera
Probar esfuerzo ni reñir batalla? (1)..

»¡Ay! A tales preguntas, don Fernando
Sobre el pecho la frente doblegaba
Y «¡Rendirme! ¡Oh, jamás!», en sordo acento
Sus balbucientes labios murmuraban...
Vos comprendisteis bien cuánto sufría
Su noble corazón, y vuestra audacia
Nunca pudiera ser tan oportuna
Como dándole al triste una esperanza
En medio de inquietudes tan horribles,
Tantos crudos temores y asechanzas.
¡Y esa esperanza se la disteis, bella
Y halagadora, mas cobarde y falsa!

»¿Vais haciendo memoria, don Ramiro,
Cúya es la voz que tan altiva os habla?

---

(1) Don Fernando II no podía verse libre de guerras: por acudir a los negocios y revueltas civiles de su sobrino el rey de Castilla, invadió sus tierras el de Portugal, y más tarde el de Navarra. Véase LAF. — *(N. del A.)*

Mas dejad que prosiga; queda poco,
Y es lo mejor del cuento lo que falta.

»Entre las damas nobles de la corte
De don Fernando de León, llevaba
La palma en donosura y gentileza
Su hermana doña Elvira, de bastarda
Cuna; mas para vos, sólo que fuese
De progenie de reyes os bastaba.

»Visteis a doña Elvira, y al fijaros
En la lánguida luz de su mirada;
Al ver aquellos labios purpurinos,
Gloria del caballero que la amaba
(Porque la amaba un hombre), vos sentisteis
La codicia infernal dentro del alma,
Pasión la más innoble y más funesta
De cuantas tejen la miseria humana.

»Cuando ya la codicia se apodera
De nuestro corazón, como la llama
De un incendio voraz, nada es bastante
A vencerla, extinguirla ni amenguarla,
Y en vos esta codicia, de tal suerte,
Con tanta rapidez se propagaba,
Que aquella misma noche decidisteis
En doña Elvira, la infeliz, saciarla.

»Meditado era el plan, sin duda alguna,
Que ibais a ejecutar para lograllа;
De otro modo jamás conseguiríais
Del buen rey de León la fiel palabra
De daros por esposa a doña Elvira,
Que allí en solemne voto os fué empeñada.

»Mas ¿a qué proseguir? ¡Sólo al recuerdo
De aquella noche maldecida, estalla
Mi corazón de cólera y quisiera

Morir, por no penar al recordarla!
Tres horas de secretas confidencias,
Llamado a engaño, os dispensó el monarca.
¡Tres horas de traición! ¡Ah, don Ramiro,
Que las paredes al traidor delatan!...

»Y aquella misma noche en matrimonio
La pobre doña Elvira os fué entregada;
Sus quejas, sus gemidos, sus protestas,
No fueron atendidas ni escuchadas.
Tranquilo quedó el rey; vos complacido
Os alejasteis de la regia estancia,
Y a merced de las sombras, discurriendo
Por calles tortuosas, solitarias,
Llegasteis a una casa y penetrasteis.
Iba con vos la sin ventura dama
Llagado el corazón, pálido el rostro,
Anegados los párpados en lágrimas...

»¡Oh! En aquella mansión aborrecida,
De la que restan hoy cenizas pardas,
Pues a cenizas convirtióla luego
De un famoso ladrón la mano airada,
Fué vuestra doña Elvira; pero ¡nunca,
Nunca su amor fué vuestro! Allí encerrada
Algún tiempo quedó, y allí ha sufrido,
¡Ah, sabe Dios cuánto sufrió su alma!
Era alta noche ya cuando salisteis
De aquel negro recinto; caminabais
Pálido como un muerto, cabizbajo,
Torvo, como una sombra condenada;
Un hombre os perseguía silencioso,
Y al veros alejar cortó distancia
Y de pronto os paró: — ¿Quién sois? — dijisteis
Al verle frente a vos como una estatua;
Pero mudo aquel hombre, sin oíros,
Con sonrisa satánica os miraba.

»—Fuí noble—os dijo al fin—; fuí caballero
De hidalga cuna y condición hidalga;
Jamás con sangre de villana gente
Regué la tierra ni manché mi espada,
Y por eso sin duda en este instante
No la hundo hasta el pomo en tus entrañas.
Fuí caballero, sí; mas desde ahora
No puedo serlo ya, porque me falta
Mi numen protector, el ángel puro
Que por nobles veredas me guiaba.
No puedo serlo ya, porque he perdido
Cuanto fuera mi orgullo y mi esperanza,
Cuanto diera valor a mis acciones
Y altivos pensamientos me inspirara.
¡Tú, lusitano vil, tú eres tan sólo
El que en la senda criminal me lanza,
Donde el recuerdo de mi bien perdido
No vuelva más a conturbar mi alma!
¡Que el rayo de la cólera divina
Al castigar mi bárbara venganza,
Abra también, inexorable y justo,
En tu conciencia ruin, eterna llaga!—

»Así os habló aquel hombre; sus pupilas
Chispas de fuego del infierno exhalan
Al girar en la órbita, y su acento
Como una tempestad retumba y brama.
—¡Perdón, perdón!—clamasteis al oírle—.
¡Perdón!...—Y en tierra la rodilla hincada,
Perdón mil veces con temor cobarde
Del hombre aquel, doliente demandabais.

»Movido acaso a compasión, no quiso
Con vuestra sangre deshonrar su espada,
Y en pedazos quebrándola, arrojóla
Lejos de sí con iracunda saña.
—Mientras fuí noble—dijo—me serviste;
Hoy fueras para mí pesada carga;

Y pues como hasta hoy no quiere el hado
Vayas pendiente de cintura honrada,
Quédate a la ventura, espada mía,
Que a un bandolero su puñal le basta.—

. . . . . .

»Vos en tanto de hinojos, suplicante,
No cesabais un punto en pedir gracia;
Gracia para una vida que iba a seros
Con eternos dolores prolongada.
¡Cuánto mejor os fuera, don Ramiro,
Morir entonces! ¡Oh, cuántas desgracias,
Y cuánta expiación, cuánto martirio,
Matándoos aquel hombre os evitara!
Mas no quiso arrancaros la existencia,
Que fuera poco cebo a su venganza.
¡Era preciso que llegase un día
En que vuestra conciencia despertara,
Y al mirar vuestros crímenes, quisierais
De vos mismo escapar, y no encontrarais
Asilo ni en la tierra ni en el cielo,
Ni allí ni aquí perdón a vuestras faltas,
Ni clemencia ante Dios ni ante los hombres,
Ni al pie del confesor ni al pie del ara!
—¡Miserable, no tiembles! Yo no tengo
Sed de sangre traidora; vive, pasa
Los días que te restan entregado
En brazos de esa virgen desgraciada
A la que tanto amé. ¡Negra es tu estrella
Cuando le inspiras a un bandido lástima!
Mas oye, lusitano : si algún día
Esa hermosa mujer que me arrebatas
Llega a sentirse madre y no son monstruos
Los hijos que te dé, como de raza
Lo heredarán por ti, yo, desde ahora,
Te exijo donación formal y clara,
Dentro del plazo fijo de quince años,
De hembra o varón, el que primero nazca.

Varón, le haré maestro en el pillaje:
Matará, robará por las comarcas,
Como yo robaré desesperado,
Y cuando mire la segur cercana
Y próximo mi fin, por toda herencia
Le haré depositario de mi fama.
Hembra, con ella partiré hermanado
Mis riquezas espléndidas robadas;
Presentes de magníficas preseas,
Diamantes y oro llevaré a sus plantas.
Por ella, en las ermitas del contorno
Desnudaré las Vírgenes sagradas,
Y sus fúlgidos mantos y diademas
De rubís, de amatistas y esmeraldas,
Adornarán sus hombros y sus sienes,
Para al verla tan célica, adorarla.
No más quiero de ti; jura cumplirme
Este postrer anhelo que afianza
La vida que te doy. Y por que tengas
Una memoria mía mientras vayas
La existencia arrastrando por la tierra,
Escúchame otra vez. Cuando tú hablabas
Con el rey don Fernando, yo te oía
A un tiempo mismo con placer y rabia.
Sé que quieres matar a don Alfonso
De Portugal, tu rey, cuya privanza
Te concedió en mal hora; sé que luchas,
Empero, con temores que te espantan
Y te hacen vacilar; mas persevera
En tu proyecto vil, no temas nada.
De todo triunfarás; nadie en la tierra
Quedará que conozca tus infamias;
Nadie podrá mofarte, ni tu crimen
Para eterno baldón echarte en cara.
¡Mi cuchillo abrirá tremenda herida
Del que a tanto se atreva en la garganta,
Y no hay vereda sobre el haz del mundo
Que para perseguirle no trillara!

Ve, pues, junto a tu rey, traidor valido;
Dile que Badajoz le espera en armas;
Y cuando por sus puertas victorioso
Intente penetrar, yo haré que caiga
Al suelo con dolor, bañado en sangre.
Corre, corre a su tienda de campaña
Antes que el alba luzca, y en su frente
El ósculo de Judas ve y estampa... —

»Y el bandido calló; vos le escuchasteis
Con agrado tal vez. Cuanto él hablara,
Si en el fondo era horrible, por lo menos
Vuestros viles instintos halagaba.
Aquella misma noche, don Alfonso
Penetró en Badajoz; su estrella aciaga
Lo quiso así, para que ejemplo fuera
En su dolor a cándidos monarcas.

»Y cuando sus banderas en los muros
De Badajoz, la invicta, tremolaban;
Cuando, ufano, entre músicas y vítores,
Al aposento real se encaminaba,
Súbito de su potro rodó en tierra.
Una flecha, de lejos disparada,
Atravesó su muslo, y muerto acaso
Creyéndole sus huestes, aterradas,
¡Traición! ¡Traición!, clamaron. Cunde entonces
Por toda la ciudad grito de alarma,
Despiertan sus tranquilos habitantes,
Y al mirar en peligro sus moradas,
La santa paz en que hasta allí vivieran
Por extranjera furia amenazada,
Claman también: *¡Traición!* Y a sus acentos
Ruedan peñascos por el aire, saltan
Aceros por doquier, y suenan quejas
Y se abren yelmos y se rompen lanzas...

»Sangrienta fué la lucha, pero al cabo
Logró su triunfo el santo amor de patria,

Sentimiento divino que engrandece
El alma de los pueblos y les marca
En el eterno libro de la Historia
Un premio de inmortales alabanzas (1).

»Prisionero en poder del castellano
Don Alfonso quedó. ¡Con cuántas lágrimas
Humedeció su lecho de dolores,
Al conocer vuestra traición villana!
Su noble vencedor, siempre a su lado,
Con palabras de amor le consolaba;
Pero ni sus palabras ni consuelos
Eran bastantes a curar la llaga
Que abrió en su pecho la perfidia horrible
Del ingrato valido a quien amara.
No eran bastantes, no; sólo la muerte
Por término a sus males esperaba,
Porque sólo en la muerte está el remedio
Para quien tiene traspasada el alma.

»Mas antes de morir, a don Fernando
Rogó con grande afán que os perdonara,
Y proscripto os lanzase de su reino,
Por única expiación a vuestra infamia.
Ambos reyes en ello convinieron,
Y errante, sin reposo, hogar ni patria,
Con la desventurada doña Elvira
Llegasteis a estas rocas solitarias,
Donde os abandonó, por ir en busca
Del premio que los mártires alcanzan...

»¡Ay! ¡Pobre doña Elvira! Tú has sufrido
Como jamás sufrió criatura humana;

(1) La Historia no se ha olvidado de consignar este hecho, ni escasea los aplausos al rey D. Fernando por las consideraciones que dispensó a D. Alfonso Enríquez, rey de Portugal, herido y prisionero. — *(N. del A.)*

Mas si llevaste al cielo la memoria
De tu primer amante, aquellas gratas
Horas de dulces besos e inocentes
Tiernos halagos y caricias castas;
Si no pudo la muerte en el olvido
Hundir tantos recuerdos, y a la santa
Mansión de los querubes, donde moras,
Llega el eco mortal de mi plegaria,
¡Perdona, doña Elvira, al que tu nombre
Quiso borrar con sangre de su alma;
Al que te vió perdida, y en el crimen
Creyó encontrar consuelo a su desgracia!
.....

»A poco tiempo de esto, don Alfonso
Dejaba de existir. Cuando expiraba,
Rogó al Señor le concediese un plazo
Para venir a veros a Milmanda
En espíritu o cuerpo, y de este modo
Hacer que conocieseis vuestras faltas
Y alcanzar para vos misericordia
En la región de la divina gracia.

»En tanto el bandolero, deplorando
La ruindad de las flechas de su aljaba,
Fugitivo por ásperas veredas,
Ora salvando valles o montañas,
Huía de la luz y de las gentes
Que a gritos su cabeza pregonaban.

»Cansado estaba ya de esta existencia,
Cuando plugo a su suerte que encontrara
Una tarde de enero once truhanes
De mala vida y pérfidas entrañas;
Trabó con ellos amistad profunda;
Si tímido al principio se mostrara,
Hizo temerse pronto, y desde entonces
Todos a sus mandatos se inclinaban.

»Capitán de gavilla, vió quince años
De su vida pasar, con la esperanza
De visitaros hoy...; y hoy, don Ramiro,
Que ya aquel plazo de expirar acaba,
Viene a exigir de vos, dispuesto a todo,
El cumplimiento fiel de una palabra...
¡Señor de Santarén! Aquel bandido,
De vos tan sólo una respuesta aguarda...»

VI

Dijo don Pedro, y alzando
Altivo la osada frente,
Su pupila irreverente
En don Ramiro clavó;
Y al resplandor que una lámpara
Por todo el ámbito vierte,
La palidez de la muerte
En su semblante miró.

Amarillentos los labios,
Sarcásticos, contraídos,
Los ojos entumecidos
Con vidriosa brillantez;
Como cuévanos las sienes,
La pestaña entrecerrada,
La mejilla descarnada,
Descolorida la tez...

Con afán y sobresalto
Don Pedro llegó hasta el lecho
Y una mano sobre el pecho
De don Ramiro posó;
Mas al ver que ya no late
Su corazón frío y yerto,

Dijo: —¡Desdichado, ha muerto!
¡Su conciencia le mató!—
.....

¡La Conciencia! ¡Y hay quien duda
De la existencia del alma,
Morando ese *quid divinum*
En nuestro mísero ser!
¿Por qué el criminal entonces
Vive sin paz y sin calma
Y le atormenta el recuerdo
De sus víctimas de ayer?

¿Por qué ha de sentir el hombre,
Si en él, como en una roca,
No deja impresión alguna
La brisa ni el huracán?
¿Qué fuerza del mal le aleja?
¿Qué fuerza al bien le provoca
Y a la perfección le impele
Con inextinguible afán?

¡Tú sólo, Conciencia, azote
Del reo, del justo palma,
Estrella polar del alma
Que eterna gira hacia ti!
¡Tú sólo! Y cuando te niega
El humano entendimiento,
Tú, con un remordimiento
Le respondes: «¡Heme aquí!»

Confuso quedó don Pedro
Junto al lecho mortuorio,
El pensamiento sumido
En honda meditación,
Admirando de la vida
Lo fugaz y transitorio
Y sintiendo en su conciencia
Un dulce afán de perdón.

Entonces vió deslizarse
Toda su vida pasada
En el crimen malgastada,
Carcomida de pesar,
Y anhelaba una existencia
Para el resto de sus días
De esas santas alegrías
Que suele el amor brindar.

Y paraba la memoria
En su doña Elvira amada,
Dirigiendo una mirada
Al cielo, que a buscar fué;
Pero un imán poderoso
Que a su pupila se aferra,
Le hace mirar a la tierra
Con más ahico y más fe.

Y es que doña Dulce llora
Su orfandad y desconsuelo
Sobre el helado cadáver
Del que su padre llamó.
—¡Padre, padre mío! — exclama —;
¡Me dejas sola en el suelo!
¿Me dejas sola, mi padre,
Y no he de morirme yo? —

¡Pobre niña, condenada
Antes ya de que nacieras
A vivir sacrificada
De una traición al poder,
De tu pena a la amargura
Paz ni alivio en vano esperas!
¡Ni consuelo, ni ventura
Ni descanso has de tener!

Llora, doña Dulce bella;
Llora, doña Dulce, llora,

Porque don Pedro te adora
Desde que tu faz miró...
¡Triste herencia de tu madre,
Su hermosura fué tu ornato,
Y él que vió en ti su retrato
Como a tu madre te amó!

LIBRO SEGUNDO

AMOR

I

¡Hombres, amad! El pájaro en su nido,
El silfo en su hoja, en su rincón la araña,
El pez entre las ondas sumergido,
En su cubil salvaje la alimaña
Se estremecen de amor... Vívida hoguera
De irresistible llama abrasadora,
Con que el divino aliento alumbró el caos,
Su resplandor eterno reverbera,
Antorcha inextinguible
De la creación sobre la ingente esfera
Y alma de todo ser, germen fecundo
De cuanto el sol colora,
Desde el hombre al insecto, anima y dora
Cuanto el espacio abarca y puebla el mundo.

¡Amad, mujeres! Las que en áureo cáliz
El néctar apuráis de la amargura;
Las que, faltas de dicha y de ventura,
Tras íntima congoja
Visteis de la ilusión la flor querida,
En yertos desengaños convertida,
Mustia al suelo rodar, hoja por hoja;

¡Oh!, amad, sí, que el amor es el rocío
De las flores del alma, es el aliento
Restaurador del apagado brío,
Voz que imprime al cadáver movimiento,
Que enciende el sol y músicas da al río...
Sentimiento sublime,
Angel de leves, luminosas alas,
El al esclavo corazón redime,
Y al pecho torna, que desierto gime,
Perdidas pompas y marchitas galas.

. . . . . .

Sobre el sepulcro infando
Que a don Ramiro muerto recogía
Doña Dulce lloró, quizá ignorando
Que el llanto que vertía
Jugo a un amor exótico daría.
Lloró; pero sus lágrimas acerbas
Que en nube vaporosa
De arrebol encantado y peregrino,
Tibias bañaron la pesada losa
Del valido traidor, lágrimas fueron
Que de don Pedro al beso se templaron
Y en un cielo de rosa se perdieron.

Amaba ya. La desgarrada pena
Que de la muerte el rayo dejó en su alma,
El temor a una vida
Por hondas tempestades combatida,
Sin esperanza de consuelo y calma,
Todo pasó, del ceguezuelo niño
A la sonrisa de atractivos llena;
Todo pasó, porque brotó serena,
Tintas prestando al seductor armiño
Del rostro de la virgen, hechicero,
La aurora en su alma del amor primero.
Amaba y era amada
Y era feliz y venturosa era

Tan feliz como un ave enamorada
Serlo tal vez pudiera,
Si a su canción divina no se uniera
La queja de dolor desgarradora,
Que sin querer del pecho se desprende,
Cuando sus senos hiende
La flecha de la duda matadora.

Y es que la pobre niña,
En medio de la fe con que adoraba
Al hombre que, rendido,
Lleno de amor, amores la juraba,
Allá en el fondo de su ser sentía,
Acaso sin saber de qué emanaba,
Un supremo dolor, una agonía,
Un martirio tan íntimo y tan lento,
Que, como un pertinaz presentimiento,
Perturbaba sus horas de alegría.
Pero, ¿quién de la orgía,
Entre el jovial bullicio, no disfraza
La lágrima importuna, que brotando
Al calor de una idea pavorosa
De aquel lugar ajena,
Nace a ser del contento la amenaza?
¿Quién el impulso entonces no refrena
Del corazón que sufre, y de la taza
Al apurar la libación sabrosa,
Embotado el espíritu y beodo,
Olvidado de sí, no olvida todo?...

El lenguaje tiernísimo y galano
Que impregnado de fresca poesía
Empleaba el bandido castellano
Cuando a su amante leal se dirigía
Embriagó de tal modo a doña Dulce,
Que la que antes celosa
Por vagas sombras se sintió turbada,

Tranquila ya, reposa
De don Pedro en las frases confiada.

Y en semejante estado
Forjó su mente un porvenir risueño,
Y hacia él marchó, latiendo acelerado
Su corazón en amoroso ensueño.
Que así el corazón late
Cuando, principio a nuestras dichas todas,
Espera el alma, en matador combate,
La luz que ha de alumbrar en nuestras bodas;
Y así sueña la mente enardecida
Cuando, de la esperanza posesora,
Quiere animar con movimiento y vida
El ideal fantasma que atesora.

Espléndido, radiante,
Un día se alzó el sol: era la hora
En que el pájaro errante
Posa en la verde rama y se cimbrea
Al compás de su armónica y sonora
Blanda canción que el ánimo recrea.
La alborada moría
Como cándida virgen que abandona
Sus juegos en la cuna, y a su frente
Espléndida corona
La luz del sol magnífico ceñía.
Murmuraba el arroyo allá en la vega,
Entreabrían las rosas su capullo
Al beso de su linfa que las riega,
Y al delicioso arrullo
De la plácida brisa contestaba
La paloma, que atenta le escuchaba.
Trémulas gotas de vital rocío
Esmaltaban de chispas de topacio
Las copas de los árboles azules,
Y en la extensión quietísima del río

Reflejaban su púrpura los cielos,
Sobre él alzando sus rojizos tules...

Pero, lector, si te place
Cambiemos de tono; basta
Lo dicho para advertirte
Que en una hermosa mañana
Y en un patio, por más señas,
Del castillo de Milmanda,
Los cofrades de don Pedro
Juntos así platicaban:
—¡Cuán rápido el tiempo vuela!
—Decía uno de ellos—. Ya pasa
De un año, según entiendo,
Que por sendas ignoradas,
En noche lóbrega y negra,
Saltando breñas y zanjas,
A guisa de renegados
Llegamos a esta comarca.
¡Noche memorable! ¡En ella
Para siempre sepultada
Quedó toda una existencia
De gloria, poder y hazañas!
¡Ah, si pudiera mi mano
Cortar al tiempo las alas,
Y alcanzar aquellos días
Que hoy sólo la mente alcanza!...

¡Ser libres como los vientos
Que bajan de las montañas
A poner freno al torrente
Y espanto en las caravanas!
¡Dormir vecino a las nubes
El breve sueño del águila,
Y cual ella todo un mundo
Dominar bajo las garras!
¡Tener un puñal a prueba

De férreas cotas de malla,
Temido en villas y aldeas,
En palacios y cabañas!
¡Soñar riquezas y rico
Despertar por la mañana!...
¡Oh, si en mi mano estuviera
Cortar al tiempo las alas!...
— Bien decís — repuso entonces
Otro de sus camaradas —;
Mas no recordemos glorias
De nuestra vida pasada,
Que, si son muchas, son más
Los crímenes que la empañan;
Y pues don Pedro este día
Con doña Dulce se enlaza,
Sepamos si hay de vosotros
Quien el enigma deshaga
De esa unión, cuyo misterio
Mi torpe razón no alcanza.
— En grave riesgo ponéis,
Hermano, la noble fama
De nuestro buen capitán
Con vuestra justa demanda;
Pues para satisfacerla
Según de suyo reclama,
Pienso ha de ser menester,
Lejos de hacerle alabanza,
Motejarle de traidor
Y de condición ingrata.
— Duro andáis, ¡por vida mía!
— Sí, a fe, y me pesa en el alma,
Que a tal extremo me lleva
Justicia, sí, no arrogancia;
Y si en boca aventurera
No es especie aventurada,
De traidor y de cobarde
Cargos le haré que le manchan.
— En buen hora eso digáis

Si en testimonios se basa,
Mas si de ellos carecéis
Callaráislo noramala.
— Tantos son y de tal suerte,
Que por sí solos bastaran
Para colgarle del cuello
En la más alta atalaya. —

Y esto al decir el bandido
Con voz arrogante y clara,
Oyóse un fiero murmullo
Entre los que le escuchaban,
Y todos le rodearon
Por no perder sus palabras,
Mirándole ferozmente
Y en ademán de amenaza.
— No, a la fe, no me intimidan
Vuestras sañudas miradas;
Probaros he con razones
Cuanto mi lengua arriesgara;
Que yo le tengo a don Pedro
En grande estima, y no embarga
Cuanto decir me propongo
Prendas en él muy preciadas.
Yo no pretendo quitarle
Valor, fiereza y pujanza,
Que éstas son dotes que en él
Nadie pudiera negarlas.
Mas si don Pedro no fuese
Traidor, sin fe ni constancia,
¿A qué abandonar la senda
En que alcanzó gloria tanta?
¿Por qué, pues en él creímos,
Burló nuestras esperanzas,
Cuando riquezas sin cuento
La suerte nos deparaba?
¿A qué dejar una tierra
Do tanto nombre lograra,

Do tanto espacio tenía
Su eterna sed de venganza,
Por este rincón breñoso
De la más pobre comarca?
¡Qué! ¿No es traición el perjurio?
Y cuando a nuestra compaña
Llegó, de olvidar ganoso
Amores que le amargaban,
¿No juró, puesta la mano
Sobre la cruz de su daga,
Ser fiel a nuestro instituto
Y defender nuestra causa?
—¡Lo juró y lo satisfizo!
—No es verdad. ¿Qué en esta casa
Hacemos, pues?
—Lo que cumple
A nuestro jefe, y os basta.
—¡Donosa argucia!... De suerte
Que si le antoja, mañana
Peregrinando tras él
Iremos a la Tebaida.
—¡Quizá no es otro el camino
Que nuestra estrella nos marca!
Y en este punto debiera
Ser vuestra lengua más cauta,
Pues si en la tierra se purgan
De algún modo nuestras faltas,
Muchas habéis y muy grandes
Que penitencia os reclaman;
Aparte de que no es cuerdo
Hacer alarde ni gala
De conocer el destino
Que el porvenir nos depara.
—Ello podrá ser así,
Mas si al destino se achaca
Cuanto acontece a los hombres
Que, al fin, a su impulso marchan,
De más están esas leyes

Que a cuenta y juicio nos llaman;
Pues si el destino es quien yerra,
¿Cómo es el hombre quien paga?
¡Bah! No me habléis del destino...
¿Será el destino el que manda
También ligar a don Pedro
Con doña Dulce ante el ara?
— Tal pienso yo.
— Entonces digo
Que no hay en la tierra nada
Que del orden regular
Y de lo justo se salga.
Y pues don Pedro no ha sido
Traidor, decid, por mi ánima,
Si es cobarde o no quien huye
A la Justicia la cara;
Si es cobarde o no quien llega
Perseguido a las montañas
De León, y allí refugio
Una mujer le depara:
Mujer que parte con él
Su pan, que vierte en su alma
Consuelos, que trueca en horas
De amor sus horas amargas,
Que le hace olvidar, por último,
Sus desventuras pasadas;
Y tras de tanto cariño
Y tras de mercedes tantas,
La abandona, la mancilla,
Y como si aún no bastara
Tanta ingratitud, la hiere
Cuando lleva en sus entrañas
El fruto de sus amores,
Y cosida a puñaladas,
Del impetuoso Bernesga
La precipita en las aguas...
¡Por Cristo, que si cobarde
No fuese quien tal infamia

Consuma en una mujer,
De monstruo se le tachara! —

Y los que le oyeran antes
Como a guisa de amenaza,
Heridos por el recuerdo
Que aquella escena evocaba,
Depusieron poco a poco
La ira de sus miradas,
Y pensativos y tristes
La narración les tornaba.
— Razón os sobra — repuso,
Por fin, el que antes tomara
La defensa de don Pedro,
Con tono de pena amarga —;
Razón tenéis en verdad,
Y no pudiera negárosla
Quien, como vos, presenció
Tan duro y sangriento drama.
Mas debéis tener en cuenta,
Si justo ser os agrada,
Cual conviene a quien se erige
En jüez de ajena causa,
Qué móvil llevó a don Pedro
A probar la vida airada,
Y si era cuerdo o era loco
Cuando en ella se lanzaba.
No se os oculte, ante todo,
Su cuna y su sangre hidalgas;
Ni deis tampoco al olvido,
Ya que él mismo os la contara,
La historia de sus amores,
¡Bien triste, a la fe, y bien larga!
Recordad, si es que la mente
No os es al recuerdo ingrata,
Qué mano tronchó en mal hora
La flor de sus esperanzas;
Quién mató las ilusiones

Que iban naciendo en su alma;
Quién le robó juicio y honra
En doña Elvira, su amada,
Y así encontrará disculpa
Un corazón que se abrasa
En sed de crimen, ansioso
De desagravio y venganza...
Si cobarde fué don Pedro
Dando muerte a la gitana,
Reparad la valentía
Que este crimen entrañaba,
Y haced cuenta que en el fondo
De su conciencia quedaban
Cenizas de un amor muerto
Que por renacer pugnaba.
Reparad que aquí tenía,
Con el señor de Milmanda,
Pendientes añejas deudas
Y era preciso cobrarlas.
Y antes que faltar un punto
A su palabra empeñada,
Mató un amor criminal
De otro más puro en las aras.
— ¿Amor criminal, decís?
— ¡Sí, criminal!, pues brotara
En un corazón que, ciego,
Por otro amor se abrasaba.
— Pero, si digna de aprecio
Creía la veneranda
Memoria de doña Elvira,
¿Cómo don Pedro manchaba
Su purísimo recuerdo
Con sangre inocente y cándida?
— Pedid a un loco razón,
Decidle el mal que le aguarda
Si por sinuosa vereda
Se obstina en guiar su planta,
Y os dirá: *De esta manera*

Logro mi fin. Y así marcha,
Hasta que Dios le da acuerdo
O en su camino le mata.
— ¿Loco don Pedro?... En verdad
Que su locura es extraña.
No sé que más cuerdo fuera
Quien en su mente grabada
Lleva la imagen ardiente
De la mujer a quien ama,
Y no bastando quince años
De eterna ausencia a olvidarla,
Muerta ya, busca a su hija
Y el loco entonces se enlaza...;
Si esto es locura, paréceme
Que no es muy digna de lástima. —

Aquí los dos rufianes
En su contienda llegaban,
Cuando vino otro tercero
A terciar en la demanda.
— No puedo oír ni consiento
Que tan criminal se le haga
Ni que tan loco se crea
Al capitán que nos manda.
¡No es loco quien firma un pacto
Y para cumplirlo salta
Por cuantas vallas el mundo
Ante su paso levanta!
Y si ha sido criminal
Don Pedro con la gitana,
Ella lo note, pues vive,
Mas nunca sus camaradas. —

Dijo el bandido, y calló.
Y hubo un instante de pausa
En que todos sus amigos
Con asombro le miraban.

Y algunos, cual si temieran
Que aquellas graves palabras
Fuesen el negro conjuro
De un vengativo fantasma,
Retrocedieron un paso
Y echaron mano a la daga
Que de sus cintos colgando
Bajo la capa llevaban.
Mas vueltos del estupor
Que tal nueva les causara,
Todos a más no poder
Echaron a reír la gracia,
Mientras el más temerario
De cuantos allí burlaban,
De esta suerte requería
Al que hasta entonces hablara:
— Por Satanás, compañero,
Que esa noticia me causa
Cierto asombro, y ya me explico
La razón con que negabais
El que tuviese don Pedro
La suya coja y lisiada,
Pues toda locura es cuerda
Si a la vuestra se compara.
Conque... ¿Magdalena vive?
— ¡Sí, vive! Todo Milmanda
Os lo dirá, que la ha visto,
Harapienta y desgreñada,
Vagar con un niño en brazos
Por sendas no muy lejanas
De este castillo.
— Visiones,
Visiones no más.
— Es rancia
Costumbre por estas tierras
Hablar de brujas y de almas
Aparecidas; un cuento
Más o menos, se oye y pasa...

— ¡Cuento!
— ¿Pero vos la visteis?...
— De no ser así, no hablara;
Mas yo la vi, ¡ira del cielo!,
Yo la vi: si esto no os basta,
Salid, que donde hay aceros
Están de más las palabras.—

Ya alguno se disponía
La vida a vender bien cara,
Cuando a través de los muros
De aquella amplísima estancia,
Sintieron allá a lo lejos
El son de una carcajada.
De súbito, consternados,
Agólpanse a la muralla
Del castillo, y ver pudieron,
A no muy grande distancia,
La macilenta figura
De Magdalena, que, airada
Y cautelosa, cual tigre
Que acecha su presa, marcha
Tras una nube de polvo
Que dos caballos levantan.

II

No lejos del triste lugar de Milmanda
Un valle se extiende de eterno verdor,
Por donde desliza, benéfica y blanda,
Su linfa un arroyo con grave rumor.

Allí un ermitorio su torre levanta
Que tiene una esquila de pobre metal,
Y dentro este asilo que inspira y encanta
Se reza a la Madre de Dios del Cristal.

Es ésta, entre todas las Vírgenes bellas,
La más imposible de humano cincel:
Sus labios son nardos, sus ojos estrellas,
Su risa una aurora, su frente un clavel.

Las chispas que lanza su rica corona
Fascinan los ojos con tanto esplendor,
Y verla no puede ninguna persona
Sin darla de hinojos plegarias de amor.

Cual mora en la concha la límpida perla,
Feliz en su cárcel que no osa quebrar,
En tanto que el hombre, quizá por cogerla,
Recorre los senos profundos del mar;

Cual vive entre zarzas la flor campesina,
Brindando perfumes al aura sutil,
Perfumes que envidia la rosa vecina,
Misérrima esclava de rico pensil,

Tal mora, en el fondo del valle ignorado,
De gloria y de bienes fecundo raudal,
La Virgen más bella que vió lo creado,
La angélica Madre de Dios del Cristal.

*
* *

No hay penitente ni peregrino
Que de Santiago lleve el camino,
Término y punto
De su misión,
Que no visite la pobre ermita
Donde la *Rosa Mística* habita,
Para mostrarla
Su adoración.

No hay en el valle niña o doncella
Que no se postre delante de ella,
Humedecida
La roja sien,
Para que ampare bajo su egida
La amenazada preciosa vida
De su adorado
Y ausente bien.

El que en encierro negro y sombrío
Lloró su muerto libre albedrío,
Y allí a la Virgen
Santa invocó,
Presto aliviadas miró sus penas,
Presto quebradas vió sus cadenas,
Presto su amargo
Llanto enjugó.

La esposa tierna que, sin reposo,
Veló al insomne doliente esposo
Junto a su aciago
Lecho mortal,
Si dijo: «¡Valme, Virgen del alma!»,
Luego su amado cobró la calma,
Luego tranquilo
Dejóle el mal.

Y así, no hay nauta ni caminante,
Loco mendigo, gitano errante,
Perdido en mares,
Campo o ciudad,
Que no le deba santos favores,
Dulces consuelos a sus dolores
Y a su tristeza
Pura amistad.

Como se agolpan hacia la orilla
Del mar las aguas, onda tras onda,

Dejando espumas
En pos de sí,
Tal, de esta imagen a la capilla,
Vienen cien pueblos a la redonda,
Santas ofrendas
Dejando allí.

Por eso cuelgan desde el estrecho
Y angosto cuadro que forma el techo
Ricos doseles
De gran valor;
Y en la ancha nave vierte sombría,
Sobre retablos de argentería,
Lámpara de ónice
Suave fulgor.

Y de repisas y barandales
Penden ofrendas de oro y corales,
Primores mágicos
Que hizo el buril,
Sayos de múltiples vivos colores,
Manos de cera, ramos de flores,
Trenzas de pelo
Y exvotos mil.

Por la vereda que se dilata
Como una extensa cinta de plata
Desde el castillo
De Sanchidrián
Hasta las gradas de aquella ermita
Do se venera la Virgencita,
Dos alazanes
Trotando van.

De uno en el lomo, serena y bella,
Cabalga apuesta noble doncella,
Su labio en ondas
Vertiendo amor,

En cuya roja, tersa mejilla
Y en su mirada, que amante brilla,
Luz soñadora
Pinta el rubor.

Sus crenchas de oro flotan al aire,
Cayendo en bucles con gran donaire
Sobre su espalda
Blanca y gentil,
Y tras su labio, más encarnado
Que la bermeja flor del granado,
Dientes asoman
Como el marfil.

Contiene el brío de otro más fiero,
Raudo y fogoso trotón ligero,
Jinete altivo
De ella a la par,
Cuya rizada larga melena
Ciñe alba gorra de rubís llena,
Con blanca pluma
De ave de mar.

Barba cerrada, color moreno,
Negra pupila, mirar sereno,
La faz animan
De aquel garzón;
Pero una triste sonrisa amarga
Siempre su labio trémulo embarga,
Disfraz sarcástico
De honda aflicción.

Vana sonrisa, porque tras ella
Volcán de duelo cruel descuella,
Que allá en su pecho
Comienza a hervir;
Vana sonrisa, como ese canto
Que al viento exhala lleno de encanto

El amoroso
Cisne al morir.

Uno del otro poco distantes,
Van acortando los caminantes
Del valle alegre
La inmensidad,
Tan abismado su pensamiento,
Tan silenciosos, que ni un acento
Suyo recoge
La soledad.

¿Quién son la dama y el caballero
Que así caminan por el sendero
Que de Milmanda
Lleva al Cristal?
Él es don Pedro Fuentencalada,
Y ella es su Dulce, su Dulce amada,
La hija del noble
De Portugal.

¿Mas qué tristeza o qué dolores
El cielo empañan de sus amores?
¿Por qué sombríos
Marchan los dos?
¿Tan alejadas y silenciosas
Esas dos almas que a ser esposas
Van a la santa
Casa de Dios?

¡Ah! Devorando secreta pena
Marcha don Pedro, la faz morena
Hasta su amada
No osando alzar,
Por que no observe cómo destila
Fuente de lloro de su pupila,
Que esto la hiciera
Tal vez penar.

¡Recurso inútil! Que ella camina
También doliente, pues adivina
Tras su funesta
Meditación,
De otros amores la viva huella...
Y acaso es otra mujer más bella
La que cautiva
Su corazón.

De estos temores sobrecogida,
Por estos celos el alma herida,
Por esta herida
Manando hiel,
Alzó la niña los garzos ojos,
Y así a don Pedro con voz de enojos
Habló, respuesta
Queriendo de él:

DOÑA DULCE

¡Si desdenes son amores,
Mucho, don Pedro, me amáis;
Si cuidados y temores,
Rendimientos y favores,
Más me debéis que me dais!

DON PEDRO

Si a mal sospechar se llama
Certeza, y podéis dudar
De ese sol que luz derrama,
Cuerda andáis en sospechar
Que quien os ama no os ama...

DOÑA DULCE

Cierto, señor, que las dudas
Hincando están en mi pecho

Sus fieras garras sañudas,
Mas no me hirieran tan rudas
Faltando lo que sospecho.
Amor me guardáis, y a fe
Que es más turbio su arrebol
Que el de esa luz que se ve;
Si es vuestro amor como el sol,
Ciega al no verle estaré.

DON PEDRO

Pues yo, señora, creía
Que en mis ojos ardería
La luz que encendisteis vos.

DOÑA DULCE

¡Si esa luz es la apatía,
bien que me abrasa, por Dios!

DON PEDRO

Fuerza es que pruebas tengáis
Cuando ese agravio me hacéis;
Y si las pruebas tenéis
Por las que me condenáis,
Yo os requiero me las deis.

DOÑA DULCE

Cuando no fuese bastante
Ese silencio constante
Que estáis guardando conmigo,
Vuestro afligido semblante
Probara bien lo que digo.

DON PEDRO

No sé yo qué puede haber
En mi rostro para ver
En él tan loca quimera,
Y aun habiendo, ultraje fuera
Mis palabras no creer.

DOÑA DULCE

¿Pues qué pensar, cuando así
Camináis hacia el altar,
Mas que se alejó de mí
Aquel amor que creí
Por todo tiempo guardar?
¡Don Pedro del alma mía!
Si ya esos labios perdieron
La sonrisa que algún día
Me enajenó de alegría
Cuando en los míos cayeron;
Si esa frente, donde ayer
He visto resplandecer
Fuego de amor celestial,
Hoy revela, por mi mal,
Un oculto padecer;
Si de esos ojos, hoguera
De un amor que en llama viva
Mi inmenso amor encendiera,
Hoy se desprende, severa,
Triste lágrima furtiva...
¿Qué he de hacer sino pensar
Que vuestro amor, ¡ay de mí!,
Como una estela en el mar
Nació y murió, sin dejar
Rastro alguno en pos de sí?
¡Oh! ¡No me martiricéis
Negando lo que estoy viendo;

No, por Dios, no me matéis,
Ni la angustia disfracéis
Que en el alma estáis sufriendo!
Sí, don Pedro, yo sé bien
Que sufrís...; fantasmas cien
Me lo dicen al oído...
Mas ¿quién el alma os ha herido,
Don Pedro de mi alma, quién?
¡Oh! Tiemblo sólo al pensar...
Mas no, no puedo creer
Que haya en el mundo poder
Que me logre arrebatar
Vuestro amor, que es mi placer.
¡No! Y si el cielo lo quería
Tan sólo para probarme,
A tal prueba me traería,
Que a ese cielo arrojaría
Blasfemias para vengarme!...

DON PEDRO

Mucho me amáis, en verdad;
Pero si es grande ese amor,
Tened la seguridad
Que, en valor y en calidad,
No es mi cariño menor.
Que yo, señora, os adoro,
Y amaros sé de tal suerte,
Que estas lágrimas que lloro
Diciéndoos están a coro
Que tanto amor es mi muerte.

No de tan alto cayó
Rayo que tan honda huella
En la atmósfera trazó,
Como la herida que abrió
Tal concepto en la doncella.
Pensó un momento; contuvo

Con mano que en fuego ardía
Su corazón que latía,
Y cuando en calma lo tuvo,
Dijo así con voz sombría:

DOÑA DULCE

Parad el corcel, señor,
Retenedle de la brida;
Que aquí saber a mi honor
Conviene si es el amor
Llanto o gozo, muerte o vida.

Y así diciendo, pararon
Él su alazán y ella el potro,
Y aparearlos lograron
De manera que quedaron
El uno junto del otro.
Y así que cerca se vieron
El galán de la doncella,
Levemente sonrieron
Y entrambos se dispusieron
Él a escuchar, a hablar ella.

DOÑA DULCE

Decísme que ese quebranto
Grande amor revela en vos
Y sufrir no puedo tanto;
Porque si el amor es llanto,
Vos sólo amáis por los dos.
Mas si amor es la armonía,
Si es la paz y la alegría,
Y al rostro sale esa paz,
Más revela la faz mía
Que revela vuestra faz.
¡Ah! Creedme, don Pedro: amores
Y dolores no se hermanan,
Son enemigos traidores;

Que nunca de hermosas flores
Torpes esencias emanan.
Los unos cesan, perecen
Con la muerte que apetecen,
Con el olvido y la edad;
Los otros aun permanecen
Vivos en la eternidad.
Conque así, no os afanéis
En demostrar que ese lloro
Es amor que me tenéis,
Y nunca a mentir os deis,
Que en labio noble es desdoro.
Y pues no tengo en rigor
Nada de vos que esperar,
Volvamos grupas, señor,
Volvamos, que sin amor
Nadie llegó hasta el altar.

DON PEDRO

Me ponéis en tal extremo,
Purísima Dulce mía,
Que llego a dudar y temo
Que este amor en que me quemo
Sea una ilusión impía;
Mas si fuese una ilusión,
¿Cómo hallar explicación
A este violento latir,
A este angustioso gemir
De mi fiero corazón?
No amaros... ¡Que tal digáis,
Señora, y que tal penséis!...
Ciega, doña Dulce, estáis,
Cuando en mi pecho habitáis
Y en mi pasión no creéis.
Así extrañáis mis dolores...
Así encontráis ocasión
De dudar de mis amores...

Mas no, no abriguéis temores
Que secan el corazón.
  Yo sufrí y lloré, es verdad;
Pero si sufrí y lloré,
Lloré de felicidad,
Sufrí por la intensidad
Del mismo amor que os tomé...
  Tenedlo entendido así
Y no volváis a abrigar
Dudas, si me amáis a mí;
Y ahora vamos de aquí,
Que nos espera el altar.

  Y entrambos desde sus sillas
Uno al otro se inclinaron,
Y al hallarse sus mejillas
Dos notas de amor sencillas
En el aire resonaron.
  Sonoras, vibrantes notas
Cual las que arrancan dos gotas
De oro líquido a un cristal,
Que allá a regiones ignotas
Llevó el aura matinal.
  Notas que sin duda fueron
Por Satanás escuchadas,
Pues cuando ya se perdieron,
Por todo el valle se oyeron
Infernales carcajadas...
  A sus ecos, de rubor
Cubrióse el rostro sereno
De la dama, y un temor
Sordo, inmenso, aterrador,
Oculto quedó en su seno.
  Temor que se acrecentó
Cuando don Pedro, asombrado,
Un ronco grito exhaló,
Y cuando trocarse vió
Rojo su rostro atezado.

Y otra vez, ambos a dos,
Ella delante, él detrás,
Marchan de la ermita en pos,
Ansiando hallar ante Dios
Amor y olvido no más.
— ¡Aun vive, por mi tormento!... —
Don Pedro en silencio hablaba.
Y como oyendo su acento :
— ¡Qué negro presentimiento! —
Doña Dulce murmuraba.

Y así, en congoja mortal,
Caminaron ella y él
En silencio sepulcral,
Hasta pasar el dintel
De la ermita del Cristal.

III

Casi promediaba el día
Cuando al castillo tornaron
Los dos amantes, ya unidos,
Del regreso del santuario.
A recibirles salieron
Con paso precipitado
Doncellas y servidores
Por escaleras y patios.
Plácemes y enhorabuenas
Sin cuento les tributaron,
Unas a la bella novia,
Y otros al novio, envidiando.
De tan cariñosas frases
Daba doña Dulce en cambio,
Melancólicas sonrisas,
Fugaces como relámpagos.

Sonrisas que iban diciendo
Con sordo lenguaje amargo
Que salían de su pecho
Como quien sale al cadalso.
Sonrisas que semejaban
Hondas heridas sangrando,
Cada vez que aparecían
Al dilatarse sus labios.
¡Oh! Si fuese permitido
Pagar albricias con llanto,
¡Cuánto no hubieran vertido
Aquella noche sus párpados!
Mas era preciso entonces
Aparentar lo contrario,
Que nadie vertiendo lloro
Pasó del altar al tálamo.
Que esta es la vida: un disfraz
Con que al nacer ocultamos
Lo asqueroso por lo bello,
La verdad por el engaño.
Disfraz que se hace preciso
Hasta la tumba llevarlo,
Pues la miseria no puede
Ver su imagen sin escándalo.
Mentir..., hacer que parezca
A la luz lo negro blanco,
Porque lo blanco cautiva,
Porque en lo blanco encontramos
Angeles de alas de nieve,
Espacios nunca soñados,
Cielo, infinito, grandeza,
Pompa, majestad y encanto...
Mentir..., hacer una gloria
De este infierno de aquí abajo,
Como si nadie a negruras
Estuviese condenado...
Esto es horrible, sí; ¡pero
Tiene tal brillo lo falso!...

¡Tú también, oh, doña Dulce,
Mientes, porque es necesario
Mentir; también finges dichas
Donde hay tan sólo quebrantos;
Quieres demostrar al mundo,
Al mundo torpe y malvado,
Que es tu pecho un paraíso,
Cuando es tu pecho un calvario!
Quieres alejar de ti
Su compasión, ocultando
Bajo máscara de risa
Duelos que afligen tu ánimo.
¡Así se esconden al día,
Allá en el fondo del lago,
Sierpes que enturbian de noche
Su linfa de cristal claro!
Bien haces, sí, doña Dulce,
Bien haces en no dar paso
A ese torrente de pena
En que te estás ahogando.
Pues si al mundo trascendieran
Esos tus duelos amargos,
Si el mundo viera en tu alma
De esos tus celos el dardo,
¡Ay, infeliz de la esposa!
¡Ay, infeliz del amado!
¡Ay de los recién unidos!
¡Ay de los recién velados!
Que en vez de encontrar consuelo
Ni treguas en tu quebranto,
Más y más en tus entrañas
Vieras ese arpón clavado;
Más y más se acrecentaran
Esos fantasmas nublados
Que pasan ante tus ojos,
Tu dulce calma robando.
¡Que el mundo, triste doncella,
Nunca secó nuestro llanto

Más que imprimiendo en nosotros
El beso del desengaño!
. . . . . .
. . . . . .
Ya llegaron al castillo
Los amantes desposados;
¡Ojalá que en su recinto
Hallen la paz que buscaron!
¡Ojalá que no penetre
Con ellos, furtivo y vago,
Ese espíritu sombrío
Que va siguiendo sus pasos!
¡Ojalá que nunca empañen
El cielo de sus encantos
Nubes amenazadoras
De tempestad y de rayos!
¡Ojalá que no interrumpan
Sus pláticas y sus diálogos
Los silbos del huracán,
Allá en el foso espirando!...
Sí, porque de otra manera
Eterno será su daño;
Y entonces, ¡ay de la esposa!
Y entonces, ¡ay del amado!

IV

Doquier reina la noche, clarísima y serena;
Colúmpiase la luna sobre el etéreo tul;
La brisa entre las hojas suavísima resuena;
Ejércitos de estrellas invaden el azul.
Exhalan sus perfumes las flores campesinas;
Deslízanse las fuentes con blando susurrar;
Errando va el silencio por valles y colinas,
Del llano a la montaña, del páramo al pinar.
El rayo nacarado de la argentada luna

Resbala entre las copas del álamo gentil,
Refléjase en el terso cristal de la laguna
O quiébrase en las rocas de túrbido perfil.
Allá corre, a lo lejos, el Miño solitario;
Las vegas orensanas se extienden más allá,
Y aquí la parda cúpula del viejo santuario
Se eleva hasta los cielos, donde a perderse va.
Galicia duerme... virgen druídica, embriagada
Por los aromas ricos que exhala su vergel,
De rosas y claveles la frente rodeada,
En lecho de peñascos, de mirtos y laurel.
Y por que nadie turbe su paz celeste y blanda,
Perenne centinela de aspecto aterrador,
El lúgubre y sombrío castillo de Milmanda
Petríficas miradas extiende en derredor...

Mas en su vasto recinto
Todo en silencio reposa
Y no resuena en su centro
El más ligero rumor;
Que bajo el siniestro influjo
De la noche misteriosa,
Todo de puertas adentro
Es soledad y pavor.

Mudo e imponente, el castillo
Domina la inhiesta cumbre;
Quien tan torvo le mirara
De la luna al reflejar,
Muertos sus dueños creyendo
Y muerta su servidumbre,
Orando al Señor hubiera
Sus almas de encomendar.

Que no a otra cosa dispone
Más que al augurio y misterio
Aquel ambiente hosco y serio
De doña Dulce en la unión,

Y aquel gemir persistente
De ave dolida y nocturna,
Revolando taciturna
Sobre el viejo torreón...

Pero si bajo sus torres,
Y tras sus muros grietados
Y los canceles ferrados
Y la acequia circular
El silencio tiene un templo
Que nadie a profanar viene,
La vida otro templo tiene,
Tiene el amor un altar.

Allí, en lujoso aposento
Que ricos tapices ornan,
Cuyas paredes adornan
Panoplias con armas cien,
Sobre riquísimo tálamo
De pulimentado cedro,
Sosiega y duerme don Pedro,
Duerme y sosiega su bien.

Percíbese allí el aroma
Que al aire dan esparcidas
Flores las más escogidas,
Alfombra de esta mansión;
Y casto como el suspiro
De un ángel y de una diosa,
Del esposo y de la esposa
Se oye la respiración.

Sueñan los dos; por sus labios,
Fuentes de dicha y dulzura,
Vaga, encantadora y pura,
Una sonrisa de amor;
Sueñan los dos, y parece
Que sus almas, confundidas

Como sus labios, unidas
Vuelan a un mundo mejor.

¿Qué soñarán los amantes?
¿Qué soñarán los esposos?
¡Ah! Si en lazos amorosos
Juntos por siempre ya están;
Si unos son ya sus destinos,
Sus esperanzas y empeños,
¿No serán unos sus sueños?
¿Distintos sueños serán?

Mas ¿dónde irá la paloma
Que celosa y placentera
Duerme en su nido de pluma,
De su consorte a la par?
¿Adónde irá que no vaya
En pos de su compañera,
Cruzando cielos de bruma
O los desiertos del mar?

¿Y adónde irá el pensamiento
Del que en apartada playa
Proscripto, escuchó en su lengua
Su favorita canción?
¿Adónde irá, devorando
Mar y tierra y firmamento:
Adónde irá, que no vaya
A su querida nación?

Cuando dos almas errantes
Se encuentran y se confunden,
En una sola se funden
Sus esencias y su ser,
Y como dos gotas de agua
De una en la forma perdidas,
Un espacio siempre unidas
Y un destino han de correr.

Y ora rujan tempestades
O apacible y bella aurora,
Luz derramando y colores
Surja de la noche en pos;
Si una canta, la otra canta,
Si una llora, la otra llora;
Que en placeres o en dolores
Una misma son las dos...

¿Qué soñarán los esposos?
¿Qué soñarán los amantes
La breve noche primera
Del primer beso nupcial?
¿Qué soñarán, que no sueñen,
Fascinados y anhelantes,
Una eterna primavera
Y un porvenir celestial?

¿Qué soñará doña Dulce
Cuando don Pedro a su lado
Duerme feliz, embriagado
Por su respiro de amor?
¿Y qué soñará don Pedro
Cuando en su brazo tendida
Duerme su prenda querida
Sin afanes ni temor?

¿Qué soñarán?... ¡Oh! ¡Quién sabe!
Acaso no es ya su sueño
Tan hermoso y halagüeño
Como prometiera ser...
Acaso, cruel adversaria
De su paz y su armonía,
Vino una mano sombría
Hiel en su sueño a verter.

Quizá, cuando sus espíritus
Entrelazados corrían

Por un mundo donde vían
Ángeles de luz no más,
Súbito en sombras envueltos
Atónitos se abismaron,
Cuando un acento escucharon
Que así les gritaba: «¡Atrás!»

¡Tristes amantes! Soñaban
Un existir de ventura
Tras su pasada amargura
Y su ya extinto dolor,
Donde las horas pasaban
Entre deleites y encanto,
Sin que un recuerdo de llanto
Viniese a amargar su amor.

Soñaban que en otro mundo
De peregrina belleza,
Cerrado a toda tristeza,
Abierto a todo placer,
En goces inenarrables
Se deslizaba su vida,
Desde el cielo bendecida
Por una mártir mujer.

Y allá, entre las nubes róseas
De su horizonte apacible,
Cual un astro bonancible
De fascinadora luz,
Contemplaban delirantes,
Con purísima delicia,
La naciente fiel primicia
De su amor y juventud.

Y escuchar les parecía
De su hijito el primer lloro,
Cual la estrofa en arpa de oro
De grandioso himno triunfal,

Creyendo aspirar sus labios
Las dulzuras de su beso,
Como el más santo embeleso
De la vida conyugal...

Pero ¡ay, tristes!, porque han sido
Para el martirio creados,
Y están por Dios condenados
Al martirio nada más;
Y es inútil que una gloria
Sueñen de paz y contento,
Que siempre oirán ese acento
Sonar en su torno: «¡Atrás!»

Ya no duermen los amantes
El sueño de los amores:
Mil presagios y temores
Le vienen a interrumpir;
Recuerdos no bien sepultos
De nuevo turban su mente,
Nuncio trágico e imponente
De un funesto porvenir.

Ya no brilla en sus semblantes
La embriagadora alegría
Que en ellos tierna imprimía
Sugestiva la ilusión.
Hora pálida su frente
Revela angustia infinita,
Y allá en su pecho palpita
Violento su corazón.

Pero ya la alondra canta,
Y entre nubes de oro y rosa
Muestra su faz ruborosa
La alborada al renacer.
Plegó la noche su manto
De tinieblas y dolores...

Matices sólo y colores
La luz extiende doquier.

DON PEDRO

¡Por Dios, que hay sueños tan raros
—Dijo don Pedro a su amada
Al despertarse los dos—,
Que creyera, a no miraros
Tan hermosa y animada,
Que estabais muriendo vos.

Y a no recordar ahora
Que antes de tal pesadilla
Sueños de gloria fingí,
Dudara hallar en la aurora
De nuestras bodas, que hoy brilla,
Las venturas que creí.

DOÑA DULCE

¿Tal soñasteis?...

DON PEDRO

Mas de modo,
Doña Dulce, que aun no paso
A creer que me engañé.

DOÑA DULCE

Pues ved que fué sueño todo;
Que si vamos a hacer caso
De sueños, también soñé...

DON PEDRO

¿También vos?

DOÑA DULCE

Sueños tan raros,
Don Pedro, y en tal manera
Maléficos, que, por Dios,
De no veros y tocaros
Feliz y amante, creyera
Que estabais ya muerto vos.

Y a no recordar muy vaga
Una ficción seductora,
A este vértigo anterior,
Dudara, cual vos ahora,
Si alguna tormenta amaga
El cielo de nuestro amor.

DON PEDRO

Pues tiene su punto serio,
Aunque penséis lo contrario,
Tan vano desvariar...

DOÑA DULCE

Si el soñar es un misterio,
Más vano y más temerario
Fuera quererlo e plicar.

DON PEDRO

Cuanto con el hombre toca,
Tanto debe estar sujeto
A su criterio y razón,
Y no será empresa loca
Afrontar de este secreto
La velada solución.

Soñar es fácil; sepamos,
Señora, por qué soñamos,

Cuando nos sonríe el placer,
Delirios que, si lo fueran,
No alteraran ni aturdieran
Nuestra paz y nuestro ser.

Probemos si esas ficciones
Son verdades o ilusiones;
Que siempre tuve ansiedad
De saber si el que delira
Va de verdad a mentira
O de mentira a verdad.

DOÑA DULCE

Dura empresa acometéis,
Don Pedro, pues no podréis
A fuerza de discurrir,
Estéril vuestro desvelo,
Romper el nublado velo
Que oculta lo porvenir.

Soñar..., ¡quién sabe! Presiento
Que es ése el solo momento
De nuestra vida mortal,
En que Dios desciende al hombre
Para revelarle el nombre
De su destino fatal.

Y acaso esas cien legiones
De fantásticas visiones
Son la fiel reproducción
De cosas que ya pasaron,
O de otras que no llegaron
Profética anunciación.

DON PEDRO

¡Oh! ¡No, jamás, Dulce mía!
¿Mi sueño una profecía?

¿Perderos por siempre yo?...
Loca estáis, o estáis soñando.

DOÑA DULCE

¡Quizá estoy profetizando,
Don Pedro!

DON PEDRO

Os digo que no.

DOÑA DULCE

¡Bah!... Si cuando me veía
Vuestra ardiente fantasía
Morír en sueños a mí,
Buscase, por si la hallaba,
La mano que me mataba...
No lo dudarais así. —

Era tan triste el acento
Y tal la melancolía
De doña Dulce al hablar,
Que hubo un ligero momento
En que don Pedro creia
A su conciencia escuchar.

A estas frases, su semblante
Perdió el color sonrosado
Que sus mejillas pintó,
Y así con voz vacilante
Y duelo mal disfrazado
El pobre esposo exclamó:

DON PEDRO

¡Oh, doña Dulce querida!
¿Y quién, quién a vuestra vida

Puede, cobarde, atentar?
Hermosa luz de mis ojos,
¿A quién perfidias y enojos
Pudisteis vos inspirar?

¿Qué daño hacéis, mi paloma,
Para temer a mi lado
Del gavilán el furor?
Único clavel de aroma
Que en mi desierto he encontrado,
¿Quién os robará a mi amor?

¡Ah, que el mundo fuera poco
A mi venganza insaciable,
A mi sanguinario afán,
Y sobre la tierra, loco,
Pasara ciego e implacable,
Como pasa un huracán!

¿Perderos yo, que os adoro
Con aquel amor primero
Que vuestra madre olvidó?
¿Yo, que con vos atesoro
Cuanto el universo entero
Mirara envidioso?... ¡No!

¡Nunca, jamás será cierto
Ese sueño malhadado!
¡No, mi amada celestial!...
¡Antes, como habéis soñado,
Me halléis en el lecho muerto
Que miren mis ojos tal!

DOÑA DULCE

Si eso creéis, no a fe mía
Os cansará mi porfía;
Pues lo decís, lo sabréis;

Mas ved que la mente humana
No responde del mañana...
Y vos no le conocéis.

Y pues el tiempo y la edad
Han de decir con verdad
Quién se engaña de los dos,
Dejad que el tiempo decida;
Yo quedaré prevenida,
Quedad descuidado vos. —

Y la esposa y el esposo
Dieron treguas a sus duelos
Para sin penas gozar,
Mientras el astro glorioso
Se remontaba a los cielos
Sus dichas por alumbrar.

V

Tiene el amor, entre ciento,
Una condición muy buena
Cuando en el pecho halla asiento,
Y es aquel dulce contento
Con que el ánimo enajena.

Él podrá hacernos llorar
Cuando comienza a nacer;
Mas siempre suele acabar
Las lágrimas por secar
Que nos hiciera verter.

Todo en él puro egoísmo,
Todo cándido optimismo,
Nunca rindió vasallaje

Ni prestó pleito homenaje
A otro señor que a sí mismo.

Enemigo declarado
De recuerdos y memorias,
Olvida el tiempo pasado
Como quien vive entregado
En el presente a sus glorias.

Yo, que ya le conocí,
Puedo decir sin temor,
Pues a él mismo se lo oí,
Que donde penetre, allí
No ha de reinar el dolor.

Y quien a don Pedro viera
Y a doña Dulce mirara,
Pronto así lo comprendiera
Con que un instante siquiera
Sus semblantes reparara.

Pues el color de su frente,
La alegría de sus ojos
Y su labio sonriente,
Son una muestra elocuente
De que han muerto sus enojos.

Ya algunos meses pasaron
Desde que al pie del Señor
Sus destinos se ligaron,
Y aun perdida no lloraron
Una ilusión en su amor.

Ni un vago temor les hiere;
Y por que desde su enlace
Todo paz y encanto fuere,

Es cada día que muere
Una esperanza que nace.

Tan puro como el armiño,
Como esa risa que Dios
Puso en el labio del niño,
Se ve crecer el cariño
En el alma de los dos.

Cuanta ventura y placer
Pudieron apetecer
En la más alta demanda,
Tanto les viene a ofrecer
La soledad de Milmanda.

¡Cuántas noches se les ve,
Al borde de la laguna
Que hay en su castillo al pie,
Hacer protestas de fe
Bajo el dosel de la luna!

No hay chopo allí ni rosal,
Azucena ni clavel
Que en sus hojas cada cual
No guarde cifra o señal
De alguna promesa fiel.

Si bajo un árbol buscaron
Sombra o espacio a su pasión,
Tal gratitud le cobraron
Que en él sus nombres grabaron
De su silencio en blasón.

Y así pasaban sus días
Disfrutando los esposos
Las más dulces alegrías,
Sin dolores ni agonías,
Felices y venturosos.

Mas como todo amorío
No vive lo que una flor,
Y la flor tiene su estío,
Un rayo de sol impío
Vino a matar este amor.

LIBRO TERCERO

ARREPENTIMIENTO

I

Al caer de una tarde de primavera,
De Milmanda tendido por la pradera
Vióse un corcel,
Y era tal su carrera precipitada,
Que abarcar no podía bien la mirada
Quién iba en él.

Su galope en las rocas repercutía,
Imprimiendo en la arena que removía
Huella feroz,
Y elevando de polvo tal remolino,
Que semeja en las alas de un torbellino
Rayo veloz.

Al contacto violento de su herradura
Chispas incandescentes la roca dura
Deja en pos de él;
Y es su tensión tan grande del pecho al anca,
Que un abundante chorro de espuma blanca
Baña su piel.

La flecha disparada por la ballesta
Al impulso del brazo que alas le presta
No corre más;

Dilatada la boca, tendido el cuello,
Cual las forjas de un cíclope, de su resuello
Se oye el compás.

En su rápida marcha camina ciego,
Su rasgada pupila vertiendo fuego
Centelleador,
Gotas de sudor frío su crin mojada,
Y su cóncava y fiera nariz hinchada
Rojo vapor.

La noche de Walpurgis el grifo alado
Va del vértigo menos arrebatado,
Menos aún.
Sobre las verdes cumbres movible mancha,
Ya semeja una tromba, ya una avalancha
Que alzó el simún.

Y cada vez más raudo corre y se agita,
Y más en su carrera se precipita
Fiero el trotón,
En tanto que a sus ojos desencajados
Pasan bosques, llanuras, yermos, poblados
En procesión.

En vano su jinete con ruda mano
Le retiene en la brida, probando en vano
Parar su pie;
Que el indómito bruto, fiero, vehemente,
En su afán incesante ni nada siente
Ni nada ve.

El árbol a su paso se inclina grave,
Los vientos se separan y húyele el ave,
Que un grito da,
Y cuanto tras él queda o enfrente tiene
Parece preguntarse: ¿De dónde viene?
Y ¿adónde va?...

Iba ya en su carrera desatinada
De un precipicio horrible por la pendiente
Loco a rodar,
Cuando el corcel, cayendo desalentado,
Muerto quedó, su boca de sangre hirviente
Vertiendo un mar.

Y al espantoso choque que produjera,
El que firme en la silla se sostuviera
De ella saltó,
Y exánime en la arena rodara inerte,
Sin un próvido amparo que allí la suerte
Le deparó.

. . . . . .
. . . . . .

La tarde en el ocaso turbia se hundía;
Las sombras avanzaban, la luz moría.
Sonó un cantar...
¡Ay!... ¡Era Magdalena que caminaba
Por una oculta senda que al bosque daba,
Con doña Dulce en brazos a su aduar!

(Choza en un bosque; sobre un haz de paja duerme un niño. En primer término DOÑA DULCE, *desmayada. A un lado,* MAGDALENA. *La escena aparece iluminada por la luna.)*

DOÑA DULCE

¡Oh, Dios mío!... ¿Dónde estoy?
¿Quién sois, mujer bienhechora?

MAGDALENA

Estáis en mi aduar, señora;
Mas no os importe quién soy.

DOÑA DULCE

Os debo la vida: quiero
Vuestro nombre conocer.

MAGDALENA

Ocultarlo es mi deber;
Vuestra salud es primero.
¡Oh! Vuestro estado me inquieta.
¿Estáis mejor?

DOÑA DULCE

Gloria a Dios
Y a tanto cuidado en vos,
Ya mi salud es completa.

MAGDALENA

No me deis gracias; la suerte
Fué quien os favoreció.
¿Qué otra cosa daré yo
Que no envuelva luto y muerte?...
Pobre gitana, arrastrando
Un infierno en esta vida,
Siempre en el mundo perdida,
Siempre gimiendo y llorando;
Alma sin consolación,
Que en esta criatura tierna
Lleva el sello de su eterna
Y horrible reprobación;
¿Dónde su mano pondrá
Que allí la muerte no esté?
¿Qué yerba hollará su pie
Que abrasada no será?

DOÑA DULCE

¡Pobre mujer! ¿Sois viuda?

MAGDALENA

Señora... no fuí casada.

DOÑA DULCE

¡Ah! Luego fuisteis amada
Y os olvidaron...

MAGDALENA

Sin duda.

DOÑA DULCE

Maldígale Dios, amén,
Al que tan vil os burló.

MAGDALENA

Y a quien su amor me robó
Maldígale Dios también.

DOÑA DULCE

Otra gitana quizás...

MAGDALENA

No, fué una noble doncella.

DOÑA DULCE

Rica, comprendo...

MAGDALENA

Y muy bella.

DOÑA DULCE

¿La conocisteis?

MAGDALENA

Jamás.
Por eso sólo me afano,
Abrigando la esperanza
De encontrar a mi venganza
Término breve y cercano.

DOÑA DULCE

¡Demonio debe de ser
La que os robó vuestro amor!

MAGDALENA

Pues un ángel del Señor
Le llaman a esa mujer.

DOÑA DULCE

Pensáis vengaros...

MAGDALENA

¡Oh, sí!...
No en cuenta Dios me lo tenga.
¡Me vengaré... cual se venga
La raza de que nací!

DOÑA DULCE

En tan cobardes delitos
Más la venganza desdora.

MAGDALENA

Es que este niño, señora,
Me pide venganza a gritos.

DOÑA DULCE

¿Y no os sería mejor,
Pues que con él os convido,
Dar esa afrenta al olvido,
Que humillará al burlador?

MAGDALENA

¡No puedo!... ¿Cómo olvidar,
Cómo, percance tan duro?

DOÑA DULCE

Con mi cariño, que es puro
Y nunca os ha de faltar.
Yo puedo ofreceros calma
En una vida tranquila,
El dolor que os aniquila
Desterrado de vuestra alma.
Y puedo, pues generoso
Es con cuanto yo le exijo,
Encomendar vuestro hijo
Al amparo de mi esposo.
Así, poco a poco, iréis
La dulce paz recobrando,
Y así quizá, tiempo andando,
Dichosa y feliz seréis.

MAGDALENA

Prémieos Dios tantos desvelos;
Mas, ¡ay de mí!, vanos son
Para el triste corazón
Que matan odios y celos.
Ni vos podréis dar placer
A mi constante penar,
Ni yo os podré nunca amar...,
Sólo porque sois mujer.

DOÑA DULCE

Todo en el tiempo se olvida,
Triste gitana, y ¿quién sabe
Si hallará puerto la nave,
Hoy de los vientos batida?
Siempre de almas nobles fué
La esperanza y el perdón.

MAGDALENA

Eso fué mi perdición...
Ya no más perdonaré.
Mas vos, ¿quién sois, que tan blanda
Y compasiva me habláis?

DOÑA DULCE

Vuestra amiga...

MAGDALENA

¿Y os nombráis?

DOÑA DULCE

La señora de Milmanda.

MAGDALENA

¡Ah!... ¿Doña Dulce?...

DOÑA DULCE

Sí; pero
¿Por qué os inmuta mi nombre?

MAGDALENA

¡Doña Dulce!..., no os asombre...
Es... lo mucho que os venero...
¡Cuán bella sois y agraciada!
¡Oh! ¿Quién no os ha de admirar?
¡Satisfecho debe estar
Don Pedro Fuentencalada!
¿Os ama mucho?...

DOÑA DULCE

Sí, a fé.
Su amor jamás me faltó;
Pero también le amo yo.

MAGDALENA

Lo sé, doña Dulce, y sé
Que sois muy felices...

DOÑA DULCE

Tanto
Que, desde que ante el altar
Nos unimos, ni un pesar
Vino a turbar nuestro encanto.

MAGDALENA

También así yo decía
Cuando en mi amor confiaba,
Y era que no reparaba
En el tiempo que vendría.

DOÑA DULCE

Aciagos vuestros amores
Fueron, gitana, en mal hora.

MAGDALENA

Consuelo tengo, señora,
En que hay desgracias mayores.
Pues si vivir suspirando
Es un horrible vivir,
¡Peor mil veces es morir
Con ilusiones y amando!

DOÑA DULCE

Miedo me da oíros tal.
¡Oh, si eso me aconteciera!...

MAGDALENA

Nadie en el mundo está fuera
De este accidente fatal.
¿Teméis vos, enamorada,
Acaso morir, señora?

DOÑA DULCE

Sí, porque si muero ahora
He de morir condenada.

¡Lejos de mi esposo yo,
Dejando a mi esposo aquí,
Cuando si vida hay en mí
Es la que su amor me dió!
¡Oh! No, mi alma no pudiera
Ver la presencia de Dios
Sin verla a un tiempo las dos
Que en este mundo El uniera.

MAGDALENA

Pues tanto don Pedro os ama
Y tanto a la vez le amáis,
Y la llama en que os quemáis
Es la que su pecho inflama,
¿Cómo es que sin él salisteis
Tan sola a pasearos hoy?
Porque os juro por quien soy
Que en grave riesgo os pusisteis.

DOÑA DULCE

Sola pasear le rogué
Y él en ello consintió;
Que también consiento yo
Cuanto de su agrado fué.

MAGDALENA

¡Señora, y no precaver,
Antes de tal osadía,
El peligro que corría
Vuestro honor y vuestro ser!
Costaros pudo muy cara
Tan loca temeridad.

DOÑA DULCE

Y tan cara, a la verdad,
Si en vos amparo no hallara.

Mas es de noche y mi esposo
Debe intranquilo esperarme.
¿Queréis, gitana, guiarme
Del bosque al confín umbroso?
De allí, pues la senda sé,
Tomaré la del castillo.

MAGDALENA

Hasta llegar al rastrillo,
Si os place, con vos iré.

DOÑA DULCE

Yo no sé cómo pagar
En vos tal solicitud;
Que es poca mi gratitud
Para que os podáis cobrar.
Mas si un día a ese dolor
Un consuelo apetecéis,
Y despreciar no queréis
Mi amistad y mi favor,
Id a Milmanda, que allí
Vuestra nobleza me obliga
A que tengáis una amiga
Tierna y cariñosa en mí.

MAGDALENA

¡Oh! ¡Gracias, gentil señora!
No será tarde quizá
Cuando a veros vaya allá
La que en este bosque mora.
Mientras no llega ese día,
De mis días el mejor,
Prended al pecho esa flor,
Señora, en memoria mía.
Que esa flor, única herencia

De mi madre al fenecer,
Sabe eternos mantener
Frescura, color y esencia.
Llevadla siempre en el pecho,
Pues tan bello os le hizo Dios;
Que, como esa flor, no hay dos
Del mundo en el largo trecho.—

No más habló la gitana,
Y a doña Dulce entregó
Una flor que ésta tomó
Agradecida y ufana.
¡Y la cándida doncella
Llevó la flor a su seno,
Sin conocer el veneno
Que habrá de aspirar en ella!
Pocos momentos después
La choza estaba desierta,
Y de su rústica puerta
De musgo y paja al través,
De un rayo de luna al brillo
Durmiendo un niño se hallaba,
Mientras su madre guiaba
A doña Dulce al castillo.

*
* *

Cuando de vuelta llegó
A su aduar la gitana,
Una carcajada insana
Por el bosque resonó.
—¡Ya me vengué! — prorrumpió —.
¡Lavada mi afrenta está! —
Y dando un beso al que allá
Reposa tranquilo e inerme:
—¡Duerme, mi lobezno, duerme,
Que el lobo no dormirá!

II

Pasados fueron en afán creciente
De las escenas últimas tres días,
Y era una melancólica mañana
Escasa en luz, si de presagios rica.
Trepaban por el ancho firmamento
En montones sin fin nubes cetrinas,
Que del viento en las alas cabalgando,
Por todo el horizonte se extendían.
Heraldo de la horrísona tormenta
El relámpago a intérvalos lucía,
Tras sí dejando en el espacio, vaga,
Rápida y luminosa culebrina.
El huracán bramaba, detonando
En las inmobles ásperas colinas,
Y a su violento empuje, desgajadas
Las ramas de los árboles crujían.
Del monte al valle va rodando el trueno;
La tempestad se acerca y se aproxima,
En tanto las campanas de Milmanda
Doblan con el clamor de la agonía.

*
* *

Castillo de Milmanda malhadado,
Castillo que no ha mucho sonreías,
Ufano de guardar en tus murallas
Dos almas que se amaban con delicia.
Morada en quien tu fundador vertiera
A torrentes la sangre de sus víctimas,
Pensando así de su conciencia impura
Lavar las manchas y alargar su vida...
¿Por qué, castillo de funesta historia,
Recuerdas hoy tus desgraciados días?
¿Por qué, castillo sin ventura, vuelves

A colgar con crespones tus cornisas?
¿Qué pasa dentro de tus negros muros,
Mansión de pena y de dolor precita,
Que hasta parece que tus piedras lloran
Por pesadumbre inmensa conmovidas?
¿Qué quiere el pueblo, que a tu puerta acude?
¿Qué quiere el pueblo, que en redor se apiña
De tus canceles y de duelo lleno
Con tristes ojos te contempla y mira?
¿Qué tiene el agua de lu limpio foso,
Que ya no alegre por su cauce gira?
¿Qué tiene el agua, cuando, apenas nace,
Gimiendo muere su argentada linfa?
¿Qué vienen a buscar a tus almenas
Las aves torvas de la noche fría?
¿Por qué perdieron ya, en tus ajimeces,
Su frescura alelís y clavelinas?

¡Ah! Pero en vano al silencio
Rindes solemne tributo:
Todos comprenden tu luto
Y conocen tu pesar.
Muerta ya quien te alegrara
Cuando era tu moradora,
Nadie podrá desde ahora
Tu ruina y muerte evitar.

Breve fué, triste castillo,
Breve, tu gloria y encanto.
¡Templo de crimen y llanto,
En ti no cupo el amor!
Mas no te quejes... La virgen
Que hoy muerta en tu centro embargas,
Nacida a pruebas amargas
No alcanzó suerte mejor.

Paloma sin voz ni arrullo,
Flor del tallo desprendida,

Ángel de nieve sin vida,
Astro sin órbita y luz,
En fúnebre catafalco
Que adorna gasa funesta,
Yace doña Dulce, enhiesta
Ante su tumba una cruz.

Sus ojos entrecerrados
Miran aún tristemente,
Cual de una llama vehemente
El postrimero fulgor;
Y en ellos, ya congelada,
Turbia una lágrima brilla,
De su muerte desastrada
Poema desgarrador.

Pálidos cirios alumbran
La estancia lúgubre y sola,
Ciñendo ígnea aureola
De aquel cadáver la sien,
Cual la corona de fuego
Que el triste mártir alcanza,
Cuando con fe y esperanza
Sufrió tormento y desdén.

Borda sus cárdenos labios
Una sonrisa de duelo,
Huella que al volar al cielo
El alma dejara en pos,
Como una queja amorosa
Que lleva, en afán profundo,
De algo que deja en el mundo
La virgen que está con Dios...

Mas del cadáver en torno
Nadie una lágrima vierte:
Todo es silencio de muerte
En aquel triste lugar;

Sólo allá, en una apartada
Habitación del castillo,
Se oye una voz ahogada
Maldecir y blasfemar...

Es don Pedro, el triste esposo;
Es don Pedro, el acuitado,
Que en su cámara encerrado
Quiere a doña Dulce ver...
Y en vano allí le disuaden
Afanosos sus amigos:
¡Quiere hablarla sin testigos
Y muerto ante ella caer!

Quiere verla y no le dejan...
Y ruega y suplica y llora,
Y su voz desgarradora
No halla eco a su pesar.
¿Y qué ha de hacer el doliente?
¿Qué ha de hacer, en su agonía,
Sino, gimiendo a porfía,
Maldecir y blasfemar?

Amante ayer olvidado
Cuando, noble y caballero,
Ofreció su amor primero
A doña Elvira y su fe;
Y leal a su cariño
Y a sus promesas constante,
Pobre peregrino errante
Quince años llorando fué.

Esposo luego querido,
Cual ninguno idolatrado,
Mas de pronto separado
Para siempre de su amor...
Dos veces ya en el sepulcro
Desvanecida su suerte,

¿Qué extraño busque en la muerte
Un término a su dolor?

Don Pedro, infeliz don Pedro,
Caballero sin ventura,
Pues eterna tu amargura
Desde hoy por siempre será,
Busca en Dios, nunca en la tierra,
Consuelo a tu malandanza:
¡Dios es la suma esperanza
Y Dios te consolará!...

En tanto que así don Pedro
Su desastre lamentaba,
Magdalena penetraba
En la fúnebre mansión;
Y parada ante el cadáver
Con infernal regocijo,
Contemplaba con su hijo
Aquel cuadro de aflicción.

— ¡Doña Dulce! — exclamó entonces
Con voz de rabia infinita—,
Vengo a hacerte la visita
Que antes de ayer te ofrecí...
Si a recibirme te aprestas
Con mortaja y con blandones,
¡También envuelta en crespones
Llorando te recibí!...

Beldad ayer tan alegre
Y hoy tan triste y solitaria,
Si en tu muerte una plegaria
No tiene mi corazón,
En cambio, de mi infortunio
Para eterno desagravio,
Sobre tu tumba mi labio
Dejará una maldición.

Sí; pues fuiste en esta vida
La causa de mis dolores;
Pues en mis dulces amores
Vertiste lluvia de hiel,
Y al hijo de mis entrañas
El bien paternal robaste,
Y mi cariño tornaste
En odio acerbo y cruel;

Ya que loca y arrastrada
Crucé el desierto del mundo;
Ya que en mi duelo profundo
Llanto de sangre vertí,
Pues de tu madre heredaste
Amor que en mi mal se emplea,
¡Maldita tu madre sea
Y toda tu raza en ti!...

¡Ojalá que no haya tierra
Donde tu cuerpo se espacie,
Y en tus despojos se sacie
Hambriento y feroz chacal!
¡Ojalá que nadie guarde
Tu memoria aborrecida,
Y encuentres en la otra vida
Un infierno perennal! —

Dijo; y don Pedro, iracundo,
Precipitóse en la estancia
Y hasta Magdalena, ciego,
Puñal en mano corrió.
Luchó..., vertió sangre, y cuando
Cesó su furor prolijo,
Vió muerto a sus pies su hijo;
Pero Magdalena huyó...

Entonces, en aquel trance
Terrible, sobrecogido

Don Pedro, lanzó un gemido
Del fondo del corazón;
Y cayendo de rodillas
Ante la cruz, allí alzada,
— ¡Perdón! — con voz ahogada
Gritó —. ¡Dios mío! ¡Perdón!

*
* *

Cuando sus ojos don Pedro
Alzó tras tantos horrores,
Vió a sus once servidores
Pálidos en torno de él.
— ¡Hermanos! — dijo, y su acento
De inmensa melancolía,
Con santa quietud lo oía
Su gente indómita y fiel... —

¡Hermanos! Si al crimen puede
Ceder, obcecada, el alma
Que sin consuelo ni calma
Perdido su amor lloró,
No, empero, de un Dios que es justo
Habrá de alcanzar la ira
Si apesarada suspira
Y arrepentida lloró.

Doña Elvira y doña Dulce
Me abandonaron. ¡La vida
Para mí desde este instante
No es la misma en que viví!
Sacrificado ese niño
Por mi mano parricida,
Sólo Dios pudiera, amante,
Tener compasión de mí.

Así, pues, cuando la noche
Su manto de luto extienda,

Mi vida a Dios en ofrenda
Iré a León a llevar.
Si hay de vosotros alguno
A quien le plazca mi voto,
Jure contrito y devoto
Por Santiago pelear.

—¡Lo juramos!...
—Pues es justa
Expiación, reclamada
Por nuestra vida pasada,
Sacrílega y criminal,
Llevad esa insignia... —Y roja,
En sus capas, para afrenta,
Imprimió una cruz sangrienta
Con el húmedo puñal (1).

Llegó la noche: don Pedro
Besó los fríos despojos
Del fruto de sus amores
Con la gitana fatal;
Imprimió un ósculo tierno
De doña Dulce en los ojos,
Y abandonó para siempre
Aquella estancia mortal.

III

Cuando tras de la colina
Que hasta los cielos se encumbra
El sol su frente reclina,
Y opaca luz mortecina
Con brillo trémulo alumbra;

(1) La cruz de Santiago tiene la forma de un puñal; y como el lector sabe, esa cruz es roja.

Cuando poco a poco aumentan
Las sombras, que representan
Cien panoramas de horror,
Y los jardines se ostentan
Pálidos y sin color;

En esa hora misteriosa
En que ya el mundo reposa
De su eterna saturnal,
Entre la magia amorosa
De una quietud sepulcral,

Silenciosos y abatidos,
Cada cual en su trotón,
Los que antes fueran bandidos,
Penitentes doloridos
Camino van de León.

¡Van a Castilla, a lavar
Sus conciencias y a llorar
De sus crímenes en pago!
¡Van a su patria, a fundar
La religión de Santiago!

Allí, cuando en la presencia
Del rey, tras de larga ausencia,
Don Pedro abjure del mundo,
Tal vez hallará clemencia
En don Fernando el Segundo.

Y él y su gente obtendrán
De sus crímenes perdón,
Y él y su gente serán
Espanto del musulmán
Y de Galicia blasón.

Que ellos, la regla adoptando
Fácil de San Agustín,

A Dios sus preseas dando,
Irán de España arrojando
El torpe imperio muslín.

Luego serán consagrados
Caballeros; y admirados
De sus invictas acciones,
Reyes, les darán Estados;
Pontífices, bendiciones.
.....
.....

Camino va de León
Don Pedro Fuentencalada
Con su temible legión.
¡Plegue a Dios que halle perdón
Su mala vida pasada!

Teatro de tantas maldades,
Tras ellos quédase horrenda
Milmanda en sus soledades,
Para contar su leyenda
A las futuras edades...

De su castillo ruinoso
Entre el escombro y la piedra,
Donde el lagarto verdoso
Tiene su nido frondoso
De ortigas, musgos y yedra,

Al triste compás del viento
Que por las grietas corría
De aquel viejo monumento,
Contóme un buitre este cuento
En una noche sombría.

De Magdalena no habló
Ni me dijo de qué muerte
La pobre egipcia murió;
Conque, lector, ¡buena suerte!,
Porque mi cuento acabó.

FIN

NOTA

La leyenda que hoy reimprimo ha sido escrita hace muchos años, cuando yo no contaba más que diez y ocho. Sus versos figuran entre los primeros que escribí en castellano.

Estudiando lejos de la patria el origen de las Órdenes militares, concebí la idea de escribir una serie de poemas que, dado el carácter dramático de aquellas fundaciones, pudiera resultar de grata y entretenida lectura. Comencé la realización de este proyecto escribiendo de un tirón, después de recoger en la Historia los materiales apenas indispensables para fijar la época y el nombre del protagonista, el primer poema de la serie. La revolución de septiembre cambió bien pronto el rumbo de mis ideas. Las Ordenes militares estaban heridas de muerte; luchaban con el espíritu moderno, y el poeta ya no tenía la misión ni estaba en el deber de cantar el pasado. Convencido, pues, de la esterilidad de mi trabajo, renuncié a aquel propósito, pero renuncié tarde, cuando ya había concluído EL MAESTRE DE SANTIAGO, que durmió cuatro años entre mis papeles y que no hubiera publicado nunca de no pedirme original un periódico de provincias, y que hoy no reimprimiría de no exigírmelo el proceso evolutivo de mi humilde historia literaria.

Escribir una leyenda y no dejarse influir por Zorrilla, es imposible: él y sólo él tiene las llaves de los «tiempos viejos», el secreto de la evocación, la vara de los conjuros. Desde Larrañaga hasta Núñez de Arce y Manuel del Palacio, todos coinciden con el mágico autor de *Margarita, la Tornera,* mal que pese a la tendencia

monométrica con que el autor de *El Vértigo* y de *Hernán el Lobo* trata de disfrazar su marcado proselitismo. Todos los caminos de la leyenda están tomados por el coloso; todas las maneras de cantar el pasado, ensayadas poderosamente por ese Proteo de la rima, que ha elastizado como nadie, dislocándola a veces, pero haciéndola saltar siempre luminosa y triunfante, como una fiera domada, la rica lengua española.

Yo sigo sus huellas en EL MAESTRE DE SANTIAGO, y las sigo a sabiendas, porque creía al escribirla, y sigo creyendo ahora, que el género que tanta gloria ha dado al insigne Zorrilla, y que él hizo tan nacional, lejos de estar llamado a desaparecer, como piensan algunos espíritus poco atentos, ha de tener un segundo florecimiento, que acaso se inicia ya, y que, por raro privilegio, parece destinado a presidir en su venerable ancianidad el fecundo maestro de tres generaciones de poetas.

Hecha esta declaración y la de que en mi obra existen anacronismos que ya hice notar en otra parte, uno de los cuales es la descripción del Santuario del Cristal, de fundación muy posterior a la época de que trato, anacronismos que no he querido subsanar porque no afectan al drama y por conservar en mi trabajo toda la espontaneidad y frescura de las primeras inspiraciones, doy por terminada esta nota.

EL PADRE FEIJÓO

LOA DRAMÁTICA EN UN ACTO Y EN VERSO

Representada en el Teatro de Orense,
el 3 de junio de 1879, por la Compañía infantil dirigida
por D. Luis Blanc.

Esta obra se imprimió en dicha capital en el establecimiento tipográfico de D. Antonio Otero el año 1880.

Sr. D. José Ogea.

Querido Pepe: Pensaba no dar a la estampa esta obrita, que hoy te dedico, por dos razones: la primera porque es mala, y no habrá quien me haga creer lo contrario, dada la premura con que la escribí, y la segunda porque, sin querer, he ofendido con su representación a la benemérita y respetable clase diaconal, cuyo pudor teológico mortifiqué sensiblemente con la solución que me plugo dar a los amores de Fray Diego y Marta, y con la presentación en escena del Padre Feijóo tal y como yo lo comprendo, que es, punto más, punto menos, como lo juzga la Crítica y nos lo presenta la Historia. Presbítero hubo la noche del estreno que, parapetado tras la rejilla de un palco de luto (localidad de nuestro coliseo, cuya conveniencia arquitectónica y moral no me pude explicar todavía), se reía a carrillo abierto de que yo concediese a los Papas la facultad de dispensar solemnes votos, así como de que hiciese descender la seriedad de nuestro ilustre monje al extremo de convertirlo en protector decidido de unos amores terriblemente mundanos. Confieso mi ignorancia; yo creía, en cuanto a lo de las facultades, que el Papa que las tuvo para anular los votos de D. Ramiro el Monje, rey de Aragón,

y los de César Borgia, duque de Valentinois, podía también tenerlas, pues de un caso análogo se trata, para anular o dispensar los de Fray Diego, por aquello de que el que hace un cesto hace ciento. Respecto al sabio de Casdemiro, creía, y lo que es más grave, sigo creyendo aún, que como quiera que no se trata de un cabecilla carlista ni de uno de aquellos fanáticos monjes de la Edad Media, cuya existencia se hacía notar por el odio que a todas las cosas del siglo profesaban, no había para qué disputarle la facultad, connatural a todo bicho viviente, de sentir las desdichas del prójimo y tomar parte en ellas, entendiéndose por todo bicho viviente todo hombre que no haya pertenecido, pertenezca o esté en peligro de pertenecer al partido absolutista.

Por lo demás —y salvo el parecer de los teólogos vergonzantes que me censuraron, los cuales es natural que en materia de cánones no opinen ni puedan opinar en su vida como nuestro distinguido paisano el Sr. Montero Ríos, a quien (entre paréntesis) la exclaustración de Fray Diego ha parecido perfectamente justificada y tanto más lógica y corriente cuantas más razones de carácter histórico y filosófico pudieran aducirse en su abono —, todos cuantos calificativos haya podido merecer a esos señores, más o menos alentados por algún sochantre de levita y vista corta, con motivo de la representación de El Padre Feijóo, *me tienen sin cuidado; que con algo había de compensarse a su autor la inmensa satisfacción que recibió con las aclamaciones de que ha sido objeto y el placer que le produjo descubrir aquella noche en el teatro, por encima de un verdadero mar de cabezas humanas, las de más de una docena de individuos del clero, cuya presencia en aquel sitio se justifica mucho menos que el desenlace de mi obrita, no sólo desde el punto de vista de los cánones, de las leyes*

de Partida y de la disciplina que prohiben—¡mal prohibido! — a los curas asistir a estos espectáculos, sino también desde el de la estética, del ornato y la salubridad pública.

He dicho que no pensaba publicar esta loa, y es la verdad; pero tú me has dedicado un bello trabajo, no has querido creerme cuando te hablé de la insignificancia del mío, y para que te convenzas, lo publico.

Léelo, pues, y cuando lo hayas terminado, coge la tijera y haz de sus hojas pajaritas del papel para tus niños. Tuyo de corazón,

M. Curros.

Orense, agosto 1880.

PERSONAJES	ACTORES
MARTA	Srta. Blanc.
LA POSTERIDAD	Gómez.
EL PADRE FEIJÓO	Figueroa.
FRAY DIEGO	Srto. Rodríguez (T.).
FRAY LUIS ARAÚJO	Portillo.
HERMANO JOSÉ, lego	Srta. Gómez.
HERMANO MENDO, id	Vivero.
ARAGONÉS 1.º	Srto. Rodríguez (A.).
ARAGONÉS 2.º	Molina.
ARAGONÉS 3.º	Srta. Cobos.

Comparsa.

La escena pasa en el convento de San Vicente de Oviedo, próximamente a mediados del último siglo.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una celda bastante espaciosa. A la derecha del actor, una ventana que da a la calle y una puerta; otra al fondo; éstas practicables. A la izquierda, puerta, mesa de escritorio con recado y sillón de vaqueta; detrás de la mesa, estantería.

ESCENA I

HERMANO JOSÉ y HERMANO MENDO; LEGOS.

(Entretenidos en hacer el aseo de la celda.)

JOSÉ. No hay para esta celda escobas
Que basten. ¡Por San Andrés!
Tres veces limpié, y las tres
Como si no...

MENDO. ¿Tres? ¡Son bobas!
Vos tres, yo dos: cinco son.

JOSÉ. ¡Oh, manía de escribir,
Con lo cual no hay que pedir
Limpieza a una habitación!
Será torpeza quizá
Mía, que de ello no entiendo;
Mas, la verdad, no comprendo
Que haya escritores.

MENDO. ¡Ya, ya!

JOSÉ. Porque es lo que digo yo:
Con emborronar papel,

¿Qué saca en limpio para él
El Padre Maestro Feijóo?
¿Tesoros? ¡Bah! Patarata.
¿Amigos?... Sembrar en yermo:
Si el Padre cae hoy enfermo,
El médico nos lo mata.
De veinte años acá, son
Tantos los que tiene enfrente,
Que hasta le ha metido el diente
Nuestra Santa Inquisición.
Lo dicho: mejor se está
Manducando que escribiendo.
¡A tal tiempo, hermano Mendo,
Hemos llegado!

MENDO. ¡Ya, ya!

JOSÉ. Yo, la verdad a decir,
Tengo mi opinión formada
Del que escribe: para nada
Sirve... que no sea escribir.
Lo cual, en mi cortedad,
Me hace ver que un escritor
Es la desgracia mayor
Para una Comunidad.
Aquí no debiera haber,
Por que eterna la paz fuera,
Más que gente que supiera
Orar, callar...

MENDO. Y comer.
Soy de esa misma opinión.

JOSÉ. Pero, ya se ve, de ciento,
No entran hoy en el convento
Dos hombres con vocación.
¡Así anda ello! Así está
La Orden desacreditada,
Perseguida y calumniada,
Y... sabe Dios si...

MENDO. ¡Ya, ya!

JOSÉ. Y es vano buscar remedio

Al mal que nos embarulla.
No ha mucho que la cogulla
Tomó un fraile que, tal tedio
Tiene al claustro y al sayal,
Que, en el furor que le abrasa,
Prenderá fuego a esta Casa
Y la sembrará de sal.

MENDO. ¡Santo Dios! ¡Y que así juntos
Buenos y malos estén!...
¿Y quién es el monje?

JOSÉ. ¿Quién?...
De que es Fray Diego hay barruntos.

MENDO. Ese será..., porque oí
Decir que a ciertos amores
Del siglo, algo pecadores,
Se debe el que entrase aquí.

JOSÉ. ¡Hola! ¿También sabéis vos
Esa historia?...

MENDO. Si no es ciego,
Todo el que observe a Fray Diego
La sabrá como los dos.
Es hombre que se clarea
Y a poco que le sonsaque,
Nota cualquier badulaque
De cuál de los pies cojea.

JOSÉ. En fin, la cosa así va.
Si San Benito levanta
Su santa frente, se espanta
Viendo su Casa.

MENDO. ¡Ya, ya!

(Al ver salir a Fray Luis Araújo y Fray Diego, interrumpen su faena y desaparecen.)

ESCENA II

FRAY LUIS ARAÚJO y FRAY DIEGO.

(El primero es portador de algunos pliegos para el Padre Feijóo.)

ARAÚJO. Contened vuestra aflicción,
Hermano, y pues decisión
Fué vuestra el siglo trocar
Por una vida ejemplar,
Pedid a Dios vocación.
DIEGO. ¡Nunca la tuve; es en vano!
ARAÚJO. Ved lo que decís, hermano.
¡No hay redes como estas redes!
DIEGO. ¡Ah! Mi espíritu profano
Se ahoga entre estas paredes.
Lejos de aquí rodar siento
El mundo en confuso son,
Como hondo mar turbulento,
Y con secreta atracción
Le sigue mi pensamiento.
No están aquí aquellos santos
Recuerdos que al alma dan
Tanta paz, consuelos tantos
En ese mundo de encantos
En que se vive de afán.
No están aquí los objetos
De nuestros tiernos cariños,
Los guardadores discretos
De aquellos dulces secretos
De nuestra vida de niños.
Y tan lentas y pesadas
Suenan para el corazón
Las horas aquí pasadas,
Que llegan a ser odiadas
La virtud y la oración.

ARAÚJO. ¡Jesús, hermano! Decís
Tales cosas que ¡por Dios!...
DIEGO. Los que otro amor no sentís
Que el del claustro en que vivís,
No sabéis...
ARAÚJO. ¿Luego amáis vos?
DIEGO. ¿Si amo?... Vos, hermano mío,
A quien todo lo confío
Porque nada os he ocultado,
¿No lo habéis adivinado
En mi semblante sombrío?
Pues si no amara, ¿por qué,
Falto de gracia y de fe,
Alma proterva y mundana,
La vida del claustro insana
Como un suplicio abracé?
ARAÚJO. Me espantáis.
DIEGO. ¡Oh, por favor,
No lo reveléis!... Mi amor
Es una historia vulgar...
Amo... ¡como puede amar
Un condenado!
ARAÚJO. ¡Qué horror!
DIEGO. Niño era yo. Fenecía
Del sol el último rayo;
Blando el céfiro gemía;
Como una oración subía
La luna por el Moncayo.
¡Tarde hermosa! En mi redor
Alzaba grato rumor
La selva agreste y sombría.
Todo era amor... Yo leía
A Ovidio — ¡todo era amor! —.
¡Ah! Si el hombre no ha de amar,
Impedid que corra el río,
Que el sol luzca y brame el mar,
Que no pueblen el vacío
¡Ni un aroma ni un cantar!

Abierta el alma vehemente
A esta poesía infinita
Me estremecí de repente,
Cerré el tomo, alcé la frente
Y vi a mi lado una ermita.
Por instinto, no por fe,
Traspuse su puerta franca
Y absorto viendo quedé
De bella imagen al pie
Una mujer, bella y blanca.
Su cabeza parecía
Que a la imagen disputaba
El nimbo áureo que ceñía.
¡Tanto del sol que moría
Al limpio rayo brillaba!
No habéis soñado jamás
Labios tan puros y rojos,
Y no han nacido quizás
Pestañas que celen más
La hermosura de unos ojos.
La vi y la amé; mas ¿por qué...,
Si ella rica, pobre yo,
Tan desventurado fué
Como el que yo la juré
El amor que me juró?
Hija única, heredera
De una fortuna, su padre
La prohibió que me quisiera,
Trocando, mal que nos cuadre,
Nuestra ventura en quimera.
Y hasta tal punto llegó
Nuestro común sacrificio,
Que hoy ya dos años cumplió
Que ella en un convento entró,
Cuando yo aquí de novicio.
Ved, pues, si razón habría
Para vivir tan sin calma
Desde aquel nefasto día,

Y si vocación tendría
Quien lleva como yo el alma.
Ya toda esperanza huyó,
Y en todo igual nuestra estrella,
Todo entre ambos acabó;
Pues tal como lo hice yo
Habrá profesado ella.

ARAÚJO. ¡Oh! ¡Mucho debéis sufrir!
Mas si sabéis olvidar,
Dichoso podréis vivir.

DIEGO. No, no; mejor es morir,
Porque morir es no amar.

ARAÚJO. En tal situación estáis
Que ni un remedio adivino...

DIEGO. Iré a misiones.

ARAÚJO. ¿Soñáis?

DIEGO. Me haré matar.

ARAÚJO. ¡¡Blasfemáis!!

DIEGO. ¡Así se cumple el destino!

ARAÚJO. Seréis un malvado.

DIEGO. No,
Cuando Dios lo quiere así.

ARAÚJO. ¿La que amáis no os olvidó?

DIEGO. ¿Pudiera olvidarla yo?...
¿Cómo ha de olvidarme a mí?

ARAÚJO. Nos oyen...

(Ambos se alejan, volviendo con curiosidad la cabeza hacia la izquierda, por donde entra en escena el Padre Feijóo. Al verlo, el Padre Araújo hace una profunda reverencia y se queda en el foro esperando ocasión de hablarle. Fray Diego se aleja.)

ESCENA III

El PADRE FEIJÓO.

(Grave y majestuoso, pero sin afectación, aparece revisando un ejemplar de la primera edición de sus *Cartas eruditas*. Su andar es reposado, como conviene a un monje de edad provecta; su voz, insinuante, dulce y simpática por extremo, no carece de cierta energía, sobre todo cuando se dirige a sus detractores.)

¡Bella impresión!
¡Bien por el Padre Sarmiento,
Que vió con detenimiento
Las pruebas de la edición!
Visadas por Fray Martín,
Ya el criticastro Mañer
No dirá, cual dijo ayer,
Que no sé escribir latín.
Ni Osorio, haciendo un puñal
De un nombre al descuido puesto,
Se vendrá a mí descompuesto
Como a la presa el chacal.
¡Oh!, zoilos de vil calaña,
A quienes sin culpa di
Con las obras que escribí
Ocasión de burla y saña;
Partidarios del error,
En cuya noche sombría
Huérfano el pueblo gemía
Sin norte y sin redentor;
Cobardes impugnadores,
Que os nutrís de mi honra herida
Como la larva dormida
De las hojas de las flores:
¡Heme aquí de nuevo! Aun late
Lleno de fe el pecho mío,
Y con más fuerza y más brío

Me presento hoy al combate.
Si a vuestras ansias malditas
No bastó mi *Teatro* entero,
¡Morded el tomo primero
De mis *Cartas eruditas!*

ESCENA IV

El mismo; FRAY LUIS ARAÚJO, adelantándose.

ARAÚJO. Padre Reverendo...
FEIJÓO. Dios
Os guarde, Padre Araújo.
ARAÚJO. La posta estos pliegos trujo
Con la nema para vos.
FEIJÓO. ¿Hay algo más?
ARAÚJO. Padre, nada;
Es decir..., como no sea
Que el pueblo otra vez rodea
Esta tranquila morada
Y pide pan...
FEIJÓO. (La sequía
Es hogaño general.)
Tomad todo mi caudal:
Cien ducados que me envía
Mi librero de Madrid;
Se los daréis, mas con modos
Que alcance lo poco a todos.
Como siempre repartid.

(Abre un pliego y se entera rápidamente de su contenido.)

(¡De Roma!) Al punto anunciad
De urgente y preciso a título,
Que se reuna en capítulo
Toda la Comunidad.
ARAÚJO. (¡Noble corazón!)

ESCENA V

El PADRE FEIJÓO, solo.

Veamos
Lo que nos trae la Mala.
¡Un libelo! Autor... anónimo (Leyendo.)
¡Con Rabelais me compara!
¿Dónde está mi *Pantagruel,*
Mi escepticismo, mi sátira?...
¡Habla de Voltaire! ¡Voltaire!
Soy yo más viejo... Me llama
Monstruo cartesiano, hereje,
Hugonote, iconoclasta...
¡No me conoce, sin duda,
Quien de este modo me trata!
Dice que vierto doctrinas
Heréticas e inhumanas;
Y... ¿dónde están? ¡No las cita!
¡Ah! Comprendo estas infamias.
Así se logra excitar
Los ánimos; así, rauda,
Como la mancha de aceite,
La calumnia se propaga,
Y es una chispa un incendio,
Y es un copo una avalancha,
Y muere Savonarola,
Y se condena a Mariana,
Y la hoguera centellea...,
¡Y enmudece la palabra! (Pausa.)
Mas... ¿qué importa? Miserable
Impostor, ¡me insultas! ¡Gracias!
Tus calumnias me engrandecen;
Tu elogio me avergonzara.

(Abre otro pliego.)

Carta del rey don Fernando.
No hay duda, aquí están sus armas:
Me anima a que continúe
Las tareas comenzadas
Y a que ante nada me arredre
Ni me acobarde por nada.
¡No lo encarguéis!... Cual las rocas
Que ocultan mi cuna patria,
Mi voluntad así es firme
E inmutable mi esperanza...
— «Palacio del Quirinal» —
A ver qué nos dice el Papa. (Se entera.)
Me concede lo pedido...
Hijo querido me llama,
Y dice que son mis libros
Su lectura cotidiana.
Mas... ¿qué veo? (Con asombro.)
¿A mí una púrpura?
¡Santo Padre! ¡No; me basta
Vuestro recuerdo, que llena
De íntimos goces mi alma!
Todo lo demás es humo,
Todo lo demás mundanas
Glorias son, que me desvelan
Y que redoblan mis ansias.
Mientras tenga en mi tintero,
No en hiel ni en sangre mojada,
Una pluma, con la cual
Pueda luchar a mis anchas
Contra el vulgo, cuya frente
Ciñe nubes de ignorancia;
Mientras con ella me sea
Dado extender mi palabra,
Buril para la verdad,
Para los errores hacha;
Mientras viva en mi retiro
En dulce y serena calma,
Seré feliz... Ni más quiero,

Ni otra cosa me hace falta.

(Vase. Mientras se aleja se oye en la calle, al son de las bandurrias, esta canción):

Para un pecador un Papa,
Para un moro un zancarrón;
Para los aragoneses
El sabio Padre Feijóo.
¡Alto la litera!
Que ya terminó
Nuestra afortunada
Peregrinación.

ESCENA VI

MARTA, ARAGONESES, FRAY LUIS ARAÚJO; después FRAY DIEGO.

ARAÚJO. Dígnese vuestra merced
Pasar y tomar asiento,
Que la jornada fué larga
Y ha de querer...

(Señalando una silla a Marta.)

MARTA. Sí, por cierto.
ARG. 1.º ¡Chiquios, entraisos!
ARG. 2.º ¿Mas dónde
Está el Padre?
ARAÚJO. Podréis verlo
En el próximo salón
Pasados unos momentos.
Está orando; os le anuncié
Y allá en salir quedó presto.
ARG. 1.º ¡Es un mozo templaíco!
¡Vaya una pluma!
ARAÚJO. Es ya viejo.
MARTA. (He visto ya tantos monjes...
¿Dónde estará? ¿Por qué tiemblo?)

ARG. 1.º ¿Viejo? Pues no lo parece.
ARAÚJO. Con sus sesenta lo menos.
ARG. 1.º ¡Pobrecico! Habrá sufrido
Mucho, ¿verdad?
ARAÚJO. ¡Ya lo creo!
Como que los envidiosos
De su nombre y su talento
No le dejan disfrutar
Hora de paz ni sosiego.
Por cada libro que lanza
A luz el Padre Maestro,
Le devuelven cien injurias
En otros tantos folletos.
ARG. 2.º ¡Toma! No a todos conviene
Se abran los ojos al pueblo.
Por eso decapitaron
A nuestro buen caballero
Don Juan de Lanuza.
ARAÚJO. Hermano,
No hablemos, no hablemos de eso...
Lo que el rey hace, hecho está.
ARG. 2.º Pero puede estar mal hecho.
ARAÚJO. Ya, pero...
ARG. 2.º No; si hablo mal,
Callaré.
ARAÚJO. Pues bien, callemos...
ARG. 2.º Lo que yo le digo, hermano,
Es que, a verme en el pellejo
Del Padre Feijóo, le rompo
Al que me ultraje los huesos.
Mire su merced: no ha mucho,
Encontrándome leyendo
Un tomo del *Teatro crítico,*
Mal y todo como leo,
El médico del lugar
Llegó y me dijo: — Prudencio,
¿Qué estás leyendo? — El *Teatro,*
Repuse. — ¿Y qué tal?... — ¡Es bueno!

Ya el aceite derramado
No es anuncio de siniestros,
Ni debe estudiarse sólo
Para cura en los colegios;
Ya la mujer sirve más
Que para el uso casero;
Ya no son las salamandras
Medio contra los incendios;
Ya no hay vampiros, ni duendes,
Ni brujas para un remedio,
Ni se cura con sangrías
A toda clase de enfermos.
Picóse el físico entonces
Y entre mohino y colérico
Dijo: — El autor, tú y el tomo,
Juntos debéis ir al fuego.
— ¿Al fuego el Padre Feijóo?... —
Contesté, y esto diciendo
Le arrimé cuatro sopapos,
Y alcé el tomo tan a tiempo,
Que sólo por no mancharle
No se lo enterré en los sesos.

ARG. 3.° ¡Recontra, que estuvo bien!

ARAÚJO. Pues yo, hermanos, no lo apruebo,
Y el Padre Feijóo es seguro
Que cual yo condena ese hecho.
Batallador tolerante,
Busca en la razón su acero,
Y si confunde el error,
Guarda al que yerra respeto.

ARG. 2.° Pues mientras el Padre abad
No se valga de otros medios...

ARAÚJO. ¡Oh, nunca!

ARG. 2.° ¿Cuánto apostamos
A que ya nadie en mi pueblo
Se atreve a hablar mal del Padre?

ARG. 3.° ¡Bien seguro!

ARAÚJO. Y... ¿con qué objeto

Venís; se puede saber?
ARG. 1.º Por verlo.
ARAÚJO. ¿No más?
ARG. 2.º Por verlo.
¿No vienen a verlo condes
Y duques de extraños suelos?
Pues ¿por qué no hemos nosotros
De venir también?
ARAÚJO. Es cierto.
Y el portón de nuestro asilo,
Cerrado al mundano estruendo,
Para los que cual vosotros
Nos honran, siempre está abierto.
Mas sólo por conocer
Al Padre Feijóo no creo
Que vengáis todos.
ARG. 3.º Todicos.
ARAÚJO. ¿Con tal tiempo y de tan lejos?
ARG. 1.º Quince días de camino
Nada más.
ARG. 2.º Ni más, ni menos.
ARAÚJO. ¿Y todos a pie?
ARG. 2.º (Con intención.) No hay bestias
En Aragón, ni zopencos...
MARTA. (No sé por qué siente el alma
Terribles presentimientos.
¡Oh, cruel incertidumbre!
¿Estará aquí?... ¿Se habrá muerto?...)
ARAÚJO. Mucho tiene, ciertamente,
Nuestro abad que agradeceros.
Esa larga caminata
Desde Aragón a Oviedo
Hecha por vosotros, pobres
Campesinos, del deseo
Guiados de conocer
Al crítico insigne, pienso
Que no ha de olvidarla nunca.
ARG. 3.º ¡Otra! ¿Y qué hay de extraño en ello?

Pues ni aun con esto pagamos
Lo mucho que le debemos.
Gracias a sus libros, gracias
A sus agudos consejos
Sobre el cultivo del campo,
Tenemos nuestros graneros
Llenos, y nuestras cosechas
Van mejorando y creciendo
De año en año; y esto sólo
En lo que nos toca al cuerpo,
Que por lo demás...

ARG. 2.º Y diga
Su merced, que tengo empeño
En saberlo: ¿de dónde es
El Padre Feijóo? ¿Es gallego,
Como dicen?

ARAÚJO. De una aldea
De Orense.

ARG. 2.º ¡Pues no lo creo!

TODOS. ¡Gallego! ¡Ja, ja, ja, ja! (Riendo.)

ARG. 2.º Repito que eso no es cierto.

ARG. 3.º ¿Gallego? Pues yo creía
Que aunque fecundo ese suelo,
No producía otra cosa
Más que patatas y pleitos.
En fin..., que dé frailes..., pase;
Pero ¡frailes con talento!...

ARAÚJO. Pues ahora me toca a mí
Deciros: «Ni más, ni menos.»
Y por lo mismo que es raro,
Es más meritorio el hecho.
¿Lo dudáis? Pues hacéis mal...

ARG. 2.º Si nosotros no lo hacemos
Por mal; sólo que nosotros
No nos chupamos el dedo.

ARG. 3.º ¿Conque *galleguiñu?* ¡Vamos!
¡Quién sabe! Pudiera serlo,
Pues aunque ya no hay milagros,

A veces, dice el proverbio
Que donde menos se piensa...
ARG. 2.º Es claro: ¡salta un gallego!
DIEGO. Hermanos, en el salón
Nuestro Padre Reverendo
Espera vuestra visita.
ARG. 1.º Vamos. (Vanse. Marta quiere seguirlos.)
ARAÚJO. Si no os es molesto,
Esperadle aquí, señora;
Vendrá pronto.
DIEGO. (Reconociendo a Marta.) ¡Marta!
MARTA. (Ídem a Diego.) ¡Diego!

ESCENA VII

MARTA y FRAY DIEGO.

MARTA. (¡Ah! Del placer el exceso
Me matará.)
DIEGO. (Con desesperación.) (¡Yo profeso!)
¡Oh, Marta!... Mas ¿cómo aquí
Tú y entre esta gente; di,
Alma mía, mi embeleso?
MARTA. ¡Ah! Es tan grande mi emoción,
Que temo por mi razón.
DIEGO. ¡Cálmate, por Dios; lo ansío!
MARTA. (¡Aun vive! ¡Gracias, Dios mío!
No fué inútil mi oración.)
DIEGO. Cuán bella estás y agraciada
De ese disfraz ataviada.
Mas ¿cómo ha podido ser?...
MARTA. Para un alma enamorada
Todo es fácil de vencer. (Pausa.)
Dos años ha por mi mal
Que, al precepto paternal
Cediendo, duro y violento,
Novicia entré en el convento

De monjas de San Pascual.
¡Cuánto dolor y amargura
En silencio devoré
Mientras duró mi clausura!
¡Cuánto aquella sepultura
Con mis lágrimas regué!
No estaban allí los santos
Recuerdos que al alma dan
Tanta paz, consuelos tantos,
En ese mundo de encantos
En que se vive de afán...
No hallaba allí los objetos
De nuestros tiernos cariños,
Los guardadores discretos
De aquellos dulces secretos
De nuestra vida de niños...
Y tan lentas y pesadas
Fueron para el corazón
Las horas allí pasadas,
Que a ser llegáronme odiadas
La virtud y la oración.
Unos tras otros, los días
Fueron para mí pasando
Sin placeres ni alegrías,
En mis hondas agonías
Y en tu cariño pensando.
Murió mi padre: el tormento
Que esta nueva causó en mí
No tiene encarecimiento,
Y por ti, sólo por ti,
Dejé entonces el convento.
Ya en mi hogar, y en ocasión
De hallarme en mi habitación,
Triste y sola, de amor presa,
La rondalla aragonesa
Sentí bajo mi balcón.
Siempre ese canto admiré
Dulce, patriótico y blando...

Al alféizar me asomé
Y varios hombres miré
Que se alejaban cantando.
Su cantar era el cantar
De la Virgen del Pilar.
— ¿Adónde vais?—grité yo,
Y pronto creí escuchar:
— ¡A ver al Padre Feijóo!
— ¿Vais a Oviedo? Yo también,
Si me queréis—dije—, iría.
— ¿La señorita? Pues bien
— Me contestó no sé quién —:
¡Mandaréis la compañía! —
Así, en esta expedición,
Por no excitar la atención,
De estos paños disfrazada
Vine a verte, rodeada
De los hijos de Aragón.

DIEGO. ¡Ah! ¡En mal hora!...

MARTA. ¿Por qué así?
¿No hay ya en tu pecho amor?

DIEGO. Hayle;
Pero el que te amaba a ti
Murió. De él tan sólo aquí
Queda lo que ves... ¡un fraile!

MARTA. ¡Cómo! ¡Dios mío!

DIEGO. No sé
Cómo ha sido... Fe por fe
Quisieron... votos por votos,
Y yo a los míos falté
Porque los tuyos creí rotos.

MARTA. ¡Ah! ¡Dudar de mí! ¡Eso más!
¡Oh, no me amaste jamás!...
Ciega el alma me engañaba...

DIEGO. (¡Aún esa gota faltaba
Al cáliz de Satanás!)
¡No amarte yo, si te adoro! (Con ternura.)
Marta, te amo de tal suerte,

Que estas lágrimas que lloro
Diciéndote están a coro
Que tanto amor es mi muerte.
No conmigo hasta ese extremo
Lleves tu duda sombría,
Que aun adorándote temo
Que este amor en que me quemo
Sea una ilusión impía.
Mas si fuera una ilusión,
¿Cómo hallar explicación
A este violento latir,
A este angustioso gemir
De mi pobre corazón?

MARTA. ¿Pues qué pensar cuando así
Me pudistes olvidar,
Mas que se alejó de mí
Aquel amor que creí
Por todo tiempo guardar?
¡Oh, Diego del alma mía!
Si ya esos labios perdieron
La sonrisa que algún día
Me enajenó de alegría
Cuando tu amor me dijeron;
Si esa frente, donde ayer
He visto resplandecer
Fuego de amor celestial,
Como la de un criminal
Se inclina ante una mujer;
Si de esos ojos, hoguera
De un amor que en llama viva
Mi inmenso amor encendiera,
Hoy se desprende severa
Triste lágrima furtiva,
¿Qué he de hacer sino pensar
Que aquel amor, ¡ay de mí!,
Como una estela en el mar
Nació y murió sin dejar
Rastro alguno en pos de sí?

DIEGO. ¡Marta! ¡Marta! Compasión;
Piedad a este duelo eterno;
Que esas tus palabras son
Fuego en que arde el corazón
Con el ardor del infierno.
¿Por qué has venido tú aquí?
¡Ya entre ambos media un abismo!
¿Lo salvo?... Muero.
MARTA. ¡Oh, no!...
DIEGO. ¡Sí!
¡Si al fin moriré por ti,
No sea mañana, sea hoy mismo!
¡Huyamos!

(Toma en sus brazos a Marta y se dispone a partir. En este momento aparece el Padre Feijóo.)

ESCENA VIII

DICHOS y el PADRE FEIJÓO.

FEIJÓO. (Deteniéndole.) Hermano, ¿adónde
Con esa preciosa carga?...
¿Una rosa que Aragón
Desde sus valles me manda,
Por que su color admire
Y me arrobe en su fragancia,
Así me la robáis vos?...
DIEGO. ¡Padre! (Confuso.)
FEIJÓO. Dejadla, dejadla,
E id a orar... Y vos, señora,
Que venís a honrar mi casa,
Vos que sufrís como sufren
Las almas enamoradas
De lo imposible...
MARTA. ¡Ah, señor!...
FEIJÓO. Lo sé... No me digáis nada.

Esperadme aquí: reunida
La Comunidad me aguarda.
¡Dichoso yo si pudiera
Dar consuelo a vuestras ansias
Y templar la íntima pena
Que revelan vuestras lágrimas!

ESCENA IX

MARTA, sola.

«¡Alma enamorada — dijo —
De lo imposible!...» ¡Y soñaba
Con su amor! ¡Y era él, del claustro
En mi soledad amarga,
El único pensamiento
Que todo mi ser llenaba!...
¡Dios mío!... Sobrevivir
A este funeral del alma,
A estas ilusiones muertas,
A estas muertas esperanzas...
¡Ah, qué horrible! No le culpo.
No, no le culpo: él me ama;
Tal vez sospechar no pudo
Que mientras que pronunciaba
Solemnes votos, yo, libre,
Más que nunca enamorada,
En pos de su amor vendría,
De mi ardiente afán en alas.
Sólo una carta, eso sólo,
Y mi dolor se trocara
En dicha; la negra estrella
De nuestros destinos blanca
Luciría, y sobre el cielo
De mis presentes borrascas,
Con serenidad tranquila
El sol brillaría en calma.

¡Y ahora sola!... ¡Por doquiera
Luto, orfandad y desgracia!...
¿Por qué abandoné mi aldea?
¿Por qué abandoné mi patria?

(Se deja caer pesadamente sobre una silla frente al público. Llora. Momentos de silencio. Por el foro aparecen los hermanos José y Mendo, en la misma disposición que los hallamos en la escena primera: vienen a terminar la limpieza entonces interrumpida. Al ver una mujer en la habitación del Padre Feijóo, reflejan sus semblantes una profunda y ridícula expresión de asombro; el uno se santigua, el otro se sonríe cínica y maliciosamente, y después de hacerse mutuas señales de inteligencia, desaparecen por donde han venido, arrastrando sus escobones y frotándose las manos de gusto. Póngase sumo cuidado en la interpretación mímica de esta escena, que debe pasar inadvertida para Marta.)

¿Qué busco aquí? ¡Oh, qué vergüenza!
¿Y cómo..., cómo la causa
Justificar que me mueve
A visitar esta casa?
¡Ni un momento más aquí,
No!... Mas ¡se me parte el alma!...
¡No importa! Mi honor lo exige;
Mi honor y el suyo, sí.

(Se dispone a partir.)

ESCENA X

La MISMA y FRAY DIEGO.

DIEGO. ¡Marta!
¡Marta! ¡Soy libre! Por siempre
Soy ya tuyo.
MARTA. ¡Ah!
DIEGO. ¡Marta mía!

MARTA. ¿Mas cómo?... Por Dios, ten lástima
De mí... Dime...
DIEGO. Esta noticia
Me acaban de dar ahora:
La Comunidad reunida,
A la cual se dió lectura
De una carta pontificia,
Me releva de los votos
Jurados, a iniciativa
Del Padre Feijóo, ese ángel,
Cuya bondad infinita
Sólo igualarse pudiera
A su gran sabiduría.
MARTA. ¡Diego!
DIEGO. ¡Marta! Ya de hoy más
Tu vida será mi vida. (Se abrazan.)

ESCENA XI

DICHOS y el PADRE FEIJÓO.

DIEGO. ¡Padre! (Arrodillándose.)
MARTA. ¡Señor! (Ídem.)
FEIJÓO. ¿Cómo así
De rodillas ante mí?
Alzaos, alzaos, criaturas.
MARTA. ¡Vuestras santas manos puras
Besaremos antes, sí!
DIEGO. ¡Oh, Padre, indigno soy yo
De tanto amor!
FEIJÓO. A mí, no;
Debéislo al Papa, hijo mío.
Le hablé de vuestro desvío
Del claustro, y él os salvó...
Que fuera temeridad
Aceptar el sacrificio
De vuestra fe y libertad,

Cuando a vuestra voluntad
No era su voto propicio.
Fuente de gracias y dones,
Necesitan vocación
Los humanos corazones,
Y en el vuestro las pasiones
Del mundo han hecho invasión.
Si lo pensaran primero
Y estudiaran su destino
Con un estudio sincero,
¿Fuera un mal monje Lutero?
¿Fuera un mal fraile Calvino?
Abraham, aun por Dios mandado,
Tiembla de la pira al lado,
Y llora con llanto tierno;
Espera el Crucificado
El mandato del Eterno,
¿Y el sacerdocio al tomar
No debemos meditar?...
¿A quién puede acepto ser
El voto que ante el altar
Viene a prestar Lucifer?

DIEGO. ¡Padre mío!

FEIJÓO. Ya no soy
Más que vuestro hermano... De hoy
Amaos, felices sed,
E id en paz y el bien haced,
Pues mi bendición os doy.

(Cuadro. El Padre Feijóo los bendice, y Marta y Diego reciben su bendición arrodillados.)

ESCENA XII

DICHOS y ARAGONESES.

ARG. 1.º ¡Padre Maestro, a la paz
De Dios! Nos vamos.

FEIJÓO. ¿Tan presto?

ARG. 1.º ¿Y qué hemos de hacer aquí?
¿Enfrailar? ¡Quia! No queremos.
Ya vimos todas las celdas,
Tomamos un refrigerio
Y...
FEIJÓO. ¿Pero no descansáis
Siquiera unos días?
ARG. 2.º ¡Bueno
Está el horno para bollos!...
¿Y los campos? ¿Y el trasiego
De las mieses?...
ARG. 3.º Vaya, pues,
Que se conserve tan fresco.
ARG. 2.º Que escriba ucé muchos libros
Y pegue ucé vapuleos
Sin miramiento ninguno
A esta, a esta gente de adentro...
Cuando un crítico le muerda,
Arréele fuerte y sin miedo,
Y si algo ocurre, ya sabe
Que por su mercé... ¡al infierno!
Y vamos, chiquios, que estamos
Moliendo al Padre Maestro.
FEIJÓO. Hijos de Aragón la noble,
Más vuestra visita aprecio
Que la de todos los reyes
Y grandes del Universo.
Nada valgo y nada soy,
Y como nunca hoy lo siento,
Para poder demostraros
Todo el interés que os debo.
Llevad, pues no tengo más,
El abrazo de este viejo,
Y él sea vivo testimonio
De mi eterno amor al pueblo.
ARG. 1.º ¡Viva el Padre Feijóo!
TODOS. (Alejándose.) ¡¡Viva!!
FEIJÓO. ¡No será ya mucho tiempo!

ESCENA ÚLTIMA

El PADRE FEIJÓO; luego la POSTERIDAD.

FEIJÓO. (Asomándose a la ventana para verlos partir.)
¡Pobres! ¡Allá van! Yo, en tanto,
Sobre la arena rojiza
Del circo, solo, extenuado,
De fuerzas falto y de vida,
Quedo en lucha con la fiera,
Con la fiera apocalíptica.
¿Quién caerá más pronto? ¿Quién
Será vencedor o víctima?
Tú sola, Posteridad,
Resolverás el enigma.

(Se sienta a escribir. Momentos de pausa.)

Comencemos el segundo
Tomo de las *Eruditas;*
Trabajemos, y cumplamos
Así la misión divina.

(De nuevo suena la rondalla, cuyas notas van desvaneciéndose lentamente, después de haber acompañado este cantar):

Castilla tiene el talento,
Aragón tiene el valor;
Galicia lo tiene todo,
Pues tiene al Padre Feijóo.
¡Paso a la litera!
Nave en que hizo Dios
Que a salvo quedase
De Marta el amor.

¡Oh!, esos aires me recuerdan
Los aires de mi Galicia...
¡Casdemiro! ¡Casdemiro!
¡Solitaria cuna mía!

¡Quizá ya nunca mi nombre
En tus valles se repita!

(Apoya la frente sobre una de sus manos y queda sumido en meditación profunda, vuelta la cabeza al foro. En este momento la POSTERIDAD aparece ataviada de todos sus atributos, se acerca a él, y, sin distraerle, dice):

POSTER. (¡Medita!... Me invoca y vengo.)
¡No! ¡Tu pueblo no te olvida!
Ve cuál la *Posteridad*
Hace a los sabios justicia.

(La visión extiende su mano y el telón de fondo desaparece.)

APOTEOSIS

La estatua colosal del Padre Feijóo, levantada en el centro de un hermoso jardín, según el proyecto de la que se le erigirá en Orense, aparece rodeada de resplandores de gloria, destacándose sobre un horizonte espléndido de luz. Un magnífico enverjado le rodea, sobre cuyas columnatas, rematadas en pebeteros, arderán deliciosos aromas y descenderán ramos de vistosas flores. Este cuadro puede hacerse más o menos sorprendente, y se deja al gusto del pintor escenógrafo y de los actores. — (TELÓN.)

FIN

POESÍAS ESCOGIDAS

LA GUERRA CIVIL

ODA

Pueblos, oíd; en nombre
De la sublime caridad cristiana,
Oíd; que no del hombre
En la conciencia, vana
Ni estéril esta voz, dulce y piadosa,
Fué a resonar jamás. ¡No, nunca! Pudo
Del bárbaro del Norte el brazo airado
Sobre Europa caer, de encono ciego;
Alzar pudo, entre fuego,
Con sangre y con cenizas amasado,
Sobre la tierra atónita su solio;
Mas el furor de su opresora planta,
La tiránica ley de su hacha impía,
Todo cesó cuando «¡Piedad!» clamaron
Las vírgenes, ocultas
Bajo el amplio dosel del Capitolio...
Y ¿quién, sino este acento
Contuvo en su carrera asoladora
Al infausto Alarico y al sangriento
Odoacro feroz? ¿Quién la en mal hora

Comenzada pelea, sostenida
Por dos pueblos indómitos del Rhino
En la margen florida,
Maldijo y condenó — bárbara guerra —,
Escándalo del siglo y de la tierra?
¡La caridad tan sólo! Ella, que mora
En átomos y mundos; ella, aliento
De la inmensa creación, alma que vela,
Como eterno, inmutable centinela
De cuanto Dios a su mirada fía,
Por el orden del mundo y la armonía.

—

¡España! Hermanos míos,
Los que españoles sois, los que en la Historia
Tantos timbres tenéis de inmarcesible
No profanada gloria;
¡Oh, sí! Escuchad el cántico vehemente
De mi entusiasta lira:
Por nuestra paz ha muerto el que la inspira,
¡Y paz ha de llevar de gente en gente!
¡Ay! De la orilla plácida del Duero
A las feraces crestas de Barcino,
Oigo el monstruo bramar... Del monte al llano
Corre la sedición, y la pelea
Concitando los hombres, doquier miro
Allí el pendón guerrero al viento ondea.
El alma opresa por angustia extraña,
En vano tiendo con afán mis ojos
Del llano a la montaña,
Y en vano clamo y digo:
«¿Dónde está el extranjero, el enemigo
De mi querida España?»
¡Que nadie me responde
Más que mis propios ecos, que se pierden
Vibrando: «¡Dónde..., dónde!...»
¿Será que de Cartago

Las errantes legiones aguerridas
Vuelven a sorprender nuestras moradas,
Desolación y estrago
Sembrando por doquier, mientras dormidas
En paz y descuidadas
Yacen nuestras mujeres adoradas?
¿Será que en nuestro suelo
Se oye otra vez rodar el ominoso
Carro triunfal del César, codicioso
De engarzar a su férrida guirnalda
La fúlgida esmeralda
Que del jardín de Hesperia ostenta el cielo?
¿O es, acaso, que el águila de Jena
Quiere, torpe, burlar de la bravura
Del león español, cuya melena
Al erizarse ayer le dió pavura,
Burlando así su imbécil arrogancia?
¡Oh, no! Sagunto fué..., pasó Numancia,
Y el águila orgullosa,
De muerte herida en nuestro suelo, llena
De amargura cruel, plegó sus alas
Y rodó moribunda y temblorosa
Sobre el pardo peñón de Santa Elena.
¡Ya no es del extranjero,
¡Oh, españoles!, la sangre generosa
Que hoy mancha vuestro acero!
Los que ayer con vosotros pelearon
Y en vuestras propias filas confundidos
¡Independencia y libertad! gritaron,
Triunfantes o vencidos;
Los que ayer con benéfica ternura
Vendaron vuestra herida,
Cuando, tras la batalla, en noche obscura,
Quedabais en el campo a la ventura,
Apenas con un hálito de vida;
Los que ayer con vosotros, trasmontando
Del mar inmenso las hinchadas olas,
Fueron la estrecha tierra dilatando,

Con vosotros partiendo y conquistando
Cien magníficas glorias españolas,
Esos (¡ay, cuánta mengua!)
Son los qne sacrifica vuestra mano.
¿Con qué derecho, ni por qué? ¿Qué insano,
Qué mezquino interés el brazo guía
Que discordia sembró en el suelo hispano?
¿Qué ley creyó cumplir?... ¡Vana porfía!
¡No hay derecho ni ley contra el hermano!
¿Y acaso no lo son? ¿No son amigos
Esos que así se matan y arrüinan,
Esos que, como genios implacables,
Que eternamente se odian y abominan,
Se retan con furor y se persiguen,
Se acechan, se amenazan,
Y en su lucha tenaz se despedazan,
Se destrozan, se aventan y exterminan?...
¡Cuán torpe, cuán horrible,
Cuán despiadado encono! ¿Y es posible
Que esas manos que se alzan empuñando
El arma fratricida; esos puñales
Que caen, desgarrando
Corazones valientes y leales,
No vacilen un punto, contemplando
La aflicción de la patria y la memoria
Que de este crimen va a guardar la Historia?
¿Será posible, cuando ya del hombre
Cesó la esclavitud, y conquistados
Sus derechos están y consagrados;
Cuando la libertad tiene las puertas
Del templo de la patria a la cultura
Y a la justicia abiertas,
Será posible, ¡oh Dios!, guerra tan dura?

—

Sacerdotes del bueno, del paciente,
Del humilde Jesús crucificado:

Venid a unir vuestra oración ferviente
Al clamor de mi pecho desolado;
Que vuestra lengua dulce y elocuente
Como el laúd armónico e inspirado
Del profeta de Sión, dará a la mía
Raudales de potente poesía.
Acudid a mi ruego,
Ministros del Señor, acudid luego,
¡Ah, que las llamas del incendio cunden,
Que arde el santuario y sus altares se hunden
En candescentes piélagos de fuego!...
Mas... ¡loco afán! El sacerdote impío
No atiende al ruego mío,
Y alegre, y parricida,
Hirviendo el negro corazón en saña,
El es quizá el primero
Que hunde el puñal artero
En el seno amantísimo de España.
El, quien el exterminio preconiza;
El, quien las ascuas de ese incendio atiza;
El, quien huella la urna donde mora
La Hostia Sacrosanta,
Y él, quien, allí donde al Señor se adora,
Gritos de muerte y destrucción levanta.
Y en tanto..., en tanto, ¿dónde
Está esa juventud, cuya pupila
Desentrañar pudiera el hondo arcano
De la inmortalidad; esa esperanza
Perpetua de los siglos, que produjo
A Franklin y Lincoln; ese lozano
Plantel de gayas flores, cuyas hojas
Llámanse Herrera, Meyerbeer, Tizziano?
— ¡Como rosa en capullo marchitada,
Como rayo de luz que el torbellino
Mató sin que llegara a su destino,
Así rueda, así muere malograda!

. . . . . .

¡Guerra civil, maldita

Mil veces, insaciable matadora,
Y contigo, maldito el que a tus aras
Lleva el haz y la tea destructora,
El que al monstruo aplastado resucita
Y ve llorar la patria y, ¡ay!, no llora!

—

Héroes que en inhumano
Combate, confundidos como fieras,
Sois el oprobio del linaje humano,
La enseña de la paz llevo en mi mano:
¡Yo os mando abandonar esas trincheras!
¡Ah! La sangre del Santo generosa
Que dejó del Calvario reteñida
La cúspide escabrosa,
No correrá jamás infructuosa
Por las áridas cuestas de la vida...
¿Buscáis la libertad? Pues de ella en nombre
Dejad el hierro que fulmina muerte.
¿La opresión pretendéis? ¿Qué otra más fuerte
Que los lazos de amor que atan al hombre!
¡Asesinos, atrás! No más vergüenza
Deis a la Europa, que enojada os mira.
¡Ay del Caín que de su hermano venza!
¡Ay del Abel que en esa lucha expira!

Madrid, 1874.

LA CANCIÓN DE VILINCH [1]

Cuando de nuestra patria por los confines
Vibraba el son guerrero de los clarines
Y de sus nobles hijo la sangre brava
Estéril en los campos se derramaba,
Porque del fácil triunfo tras los horrores,
Al contemplar en ella tintas sus manos
Notaban con vergüenza que eran hermanos
Del lidiador vencido los vencedores;

Como el canto de un ave triste y doliente
Sofocado entre el ruido que alza el torrente;
Como de hoja que rueda queja exhalada,
Del viento desoída y al viento dada,
Del campo de la lucha sobre la arena
Que ensangrientan los genios de la discordia,
Mientras la bala silba y el bronce truena,
Se alza una voz que clama: *¡Misericordia!*

---

(1) Con este seudónimo era conocido el poeta vascongado Indalecio Vizcárrondo, muerto el último día del bloqueo de San Sebastián por los carlistas. Estos versos fueron escritos en el teatro de la guerra bajo la impresión que al cantor le produjo tan horrenda muerte.

En la sombría falda del alto cerro,
Monstruo que una corona ciñe de hierro,
Al pie de Mendizorrot, en cuyo lomo
Se abre un volcán que arroja candente plomo,
Hay una pobre choza, sencilla y blanca,
Nido de golondrina rústico y breve,
Cuya puerta, al herido soldado franca,
Jamás para cerrarse sus goznes mueve.

Campestres florecillas son el adorno
De la casita blanca de aquel contorno;
Nadie de sus linderos cerca transita
Que no bendiga el nombre del que la habita.
Y es que, desde que al viento se izó en España
El estandarte negro de la discordia,
De la florida choza de la montaña
Sale la voz que dice: *¡Misericordia!*

Pronto la paz ansiada llegar debía,
Y el triunfo era esperado que la traería.
¡Ya se acerca la hora! Ya el bronce estalla,
Ya comienza la ruda final batalla;
Ya en guerrilla despliegan los batallones
Al clamor estridente de la corneta,
Y marchan al galope los escuadrones
Del monte por la abrupta pendiente escueta.

¡Ay de las pobres madres que en las montañas
Tienen los pedacitos de sus entrañas!...
¡Ay de la dulce novia que amante espera
Unirse al que su mano le prometiera!...
¡No volverán!... De rabia su seno henchido,
Ebrios con los vapores de la discordia,
Van a morir, sin que antes llegue a su oído
Ese acento que clama: *¡Misericordia!*

En la chocita blanca del monte inculto,
Donde a la patria rinde sagrado culto,

Del amor de sus hijos puesto al amparo,
Vive VILINCH, el tierno poeta euscaro.
Allí fué donde, alegre, cantó otros días
Del hogar las venturas y los amores,
De los campestres bailes las armonías,
De Conchesi los ojos fascinadores;

Allí donde abrasarse sintió en la llama,
Destello de los cielos, que al poeta inflama;
Allí donde su numen fluyó sonoro
Torrentes de poesía de ritmo de oro.
Muerta, empero, la calma por que suspira,
Sepultado en la hoguera de la discordia,
Ya no tiene más cantos su blanda lira
Que esta plegaria eterna: *¡Misericordia!*

Cataratas de sangre precipitadas
Ruedan de los oteros a las cañadas,
Y desde las cañadas a los oteros
Densos vapores rojos trepan ligeros.
¡Como un antro la tierra se abre sombría,
Como una forja el cielo rayos desata,
Hiere como una espada la luz del día,
El aire como fuego calcina y mata!...

«¡Otra vez a la puerta de mi vivienda
Ruge la maldecida civil contienda!
Venid y orad conmigo, mis pobres niños;
¡Dios acepta y comprende vuestros cariños!
Ved; comienza de nuevo la horrible lucha;
Suena otra vez el grito de la discordia...
¡Orad por los que quedan! ¡Dios, que os escucha,
Tendrá de los que mueren *misericordia!*»

Dijo VILINCH; y ronco, del negro fuerte
Cantando por los aires himnos de muerte,
Un proyectil avanza que hunde la choza
Y al mísero poeta hiere y destroza.

Aquella bala el triunfo por fin decide;
El sol de la victoria refulge santo,
Y el vencedor, tranquilo, los lauros pide
Que el vencido, insepulto, regó con llanto.

¡Guerra civil funesta! ¡Deidad impía,
A cuyo espectro aun tiembla la patria mía!
¡Castigo de los hombres y las ideas,
Pues no respetas nada, maldita seas!
Tú de VILINCH las quejas has desoído,
El que de ti imploraba paz y concordia;
¡Ya que del pobre vate no la has tenido,
Nadie te tenga nunca *misericordia!*

1875.

A CARLOS DE ULLOA

EN «EL FAUSTO»

Ola agitada en rápida marea,
Yo conozco esa voz fiera y sonora;
No es la que al caos arrancó la aurora,
Es la que en densas sombras la rodea.

No es la potente voz que anida y crea,
Es la voz que aniquila, destructora;
La voz blasfema con que canta o llora
El Satanás de la leyenda hebrea.

Antes de fascinar a Margarita
Sedujo a Eva, resonando extraña
En cadencia de amores infinita;

Y aun de su prole al conmover la entraña,
Al pecado la arrastra y precipita,
Como arrastró a Jesús a la montaña.

1881.

HOMENAJE

A LA POETISA D.ª EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO
EN LA INAUGURACIÓN
DE LA SOCIEDAD «GALICIA LITERARIA»

Al soplo generadas de mi entusiasmo ardiente,
De sentimiento ricas, si pobres de color,
También a este concierto magnífico, esplendente,
Mi lira trae su nota y mi jardín su flor.
Ingratas, tal vez, ambas a mi ansiedad vehemente,
Ni una tendrá armonía, ni otra fragante olor;
Mas ellas son, señora, el único presente
Que puede hacer el cuervo al dulce ruiseñor.

La flor que aquí os ofrezco, al ramillete unida
Con que nacientes genios os van a regalar,
Allá en los frescos valles ha sido recogida
Por donde corre el Miño precipitado al mar.
Y la entusiasta nota del canto desprendida
Que más sonoras arpas os han de dedicar,
De mis montañas eco, llegó hasta mí perdida
Del céfiro en las alas que perfumó mi hogar.

Por eso suenan tristes, señora, mis cantares;
De las montañas hijos, así sencillos son;

Como ellas en los lagos sus bosques seculares,
Retrato yo en mis versos mi propio corazón.
Como ellas sus tesoros, yo guardo mis pesares;
Como ellas sus leyendas, yo callo mi aflicción;
Pues mísera avecilla lanzada de sus lares,
Las avecillas busco que entiendan mi canción.

Cual yo, también, huyendo de sus deshechos
Al desolado impulso de recio vendaval, [nidos
Dispersos por la tierra que pueblan de gemidos,
Se alejan los cantores de mi país natal...
Los viejos robledales, del viento sacudidos,
Su ausencia lamentaron con eco funeral,
En tanto que en tinieblas y soledad perdidos
De la soñada patria va en busca cada cual.

¿Quién unirá en un foco solar, resplandeciente,
Los irisados rayos de la dispersa luz,
Para que, astral antorcha, su disco refulgente
Disipe de esas sombras el lóbrego capuz?
¿Quién trocará en estrella, que brille eternamente,
Del polvo levantándolo, al triste noctiluz?
¿Qué tierna Berenice enjugará la frente
Del mártir que se aleja cargado con su cruz?...

¡Ah! Yo le vi de Irlanda vagar entre la bruma,
De América en los bosques, del Himalaya al pie,
Doquiera, ave canora, dejando en pos su pluma
Y sus cantares, llenos de patrio amor y fe.
Del mar cortando a veces la enfurecida espuma,
Como el clamor de un náufrago sus gritos escu- [ché,
Y en vano, en la impotencia que mi destino [abruma,
Mi afán salvarle quiso... ¡También yo naufragué!

¿Y adónde irá la nave que cruza el mar sin [guía?
¿Adónde irá la nave que al viento se fió?

¿No la herirá el escollo, si un punto se desvía
Del rumbo que a su marcha la brújula marcó?
Así, la caravana que, de la patria mía,
Tras ilusorios bienes los límites salvó,
Se perderá en la noche, sin que halle en su agonía
El encantado oasis que loca se fingió.

¡Salvadla vos, señora!, ya que al reclamo blando
Y en torno de la jaula del pájaro gentil
Acuden hoy alegres, en armonioso bando,
Las aves que os aclaman honor de su pensil.
Mandadlas vos, que es dulce y es tierno vuestro [mando;
Inspire vuestro acento sus arpas de marfil,
E irá la vieja Suevia más glorias recabando
Que flores las praderas ostentan por abril.

En torno vuestro juntos los bardos hoy dis- [tantes,
Con vos podrán a un tiempo sus coros ensayar,
Y unidos a los vuestros sus himnos resonantes,
Las huestes redentoras de cólera inflamar.
Fortaleced, en tanto, las almas vacilantes
Que al tedio se abandonan, cansadas de esperar;
¡Decidlas que, cercados de monstruos y gigantes,
A combatir nos llaman y es hora de luchar!

Cumplido ya mi voto, conmigo consecuente,
Mi canto aquí suspendo, por que otro oigáis me- [jor;
Que ya en este concierto magnífico, esplendente,
Dejó su nota mi arpa y mi jardín su flor.
Si a mi ambición ingratas y a mi ansiedad vehe- [mente
Ni una os brindó armonía ni otra fragante olor,
Sabed que este es, señora, el único presente
Que pudo hacer el cuervo al dulce ruiseñor.

CONJURO

EN LA MUERTE DEL POETA AÑÓN

Un tributo de lágrimas y flores
En la tumba del viejo camarada.

A. VICENTI.

Muchos hermanos fuimos
En otro tiempo,
Cuando el hogar llenábamos,
Hoy ya desierto.
No conoció a su madre
Ninguno de ellos:
¡Nunca nuestra mejilla
Sintió su beso!
Débiles y enfermizos
Todos nacieron,
Como amarillas flores
De campo seco;
Pero, cantores todos,
Felices fueron
Mientras juntos cantaron,
Juntos viviendo.

Las puertas de su alcázar
A nuestros versos
Cerraban los tiranos,
De pavor llenos.
Desterrados los unos,
Los otros presos;
Todos ya de la patria
Soñada lejos.
Hoy, que de hambre y nostalgia
Murió el más viejo
De todos los hermanos,
El más pequeño
Una corona se acerca a pedirnos
Para las pálidas sienes del muerto.

Virgen que, palpitante
De dicha el seno,
Vas, del esposo en brazos,
Al nupcial lecho:
Si es que queda en tu alma
— Ya de tu dueño —,
De tu infancia tranquila
Grato un recuerdo;
Si olvidar no has podido
Los dulces ecos
Vibrantes de entusiasmo
Que amar te hicieron;
Si la voz te persigue
Que hirió tu pecho
Del amor con el blando
Latir primero,
Cuando de las pasiones
Dormida al sueño
Los que hoy son tus encantos
Eran misterios;
Si aún las lágrimas nublan
Tus ojos bellos,
Cuando de tus veladas

En el silencio
Las lecturas remuevas
Que en otros tiempos
Despertaron tu espíritu
Al sentimiento,
Antes que de tu ardiente
Pasión al fuego
Se agoste la corona
De tu himeneo,
¡Oh, feliz desposada!
—Yo te lo ruego—,
Dámela, y deja que adornen sus hojas
Las sienes desnudas del pálido muerto.

Valientes capitanes,
Nobles guerreros,
Que tornáis a la patria
De honor cubiertos,
Mientras quizá insepultas,
Sobre el sangriento
Campo, vuestras entrañas
Dais a los cuervos:
Si el rumor no os aturde
Que en torno vuestro
Las imbéciles turbas
Alzan al éxito;
Si el olor no os embriaga
De los inciensos
Que del terror en aras
Os rinde el miedo,
Pensad que, si gloriosos
Son vuestros hechos,
Si es valiente quien lucha
De arrojo lleno
Y triunfa porque acaso
No cayó muerto;
El que, brazo con brazo,
Cuerpo con cuerpo,

Agotó allá en la sombra
Todo su esfuerzo
Para rendir al crudo
Destino adverso;
El que, del infortunio
Doblado al peso,
Quiso esquivar sus negras
Garras de acero,
Y en ese atroz combate,
Triste y enfermo,
Sacó el cabello blanco,
Perdió el aliento
Y cayó, a los que sufren
Mostrando el cielo,
¡Ése, más que vosotros,
Digno es de premio!
No envidio vuestros lauros,
Pero yo os ruego
Que, ya que tantos lográis, me deis uno
Que orne las pálidas sienes del muerto.

Cantor, a cuyos labios
Desciende el genio,
De la inmortal poesía
Viviente verbo:
Tú, que tantos honores
De tanto precio
Conseguiste, adulando
Poderes viejos;
Tú, que sabes cuán duro,
Cuán duro y negro
Es morir sin el nombre
Que merecemos;
Tú, que quizás temiste
Ser un día objeto
De ese olvido que cae
Sobre los muertos,
Y espantado temblaste,

Sentir creyendo
Sordamente roídos
Por él tus huesos,
Óyeme : De la patria,
Su ídolo, lejos,
Otro vate un aplauso
Buscó sediento;
De las musas ungido,
Cantó el Progreso,
La Libertad, los fastos
De nuestro pueblo;
Mas ingrata la patria,
Ni oyó su acento,
Ni dió alivio a sus penas
Ni a sus tormentos.
Hoy que, mudo, vencido,
Su último sueño
Duerme donde reposan
Los pordioseros,
De las que tú desdeñas
— ¡Yo te lo ruego! —
¡Una corona concédeme sólo
Que orne las pálidas sienes del muerto!

Primavera bendita,
Risa del cielo,
Símbolo de esperanzas,
De Dios reflejo:
Tú, que alegras la tierra
Que heló el invierno;
Tú, a quien sirven de cohorte
Pájaros ledos,
Haces de luz, aromas,
Flores y céfiros;
¡Derrama tus tesoros
De amor espléndidos
Sobre la obscura tumba
Del pobre viejo!

¡Que tus auras arrullen
Su eterno sueño!
¡Que florezca su pobre
Mortuorio lecho,
Para que, cuando nadie
Tenga un recuerdo
Del patriarca lírico,
Tu dulce beso
Sea la santa corona de gloria
Que la sien ciña del pálido muerto!

SERENATA FÚNEBRE

—

A MARINA

Cercana ya la hora de mi partida,
Marina, vengo a darte mi despedida.
De noche vengo,
Porque de hablarte a solas
Afanes tengo.

—

Ningún ruido mundano nos importuna.
Silenciosa en el cielo brilla la luna;
Zumba en el sauce
La brisa, y el arroyo
Gime en su cauce.

—

Sólo entre tumbas mi alma feliz se encuentra.
¡Mi dicha toda en ella se reconcentra!...
Lugar bendito,
El sepulcro es el pórtico
Del infinito.

—

Ya de tu lecho al lado, paloma mía,
Oye al amante arrullo de mi poesía;
Oye mi canto,
Lleno de los rumores
Del camposanto.

—

Cuantos viva te amaron, que has muerto han di-
Y regaron con lágrimas tu blanco nicho. [cho,
¿Por qué eso hicieron?
Los niños, cual los ángeles,
Jamás murieron.

—

Cuando caen en la tumba, de Dios reciben
Nuevo aliento de vida y aquí reviven.
Del viejo germen
Privados, son los muertos
Vivos que duermen.

—

¿Qué hijo para su madre murió del todo?
Morirá ella; su hijo, de ningún modo.
Si se muriera,
Dios, por sola una lágrima
Se lo volviera.

—

¡Oh! ¿No es verdad, Marina, que no estás muer-
[ta?
¡Mienten los que tu muerte me dan por cierta!
Tú estás dormida...
¡Niña, despierta y oye
Mi despedida!

—

Yo soy el que, prendado de tus hechizos,
Te he mecido en mis brazos, peiné tus rizos,
Cuidé tus flores,
Y te adormí, cantándote
Cuentos de amores.

—

Yo soy el que, celoso de tu cariño,
Por jugar con la niña, tornóse niño,
Corriendo ufano
Tras la insegura huella
De tu pie enano.

—

¿Me olvidaste, Marina?... ¡Yo no te olvido!
¿Cómo olvidar tu boca, de gracias nido,
Ni tu mirada,
Cielo en que centellea
Luz increada?

—

No olvidé de tu frente, de sueños urna,
La expresión ya arrogante, ya taciturna
De ave intranquila,
Que al cruzar sobre abismos
Teme y vacila.

—

No olvidé tu voz tierna, dulce y sonora
Como un vago preludio de guzla mora;
Ni tu pestaña
De azules proyecciones
De sombra extraña...

—

Si una nota recoges de las que pierdo
El fantasma evocando de tus recuerdos;
Si el son amargo
De mi endecha te arranca
De tu letargo,

—

Rompe el crespón que envuelve tu sepultura,
Reclínate en su marco de piedra dura,
Y háblame..., alegra
Mi alma triste, cual náufrago
En noche negra.

—

De tu almohada de mármol alza la frente
Y muéstrame tu hermosa faz sonriente...
¡En esa fría
Soledad tendrás miedo,
Rubita mía!...

—

Mas no temas : al eco de mis cantares,
Bañada por los tibios rayos lunares,
Con rumor de onda,
Turba de niños muertos
Tu nicho ronda.

—

Del misterio inefable de su existencia
Vienen íntima a hacerte la confidencia.
¡Cuánto han sufrido!
¡Cuánto más que la losa
Pesa el olvido!

—

Para ellos ningún arpa mueve su cuerda,
Y tú tienes, bien mío, quien te recuerda;
Tienes tu historia,
Y de ellos nadie, nadie
Guarda memoria.

—

¡No temas, no! Si hoy lejos me lleva el hado,
Mi espíritu por siempre queda a tu lado,
Velando en calma
Por estas calles lóbregas
Tu joven alma.

—

Tus recuerdos de gloria mi vida encantan
Y en mi pecho tu imagen dulce agigantan;
Doiles abrigo,
Y doquier me encamine
Vendrán conmigo.

—

Por eso, hoy que mi barca lejos se parte,
No dejaré la playa mi adiós sin darte.
¡Adiós, Marina;
Nota de un himno angélico,
Flor matutina!

KÁSIDA ÁRABE

A AMALIA RICO

Hija del renegado que se hizo moro
Por robarme una hermana que era un tesoro,
Y después de robarla se fué a esa tierra
A vivir ese perro conmigo en guerra;
Mal que a tu padre pese, bella cristiana,
Mientras mi dromedario su sed mitiga,
Ya que en tus venas llevas sangre africana,
Ha de cantar tus gracias mi guzla amiga.

Como no caben juntos Mahoma y Cristo,
Ni yo a ti te conozco ni tú me has visto,
Tú allá con tus señores y tus fetiches,
Yo acá con mis guerreros y mis derviches;
Mas sé por los cautivos que entre cadenas
Llegan aquí, llorando su ruin fortuna,
Que pàra ser amadas, las nazarenas;
Y entre las nazarenas, cual tú, ninguna.

Sé que tu esbelto talle vence y supera
La esbeltez ondulante de la palmera;

Que cuando tú sonríes todo amanece
Y todo, cuando lloras, ¡ay!, se entristece.
Si es verdad lo que dicen, cristiana mía,
Mientras tú no despiertas, el sol no asoma;
Mientras tú no la cantas, no hay poesía;
Mientras tú no la riegas, la flor no aroma.

Sé que de tu mirada la luz extrema
De la muerte y la vida fija el dilema;
Mata si es odio y rabia lo que la incita,
Y si amor, al que mata... lo resucita.
Sé que tu acento suave tiene murmullos
De hojas que el aura besa fresca y riente,
De niño adormecido quejas y arrullos,
Cadencias y armonías de agua corriente.

Sé que tu aliento mágico embriaga como
La esencia concentrada del cinamomo;
Que tu palabra limpia se paladea
Como un panal dulcísimo de miel de Hiblea;
Pues dicen que a tus labios, cual dos corales,
Por un hilo de nieve mal divididos,
Como acuden los silfos a los rosales,
Acuden las abejas a hacer sus nidos.

Sé que tu tez, más blanca que el alabastro,
Bajo tu crencha brilla cual brillo de astro,
Siendo sus resplandores fieles trasuntos
Del de Sirio y la Luna cuando están juntos.
Y sé de un vil rabino que condenado
Del Korán a las gehennas y las serpientes,
Se libró del infierno porque ha rezado
El rosario de perlas que hay en tus dientes.

Y entre tantos hechizos que adoran tantos,
Sé cuál es el primero de tus encantos;
Sé que no amas, y puesto que no amas, eres
La mujer más preciada de las mujeres.

Aún de tu alma el capullo no rodó herido
Por el simoun ardiente que troncha y quema,
Ni a la palabra infame se abrió tu oído
Que de Adán a la prole trajo anatema.

¡Haces bien! Tú no sabes qué ardor se siente
Cuando en el pecho brota de amor la fuente,
Manantial de verano cuya agua impura
Da más sed a medida que más se apura.
Antes de amar, bien mío, haz de ti en torno
Una cripta de bronce, vasta y cerrada,
Sepúltate en su seno como en un horno,
¡Morirás recocida, no esclavizada!...

Mas ya mi dromedario su sed eterna
Calmó en las ondas turbias de la cisterna,
Y dilatando el ojo, con paso incierto
Me señala la ruta por el desierto...
No puede detenerse mi caravana;
La noche se avecina, llega la tarde;
¡Que la paz sea contigo, bella cristiana!
¡Hija del renegado, que Alah te guarde!

A LOS VATES GALLEGOS

EN LA CORONA FÚNEBRE DE MÉNDEZ NÚÑEZ

Unid, ¡oh bardos de mis patrios lares!,
Unid mi canto al vuestro dolorido,
Mientras en torno con mortal gemido
Huérfanos lloran los iberos mares.

Cuando los héroes mueren sin altares,
Gloria legando al suelo en que han nacido,
Nuestro crimen mayor es nuestro olvido,
Nuestro primer deber, nuestros cantares.

¡Ay del arpa que lúgubre no zumba
Cuando la noche su crespón dilata,
Velando al genio que eclipsó al de Otumba!

¡Ay de la mano criminal e ingrata
Que no posa una flor sobre esa tumba,
Más yerma que la tumba de un pirata!

Orense, 1874.

(De la *Corona poética* dedicada a la inmortal memoria del ilustre marino gallego D. Casto Méndez Núñez.)

A LAS NIÑAS

DE MI QUERIDO AMIGO M. H. Y M., EN SU PARTIDA

Siempre que la tormenta desata sus furores
Y oigo bramar potente la voz del huracán,
De súbito, asaltado por fúnebres temores,
Me acuerdo de los niños, las aves y las flores,
Y pienso: ¡Oh, cuánto, cuánto los pobres sufrirán!

Y entonces, por volverles la apetecida calma,
Quisiera con mis brazos, a ser posible, hacer
De un ángel para el niño la protectora palma;
Un nido para el ave del fondo de mi alma,
Y de mi pecho un muro, la flor por guarecer.

¡Ay! Huracán más rudo que el que azotó la sie-
Y devastó el poblado y descuajó el pinar, [rra
La infame, la sangrienta, la despiadada guerra
Sopló también de Cuba sobre la hermosa tierra,
Y amenazó de ruina vuestro tranquilo hogar.

Ved: la infernal Quimera que triple horror adu-
[na,
Al pie de vuestro lecho sus fauces viene a abrir;
No ha respetado méritos, virtudes ni fortuna;

Cual profanó el sepulcro profanará la cuna;
¡Nació sin esperanza, sin gloria ha de morir!

Quizá hacéis bien huyéndole; mas ¡ah!, ¡con qué [desvelo
La Habana, en que nacisteis, os miro abandonar!
De vuestra patria ausentes no encontraréis con- [suelo:
Para el que en ella nace no hay cielo cual su cielo,
No hay noches cual sus noches, no hay mar como [su mar.

Yo, que de los proscriptos la honda aflicción [no ignoro;
Que en extranjeras playas reclinaré mi sien;
Que sé que es nuestra tierra nuestro mejor tesoro,
Vuestro dolor comprendo y con vosotras lloro,
Pues me arrancó a mis lares un huracán también.

¿Qué importa que al destierro a que hoy os veis [lanzadas
Os siga el ala pródiga del paternal amor,
Si os faltarán de Cuba las brisas perfumadas,
Sus amplios horizontes, sus nubes nacaradas,
La paz de sus crepúsculos, su sol fecundador?

Sí; yo a mi vez laméntome de esa terrible au- [sencia
Para vosotras dura, funesta para mí,
Que ya no hallaré bálsamo de mi alma a la do- [lencia
En vuestra dulce charla, que evoca en su inocencia
La charla de mis niños..., ¡los niños que perdí!

De hoy más no ya las notas regalarán mi oído
Con que de vuestra madre la inspiración genial,
Al clave arrebatándolas, magistralmente herido,
Hizo llegar al fondo de mi ánimo abatido
La fe y el entusiasmo de Weber y Gottschalk.

Ya no, cuando os visite, ruidosas y joviales
Saldréis como un enjambre mi abrazo a recibir,
Con gritos y aleteos de alondras tropicales,
Ni ya de vuestros labios los besos virginales,
Narcótico a mis penas, mi frente habréis de ungir.

Ni estrecharé la mano del generoso amigo
Que al bien dispuesta siempre se me tendió leal,
Ni contra el tedio amargo que va doquier conmigo,
De su jardín las frondas me prestarán su abrigo
Tras verdes pabellones de hiedra y malva real.

Horas de suave encanto, de celestiales goces
Que la amistad acendran, templando el corazón
Del bardo en el camino, no así paséis veloces;
¡Tornad!, y entre las sombras de su existencia
[atroces,
De nuevo el iris fúlgido tended de la ilusión.

Adiós, lindas criollas. La inexorable saña
Del bárbaro destino que nos separa así,
No hará que yo os olvide; por tierra propia o ex-
[traña
Mi pensamiento os sigue, mi amor os acompaña,
En tanto muda y sola mi arpa os espera aquí.

Mar, sobre cuyas olas se van las musas mías;
Nave que las aguardas para partir fugaz;
Viento que las conduces, estrella que las guías,
Llenad, llenad su tránsito de luz y de armonías;
¡Llevádmelas en triunfo! ¡Volvédmelas en paz!

Habana, 1895.

EL ÁRBOL MALDITO [1]

Me lo contó un piel-roja cazado en la Luisiana:
Cuando el Señor los bosques de América pobló,
Dejó un espacio estéril en la extensión lozana,
Y en ese espacio yermo, de arena seca y vana,
Donde no nace el trébol ni crece la liana,
El diablo plantó su árbol y luego... descansó.

El suelo en que brotara, de savia y jugos falto,
Que interiormente cruzan en direcciones mil
Volcánicas corrientes de líquido basalto,
De su raíz opúsose al invasor asalto,
Mientras su copa hiere, perdida allá en lo alto,
El rayo tempestuoso, colérico y hostil.

Así, por tierra y cielo sin tregua combatido,
El árbol sus antenas tendió en obscura red
Por la ancha superficie del páramo abatido,
Y allí donde el cadáver hallaba de un vencido,

---

(1) Esta hermosísima composición se publicó el año 1877 en el periódico *La Opinión*, con el título de «El Manzanillo».

De las salvajes hordas al ímpetu caído,
Bebiéndole la sangre calmó su ardiente sed.

El llanto de las tribus guerreras, derrotadas,
Nutrió su tronco débil, prestándole vigor;
Y en misteriosa química, las savias combinadas
De lágrimas y sangre por él asimiladas,
Pobláronle de vástagos punzantes como espadas,
Y de hojas le cubrieron de cárdeno color.

Sus ramas, por el viento de Septentrión meci-
Sonaban tristemente con canto funeral [das,
Y, de la luna al beso lascivo estremecidas,
En flores reventaron que, al aire suspendidas,
Vertían de sus cálices esencias corrompidas,
La atmósfera impregnando de un hálito mortal.

Leones y elefantes, su sombra pestilente
Temiendo, nunca osaron llegar en torno de él:
Sobre él desliza el ave sus alas raudamente,
Torció el jaguar su senda, si le encontró de fren-
Y el oso sibarita, que sus aromas siente, [te,
Contémplale de lejos, soñando con su miel.

Mas solamente grata la pulpa que destila
A insectos y reptiles, del silfo al caracol,
Por ella, en torno al árbol, tenaz la mosca oscila,
La araña encuentra en ella las gomas con que hila,
Y viene a saborearla, candente la pupila,
El saurio, que dilata sus vértebras al sol.

Por respirar sus densos efluvios penetrantes,
La víbora abandona su rústico dosel;
Sus pútridos pantanos los cínifes vibrantes,
Sus hoyos las serpientes de escamas repugnantes,
Sus matas las luciérnagas polícromo-cambiantes,
Su hogar la salamandra de jaspeada piel;

La oruga su capullo, que rompe con trabajo;
Su celda arquitectónica la abeja monacal,
Su limo la babosa perdida en el atajo,
Su lecho de detritus el sucio escarabajo,
Su llano la langosta, su charca el renacuajo,
Su huevo el infusorio, la larva su cendal.

Y de esa fauna exótica la multitud bravía,
De entrambos hemisferios monstruosa produc-
Se cobijaba al árbol o nido en él hacia, [ción,
En tanto que en su fronda magnífica y sombría
Los genios de los bosques, al fenecer el día,
Celebran conciliábulos de muerte y destrucción.

A ANDRÉS MURUAIS, MUERTO

—

SONETO

Cesado había el cántico sonoro
Que fué a la patria nuncio de rescate,
Y a la voz del profeta, a la del vate,
Siguió en las tribus silencioso lloro.

Resto inmortal del apolíneo coro,
Sobre las frentes que el dolor abate,
Himno terrible entona de combate
La férrea lira de las cuerdas de oro.

No enmudeció; calló. ¡Gloria al que brega
Con ánimo valiente y diestra brava,
Y antes muere en la lucha que se entrega!

¡Oh, tierra de mis padres, tierra esclava,
Tu redención es huésped que no llega,
Sol esperado en noche que no acaba!

EPÍSTOLA

A MI SOBRINA ISABEL RICO

Isabel : en tu carta
Riñes conmigo;
Tienes razón : ¡Qué poco
Dura un amigo!
Mas perdona mi falta,
Joven morena;
Tú que eres cariñosa,
Tú que eres buena.

No soy yo solamente
Contigo ingrato,
Ni de santificarme
Contigo trato.
¡Todos los que me quieren,
Cuantos me adoran,
Mi ingratitud acaso
Contigo lloran!

Que yo soy, ¡oh, Isabela!,
Pájaro errante,

Hosco a toda caricia
De mano amante.
¡Pájaro que cantando
La pena mía,
Vivo solo en mi eterna
Melancolía!

Yo esquivé de mi madre
Dulces abrazos,
Rompí de la familia
Los santos lazos;
Y buscando a mis alas
Ancho horizonte,
Fuíme cortando espacio
De monte en monte.

Los montes me prestaron
Plácido abrigo,
Y en sus vírgenes bosques,
Sólo conmigo,
Al rumor de los olmos,
Sonoro y blando,
Recogí las tristezas
Que voy cantando.

Pero, ingrato con ellos,
Sus soledades
Dejé por el bullicio
De las ciudades;
Y con ellas ingrato
Jurélas guerra,
Y por el mar inmenso
Cambié la tierra.

Los mares con sus auras
Me saludaron,
Y a mis ojos sus ondas
Leves rizaron;

Regalaron mi oído
Con su concierto;
Mas yo les dije... ¡Basta!
Y entré en el puerto.

Tal vez vengarse luego
De mí pensaron,
Cuando náufrago a tierra
Me trasladaron;
Pero tiene un destino
Mi alma altanera,
E ingrato sigo siendo,
Si ingrato era.

Como engendro del odio,
No del cariño,
Ingrato seré siempre,
Pues lo fuí niño.
Mas perdóname, Isabe-
lita morena,
Tú que eres cariñosa,
Tú que eres buena.

Perdóname, querida,
Si no te escribo;
Porque, en cambio, de tu alma
Trasunto vivo,
Dondequiera que vaya
Miro tus ojos,
Tu cabellera negra,
Tus labios rojos.

Dondequiera me acuerdo
De tu semblante,
De tristeza cubierto
Y amor radiante;
Faz que pienso yo a veces,
Pensando amores,

Que es la faz de la Virgen
De los Dolores.

Perdóname y no quieras
Lo que no puedo,
Ni el tesoro me exijas
Que yo no heredo.
¡Los que cual tú me quieren,
Los que me adoran,
Mi ingratitud acaso
Contigo lloran!

Que yo soy, prenda mía,
Pájaro errante,
Hosco a toda caricia
De mano amante.
¡Nómada que proscrito
Cruza el desierto...
Perro loco, sin amo...
Nave sin puerto!...

LA PRIMERA CANA

¡Hela! Brilla en mi sien la mensajera
De la vejez sin brío.
Cuando, audaz, asaltó mi cabellera,
Sentí en el alma frío.
¡Hela, sí! De la noche de mi vida
Constelación inerte,
Viene a alumbrar la apenas emprendida
Jornada de la muerte.
Lava de mis volcanes apagada,
Humo de mis ideas,
Nieve caída en primavera helada,
¡Que bien venida seas!

Perdieron ya los ríos sonorosos
Sus linfas azuladas,
Su verdura los árboles frondosos,
Su luz las alboradas.
Perdieron ya las nubes sus suaves
Tintas y resplandores,
Sus perfumes las brisas, y las aves
Sus plumas de colores.

Declina el astro cuya luz galana
La creación matiza.
¡Todo es pálido ya como esta cana
De color de ceniza!

¡Ah! ¡Cuán presto cedió a la noche obscura
La clara luz del día!
¡Qué en breve se extinguió la llama pura
De un sol que ayer lucía!
¡Cómo se deshicieron, desmayados,
Cual sombras mortuorias,
Mis sueños de esperanza, coronados
De triunfos y de gloria!...
¿Dónde irán ya mis ojos que no vean
Escombros y ruinas?
¿Qué palparán mis manos que no sean
Creaciones mortecinas?

Ya sé el origen, con detalles crueles,
De esta argentada hebra:
¡Alguien holló una flor en mis vergeles
Y espantó esta culebra!...
Los que ficción creísteis la amargura
Que rebosa mi lira,
¡Decid si de esta cana la blancura
Es verdad o mentira!
Decid, decid, los que creísteis vana
Mi infinita tristeza:
¿Quién, si no fué el dolor, prendió esta cana
En mi joven cabeza?

¡Respetad, insensatos, la tortura
De un corazón ardiente,
Condenado a llevar, ¡ay!, prematura
La vejez en la frente!
Musgo en las tumbas y en el hombre canas,
De muerte es signo cierto;

¡Cuando en el hombre las halléis tempranas,
Es que temprano ha muerto!

. . . . . .

Lava de mis volcanes apagada,
Humo de mis ideas,
Nieve caída en primavera helada,
¡Que bien venida seas!

ELEGÍA

A LA MUERTE DE LA SRTA. D.ª M. M. B.

Si es verdad que el dolor asesina
Cual suele el acero,
Y la herida que se abre en el alma
No tiene remedio;
Si es verdad que del triste que sufre
El llanto es consuelo,
Porque sólo las lágrimas pueden
Calmar los tormentos,
¡Ay!, entonces dejad que hoy las viertan
Mis párpados secos.
Yo también llevo el alma transida
De angustias sin cuento,
Y me afano buscando a mis males
La paz que no encuentro.
¡Una lágrima sólo! Dejadme
Llorar, que me muero.

Era un ángel opreso en las formas
Etéreas de un hada:
De sus ojos radiaban, fecundas,
La luz y la gracia.

Yo escuchaba en sus dulces acentos
La nota de un arpa,
Y su mano era de hojas de rosa
Y nieve cuajada.
Mucho más que a la luz los colores,
Unidas estaban
Por mil tiernas memorias de niño
Su alma y mi alma;
Y cual buscan la gloria los héroes,
Así yo buscaba
El objeto de nuestras sonrisas,
Ya ingenuas, ya amargas...

Vino el sol a dorar con sus rayos
La cruz de la ermita;
Él llegaba a mi aldea, y por siempre
Yo de ella salía.
Cuando ya se quedó tras mi planta
La sierra vecina,
Asaltada de insólito miedo
Mi cruel fantasía,
Dirigí a su ventana los ojos,
Buscando a mi amiga.
¡Oh, cuán triste la vi! Su mirada
Cruzó con la mía,
Agitó aquel pañuelo que lleva
Su cifra y mi cifra,
Y después... me alejé, sin que a verla
Volviese en la vida.

¡Pobre muerta! Si desde tu trono
De gloria me escuchas,
Más allá de esas nubes y de esas
Lumbreras augustas,
Pabellones que velan al hombre
La eterna hermosura,
¡Que mi voz llegue a ti, cual promesa
De próximas nupcias!...

Como va tras el cuerpo la sombra
Yo voy en tu busca,
Y seré tanto más venturoso,
Si aun tengo ventura,
Cuanto menos distantes se encuentren
Tu tumba y mi tumba,
¡Cuanto menos espacio separe
De mi alma la tuya!

TRIBUTO DE SANGRE

Aun corría mi plácida inocencia
De ensueños de oro por azul espacio,
Bajo un cielo de rosa y de topacio,
Sobre un mundo de luz y de placer.
Aun dormía mi espíritu tranquilo
A la sombra del árbol de la infancia,
Velado a la dulcísima fragancia
Del amor virginal de una mujer.

¡Era un niño! Mi labio sonreía
Como sonríe la naciente aurora,
Como el ave del bosque moradora
En su nido sonríe al despertar.
Y feliz con mis flores y mis juegos,
Bello nacer y hundirse el sol miraba.
No amaba a la mujer, no; pero *amaba*
Como nadie en el mundo puede amar...

Amaba, sí, una virgen cariñosa,
Una virgen flotando en resplandores;
Escapada del cielo, los colores
Ostentaba del iris en su sien.

Virgen que en medio un sueño aparecida
Llegóse a mí y me dijo: «Yo te adoro...»
Besóme, y entre un beso tan sonoro
Como un eco, le dije: «Yo también.»

Y ambos el goce del amor sentimos,
Y ambos el cielo del amor tocamos,
Y ambos amor eterno nos juramos,
Viviendo el uno para el otro amor.
Y ambos unidos en abrazo tierno
Pasamos juntos la inocente vida:
Ella, halagando mi ilusión querida;
Yo, gozando en su halago y su candor;

Yo, corriendo tras ella delirante;
Ella, riendo alegre y fugitiva;
Ora volviendo la mirada esquiva,
Ora parando su ligero pie;
Ella, rizando mi infantil guedeja;
Yo, destrenzando su melena de oro;
Y ambos a un mismo tiempo: «Yo te adoro...»
Diciendo, en prenda de amorosa fe.

Eras tú, *Libertad;* tú eras la virgen
Que despertó al amor mi alma de niño;
Tú, la que me robabas el cariño
A mis hermosos juegos del hogar;
Tú, la que enardeció mi fantasía;
Tú, la que me inspiraste mil cantares;
Tú, la que conjuraste mis pesares
Tu acento misterioso al escuchar.

. . . . . .

¿Dónde estás, *Libertad,* que ya no me hablas?
¿Dónde estás, ¡oh, mi amor!, que no respondes?
¿Por qué te ocultas, di; por qué te escondes
Cuando no puedo ya vivir sin ti?
¡Vuelve, vuelve, paloma arrulladora,

Vuelve a posar tus alas en mi seno!...
¡¡Triste silencio de fantasmas lleno!!
¡*Libertad,* ¡ay!, tú has muerto para mí!

¡Has muerto, y tus caricias, tus halagos,
Sólo, ¡ay de mí!, con mi niñez vivieron;
Y hombre ya, tus sonrisas se volvieron
De mi infancia marchita al panteón!...
¿Qué me resta? El consuelo de un pasado
De inocentes placeres y de amores,
En medio de un presente de dolores
¡Y un porvenir de sangre y de opresión!

¡Has muerto para mí!... ¿Mas por qué lloro?
¿Por qué con quejas mi infortunio agravo?
¡Tú no puedes vivir como el esclavo,
Virgen mía, mi virgen *Libertad!*
¡Tú, que eres el aliento del Eterno,
Desterrando del mundo luto y penas,
Tú no puedes vivir entre cadenas,
Negada a la oprimida Humanidad!

Tú no puedes prestar tu faz hermosa
A burlas del tirano maldecido,
Ni cual torpe reptil aborrecido
Arrastrarte de un déspota a los pies.
Tú no puedes hollar los santos fueros
De la humana razón y la justicia,
Ni apadrinar el crimen, la impudicia
Que se ciernen de España en el pavés...

¡Yo sí! Yo puedo desgarrar la entraña
De la mujer que me llevó en su seno;
Amargar su existencia con veneno
Y de sus brazos para siempre huir;
Abandonar la paz de la familia,
Doblar mi cuello al infamante yugo,

Y aun empuñando el hacha del verdugo,
Ir con ella matando hasta morir.

¡Yo sí! Yo puedo ser a Dios ingrato;
Yo puedo renegar de mi conciencia,
Y del mundo que juzga, en la presencia,
Gritar: *¡Muera mi padre! ¡Viva el rey!*
Yo puedo hacer cuanto hace un insensato
Sujeto siempre a voluntad ajena;
¡Que hay una *ley* sangrienta que lo ordena
Y no vale ser hombre ante esa *ley!*

¡Adiós, mi dulce *Libertad* amada;
Adiós mi gloria, mi ilusión, mi vida!
Tú no me repudiaste, no, querida;
Tú no me abandonaste, que yo fuí...
Si alguna vez la soledad visitas
De los que vierten del esclavo el lloro,
Pide mi sangre, porque *yo te adoro;*
¡Soldado o libre, moriré por ti!

Madrid, mayo 29 de 1872.

(De *La Ilustración Republicana Federal*, 8 de junio de 1872.)

EL DIENTE

El periodismo es una sierra, y de ella
Un diente he sido yo.
Mordiendo famas construí una estrella
Y nunca me alumbró.
Como Dios, de la nada hice un prodigio,
Un héroe de un reptil,
De una gran calabaza, un gran prestigio
Que adoran gentes mil.
La calumnia cedió, cedió el denuesto
Y cuanto pudo ser
Obstáculo a mi marcha, por supuesto,
En fuerza de morder.
Hecho el milagro, hecho el asombro, la obra
Del diente terminó.
Nada al ídolo falta, antes le sobra.
¿Qué sobra? ¡El diente: yo!

1875.

LA MUJER CUBANA

Como un día surgió la Venus griega
Del misterioso seno de los mares,
El pie en la espuma que en su torno juega,
La frente en los espacios estelares,

Así la ola rompiendo cristalina
Que besa en paz la playa americana,
Casta y gentil aparición divina,
Surgió a mis ojos la mujer cubana.

¡Vedla! En las fantasías del poeta
Forma no se alza más radiante y pura,
Ni hay color del artista en la paleta
Que a bosquejar alcance su hermosura.

El coro de las Gracias, a su paso,
Tiéndele sus guirnaldas por alfombra,
Y tanto sol no se hunde en el ocaso
Como de sus pestañas tras la sombra.

De un beso efluvio que robó, indiscreto,
A una Nereida un Silfo, ebrio de amores,

Lleva en su propio origen el secreto
De su amor a las perlas y a las flores.

En la cambiante luz de su pupila,
Que copia los estados de su alma,
Junta el furor del rayo que aniquila
A la serenidad de un lago en calma.

Y en la altivez de su gallardo busto,
Que cinceló el Amor en alabastro,
Hay de una reina el continente augusto
Y el reposo magnífico de un astro.

Ríe, y la risa de sus labios rojos
Baña en ondas de luz los corazones;
Llora, y parece que sus grandes ojos
Vierten, en vez de lágrimas, perdones.

¡Vedla! A sus ansias de ideal, estrecha
La atmósfera terrena halla importuna;
Su alma de sueño de ángeles fué hecha
Y su cuerpo de rayos de la luna.

De sus miradas, donde el sol se enciende,
Llega el fulgor al pecho solitario
Como sobre el altar la luz desciende
De la lámpara que arde en el sagrario.

Guarda la fe su alma pudorosa
Como la esencia el cristalino pomo,
Y es, cual la de un cometa, luminosa
La huella leve de su pie de gnomo.

Del azahar el aroma penetrante
No embriaga más que el que su aliento exhala,
Ni la palmera esbelta y arrogante
La gallardía de su talle iguala.

Su voz, que es a la vez canción y lloro,
Nota de guzla y vibración de lira,
Tiene los ecos de celeste coro,
El murmullo del aura que suspira,

Los sollozos del niño que se queja,
La majestad de un himno de victoria;
La tristeza de un canto que se aleja,
El compás de una marcha hacia la gloria,

Los arpegios del ave en la enramada;
Toda la escala, en fin, todos los ruidos
De esa gran sinfonía al par cantada
Por los mundos, las almas y los nidos.

¡Oh, yo la vi! En las noches tropicales
Vi aparecer su imagen peregrina,
Virgen de fuego, envuelta entre cendales
De nívea gasa y rósea muselina.

Como al contacto de una llama errante
El éter a su paso se inflamaba,
Sembrando por doquier, volcán flotante,
Ruinas de amor su candescente lava.

Y al contemplar su frente de azucena
Y su palabra al escuchar sonora,
Mi alma, de duelo y de pesares llena,
Sintió el rocío de una nueva aurora.

De mi pecho en el campo de batalla
La esperanza surgió como un trofeo;
Tornó el reposo al corazón que estalla,
Despertó la ilusión, brotó el deseo,

Y mi espíritu ante ella, imponderable
Conjunto de celestes maravillas,

Desde entonces absorto, en inefable
Contemplación, ¡la adora de rodillas!

¡Ah! ¿Cómo no, si de ostentar se precia
Lo que más en el mundo se idolatra:
La abnegación sublime de Lucrecia,
La belleza inmortal de Cleopatra?

¿Si su seno al amor se abre anhelante
Con las ansias del pétalo a la brisa,
Y jamás, como madre o como amante,
La superó Cornelia ni Eloísa?

¡Salve, mujer! Dios agotó en tu hechura
Todo el esfuerzo de su numen santo,
Y al Arte irreductible tu hermosura,
No hallo a expresarla voces en mi canto.

Habana.

ARISTAS

La gloria es un gran convite
Donde no tienen acceso
Ni la mujer sin virtud
Ni los hombres sin talento.

Tiene una hoja la espada,
Tiene tres el pensamiento;
Por eso, más que la fuerza,
Destroza y mata el ingenio.

De mis juguetes de niño
Hice almoneda mozuelo.
Un viejo los remató...
¡Y era yo mismo aquel viejo!

La dulzura en la mujer
Es cual la calma en el mar,
Que hace la nube esperar
Y la borrasca temer.

AL MAESTRO CHANÉ

Perdona que a recibirte
No vaya al remolcador:
Nunca a remolque ha sabido
Navegar mi corazón.

Él te acompañó a la patria,
Allí a tu triunfo asistió,
Te dió su aplauso en el teatro,
Brindó en la cena en tu honor.

Y pues contigo regresa
De la larga expedición,
El ir a esperarte a ti
Fuera ir a esperarme yo.

Habana, septiembre de 1907.

EN EL ÁLBUM

DE MI BIEN QUERIDO AMIGO GALO SALINAS RODRÍGUEZ

FRAGMENTO

Cuando dos almas errantes
Se encuentran y se confunden,
En una sola se funden
Sus esencias y su ser;
Y como dos gotas de agua
De una en la forma perdidas,
Un espacio siempre unidas
Y un destino han de correr.

Y ora rujan tempestades,
O apacible y bella aurora,
Luz derramando y colores
Surja de la noche en pos,
Si una canta, la otra canta;
Si una llora, la otra llora,
Que en placeres o en dolores
Una misma son las dos.

A LA HERMOSA NIÑA ROSARIO CANEDA Y FERNÁNDEZ

Cuando a mi tierra vuelto
Pasé, tras larga ausencia,
Cogidos de la mano
Mis enfermizos hijos por tu puerta,
Tú, al balcón asomada,
Sacando la cabeza,
Rubia como una espiga,
A través de la verde enredadera,
«Bien venido — dijiste —
A su patria el poeta.»

Levanté al escucharte
Mi frente de tinieblas,
Y he recordado al verte
De aquel cuadro alemán aquella escena
En que, cual tú, una niña,
Asomada a la reja,
Ofrece una corona
Tejida de laurel y madreselva
A un soldado que vuelve
Inútil de la guerra.

Yo, como aquel soldado,
Luché con mala estrella
Y llegaba a mis lares
Desangrado también, también sin fuerza.
¡Ay! Pero su derrota
Quizá no le avergüenza,
Y yo dejé en el campo,
De los tiranos enemigos presa,
Mi ejército, los parias;
La libertad, mi enseña.

Profunda era la noche,
La confianza ciega;
Todos dormían... menos
La traición que medita la sorpresa,
Cuando de pronto vimos,
Feroces, carniceras,
Venir sobre nosotros
Las insurreccionadas turbas ebrias...
¿Por qué despedazados
No hemos muerto en la brecha?

Todos huyeron, todos,
Como espantada cierva,
Y no quiso ninguno
El honor aceptar de la hora extrema.
Y el que nunca a su patria
Sobrevivir debiera,
Alma sin ideales,
De libertad y de esperanza huérfana,
Mendiga de un espectro
La inútil existencia.

Rubia, de la del cuadro
Azul reminiscencia:
El soldado vencido
Posible es que a luchar otra vez vuelva.
Si entonces victorioso

No pasa por tu puerta,
Niégale tu saludo,
No corones su sien maldita y pérfida:
¡Los que al progreso marchan,
Triunfan o no regresan!

1879.

NIHIL

¿Dónde estás?... Por hallarte, con ansia loca,
Recorrí inútilmente pueblos y edades;
Trepé a la inexpugnable gigante roca
Y descendí a sus hondas profundidades.

Perdíme en el ardiente núcleo febeo,
Habité en la caverna que el mar socava,
Fermenté en la retorta del mago hebreo,
Cabalgué sobre nubes de roja lava.

Registré las entrañas de los volcanes,
Escudriñé los senos del mar sombrío,
Interrumpí el reposo de los titanes
Y de la momia fósil el sueño frío.

Penetré en la pagoda y en la mezquita,
Bajo la bizantina bóveda esbelta,
En la apartada ruta del cenobita,
En el druídico bosque y el dolmen celta.

Conjuré a las esfinges y a las sibilas,
Al tosco jeroglífico, al libro santo,
Al ídolo monstruoso de hoscas pupilas,
A la marmórea estatua de regio manto.

Sorprendí en el desierto las caravanas,
Las hordas en sus crudas depredaciones,
Las tribus en sus locas fiestas livianas,
En sus solemnes ritos las religiones.

Sobre el terruño al paria, de honor cubierto,
Sobre el solio al tirano, de ira beodo,
Al sabio meditando sin norte cierto,
Al verdugo nutriéndose de sangre y lodo.

Uní mi voz al eco de la campana,
Al doliente gemido del moribundo,
Al grito de la esclava conciencia humana,
Al himno de los mártires tierno y profundo;

Al susurro apacible de auras y fuentes,
Al rumor de las frondas y las cascadas,
Al pavoroso estruendo de los torrentes,
Al fragor de las trombas huracanadas;

Al áspero silbido de las serpientes,
Al clamor de las aves desorientadas,
Al ronco son del trueno por las vertientes
Y al del alud que invade las hondonadas...

¡Nadie me dió noticia que de ti arguya!
Todo ha sido en mi torno calma y mutismo;
¡No he encontrado ni rastro ni sombra tuya
En la tierra, en los cielos, ni en el abismo!

A LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA INFANTIL

DE

LUIS BLANC

¡Salve, juveniles soles
Que en áurea constelación
Custodiáis el panteón
De los astros españoles!
Ante vuestros arreboles
Los del alba palidecen;
La flor que las auras mecen
Con vuestra luz se colora,
Y a vuestros rayos de aurora
Los sepulcros se esclarecen.

El Genio, que os da arrogancia,
En vos demostró esta vez
Que si no tendrá vejez
Tampoco ha tenido infancia;
Que en tal modo la distancia
Que os separa de él salváis,

Que apenas os iniciáis
En el Arte peregrina,
Ya con la turba divina
De los dioses disputáis.

Sí; al grito que os victorea
Acuden en vuelo santo
Marión Delorme con su encanto,
Con su austeridad Romea;
Y uniendo a la que os rodea
Su solemne aclamación,
Radiantes de admiración
Del pueblo entre las corrientes,
Asoman las calvas frentes
De Shakespeare y Calderón.

Y es que si en vuestra cabeza
El Genio posó sus alas,
El Arte os prestó sus galas,
Los silfos su gentileza.
Y tanta y tanta extrañeza
Vuestros encantos suscitan,
Que cuantos aquí os visitan
Dudan, consigo en disputa,
De si es el teatro una gruta
Donde los gnomos habitan.

Mas ¿quién no habrá de dudar,
Si por vuestro esfuerzo son
El Arte una religión
Y el escenario un altar?
¿Si apenas sabéis hablar
Y ya enseñáis a sentir?
¿Si saben tan bien decir
Los que aún no bien balbucean,
Y si de tal modo hombrean
Los que empiezan a vivir?...

No hay, no, para celebrarte
Palabras bastante bellas,
¡Oh hermosa explosión de estrellas
Sobre el cielo azul del Arte!
Exhausto para cantarte
De numen y de calor,
Pues tanto aplauso en tu honor
Una y otra vez presencio,
Mi admiración, mi silencio
Sea hoy tu triunfo mejor.

Orense y mayo de 1879.

NOTAS [1]

Al solo objeto de que los lectores conozcan la historia de algunas de las composiciones que forman este volumen, hémonos permitido la libertad de escribir algunas ligerísimas notas, en las que, a guisa de comentario, digamos no más que unas pocas palabras, para que por ellas puedan juzgar los admiradores del inmortal autor de *Aires d'a miña terra* cómo y de qué tan prodigiosa manera se reveló, grandioso, el estro del poeta cuando apenas Curros Enríquez trasponía los umbrales de la juventud, franqueándole su talento con llave de oro las puertas del templo de la fama.

Es verdaderamente asombrosa y edificante la labor de Curros Enríquez en sus primeros años, máxime si en cuenta tenemos cómo y de qué manera se vió precisado a trasladar a las cuartillas las magistrales rimas que concibiera su prodigiosa fantasía, desbordándo e como cascada de oro sobre un lecho de flores, donde el Amor y la Libertad celebran sus nupcias con un beso inacabable que el alba preside.

(1) Del recopilador.

Curros Enríquez, a semejanza del llavero de los tiempos viejos, de nuestro sublime Zorrilla, vióse precisado a huir de la casa paterna cuando apenas diez años contaba. Buscando otro ambiente de libertad y amor — ¡éstos fueron sus dos ideales! —, dejó la tierra nativa y fuése a otras, comiendo el amargo pan de la emigración en plenas calles de Londres, cuando la célula de su vida marcábale ese límite en que la niñez acaba y la juventud principia.

El éxodo de Curros Enríquez fué duro y amargo. Lucieron para él tristísimas auroras, y más de una vez no tuvo pan que llevarse a la boca.

Eterno flagelador de los verdugos de Europa, tuvo su lira apóstrofes verdaderamente gigantescos, y fueron sus cantos picotas en las que clavó a los conculcadores de la libertad y a los enemigos de su patria.

Careciendo, pues, de pan y de hogar escribió sus primeros versos; y en aquellos luctuosos días que transcurrieron para la nación española, precursores de la revolución de septiembre del 68, ya Curros Enríquez era considerado como una futura gloria de las letras patrias. Al aparecer, años más tarde, su obra maestra *Aires d'a miña terra,* la esperanza se convirtió en realidad, y desde entonces hasta la triste fecha del fallecimiento del poeta, la fama de Curros Enríquez traspasó las fronteras, y en todas partes se le consideró como uno de los literatos españoles más célebres, si que también el primero de los poetas de Galicia; gozando estas justísimas preeminencias con la divina Rosalía Castro, aquella mujer ángel que, como Bécquer, hizo del dolor una corona para ceñir sus sienes.

El Maestre de Santiago.

Esta bellísima leyenda fué escrita por su autor cuando era adolescente. Muchos de sus versos pueden competir con los mejores que brotaron de la pluma de Zorrilla y de otros poetas de nuestro siglo de oro. Si bien es cierto que en algunos pasajes existen incorrecciones de estilo, justo es reconocer que las bellezas son innúmeras. Al reimprimir esta leyenda su autor, la prensa ultramontana vomitó censuras verdaderamente asquerosas desde las columnas de sus diarios, llegando a suponer algunos zurrapistas del bando neo, que Curros Enríquez había escrito esta obra en la madurez de su talento, y que las incorrecciones de estilo —que ya declara su autor en la nota puesta al fin de la leyenda— eran no más que una disculpa candorosa para curarse en salud de los ataques de la crítica.

¡Pobrecitos ultramontanos! Creyeron con sus diatribas menguar la justa fama de Curros Enríquez; pero no contaron con la huéspeda, que era, ni más ni menos, el varapalo unánime de la crítica sana, representada en aquella época (1892) por nuestros primeros literatos, los que acorralaron a los escribidores de tres o cuatro periódicos carlistas, reduciendo al silencio sus torpes e insidiosas apreciaciones.

El Padre Feijóo.

Esta hermosa loa fué escrita por su autor en pocas horas. El pueblo orensano quería inmortalizar en bronce al sabio de Casdemiro, erigiendo una estatua al sublime autor de las *Cartas eruditas*. El marqués de Trives, prócer gallego ilustre, y otros distinguidos lite-

ratcs de la capital orensana, formaban parte de la Comisión organizadora para la erección del monumento — que desde hace más de veinte años se levanta gallardo en aquella ciudad —, y estos señores fueron a casa del poeta para rogarle escribiera un apropósito. Por aquellos días había llegado a Orense una notabilísima Compañía infantil, dirigida por el gran escritor revolucionario Luis Blanc — en la que había artistas-niños que andando el tiempo habrían de alcanzar justo renombre en la escena española —, y que con creciente aplauso recorrió España entera. Curros Enríquez, que era tan gran poeta como hombre modesto, vaciló un momento, dudó varios minutos, conceptuó tarea superior a sus fuerzas el perentorio encargo, que había de ser cumplido pasadas veinticuatro horas. Y al transcurrir el exiguo plazo marcado, Curros Enríquez leía a la Comisión del monumento a Feijóo los hermosos versos de su loa, que maravilló a los oyentes, y más tarde congregó en el Teatro Principal de Orense a un público — donde todas las clases sociales tenían su representación — que aplaudió con entusiasmo a su poeta favorito.

Los secuaces del obispo Cesáreo Rodrigo (q. e. p. d.) — cuya gestión llevó al hogar del poeta muchos sinsabores y no pocas lágrimas — se horrorizaron e hiciéronse cruces, conceptuando como un sacrilegio que el Padre Maestro apadrinara los amores de Fray Diego y Marta.

Tributo de sangre.

Esta admirable composición es un canto a la Libertad, ternísimo, al par que un apóstrofe valiente, si los hay, lanzado contra esa odiosa contribución de sangre

que despuebla los hogares, hace verter lágrimas de sangre a las madres españolas, deja huérfanas de amores y de ternuras las rejas de las novias, y sin guía la esteva y el arado.

El gran escritor republicano D. Enrique Rodríguez Solís dirigía en Madrid, por la época en que esta composición vió la luz pública, un periódico intitulado *La Ilustración Federal*. Y Curros Enríquez, en unión de Marcos Zapata, el viejo cantor de las libertades aragonesas, y de otros célebres escritores, colaboró en el mencionado periódico, dejando en aquellas columnas recuerdo imborrable de su talento poético.

Tributo de sangre alcanzó un éxito enorme, y casi todos los periódicos liberales de España reprodujeron la bella poesía, que era como un toque de somatén lanzado a los cuatro vientos de la triste España, entonces, como hoy, entregada a la grey reaccionaria, para quien era un delito el pensar.

Oda a la Guerra civil.

Eran los tristes días en que las hordas carlistas asolaban los campos de la patria. Hijos contra padres y hermanos contra hermanos eran lanzados a la pelea. La contienda civil, el mayor infortunio que experimentar puede una nación civilizada, nos deshonraba y nos envilecía a los ojos del mundo. Curros Enríquez era entonces un joven de aún no cumplidos veinte años. Un ligerísimo bozo apuntaba en su labio superior. Recién venido de Londres, de la emigración, a la que le llevaron unos versos escritos contra O'Donnell, vió a su patria teñida en sangre, y se aprestó a pulsar las cuerdas de su lira. ¡Tirteo no las pulsara con mayor brío!

Rota la patria, despoblados los hogares y la familia española ardiendo en odios por la mejor o peor posesión de una corona, Curros Enríquez sintió en su alma germinar una blasfemia, que iba subiendo poco a poco del pecho a los labios. Y en estas circunstancias nació este hermoso canto de su lira augusta, congregando al perdón, a la paz.

Imaginamos y comprendemos el desaliento del poeta al mirar en torno suyo aquel espectáculo siniestro, horrible, que ofrecía la patria española en aquellos días, fechas tristes que nosotros borraríamos con gusto de la Historia.

Y el poeta retuvo algunas semanas aquellos versos, aquel hermoso grito de condenación para los que ensangrentaban nuestros montes; y una tarde, sin duda por una de esas singulares revelaciones del espíritu, copió con mano insegura aquellos renglones cortos, que iban poco a poco tiñendo las albas cuartillas de pensamientos rotundos, de decires bravos y magníficos, y metidas más tarde las cuartillas en un sobre, escribió el poeta estas palabras: «Sr. Director de *Los Lunes de El Imparcial.*»

Curros Enríquez entregó el sobre en la Redacción a un portero, con la creencia, ¡tal vez!, de que sus versos irían al cesto de los papeles. Y a los pocos días *El Imparcial* publicaba en su sección de «Los Lunes» la *Oda a la Guerra civil,* haciendo un caluroso elogio de su autor. Y el autor de la *Oda a la Guerra civil* recibía, con la satisfacción del premio alcanzado, 15 pesetas y 25 ejemplares del periódico.

Pocos días después, *El Imparcial* publicaba en su sección de anuncios: «Se desea saber el domicilio de D. Manuel Curros Enríquez.» Y Curros Enríquez, absorto ante aquel requerimiento extraño, fuése a la pla-

za de Matute, núm. 5, y de labios del gran patricio don Eduardo Gasset y Artime, glorioso fundador del periódico aludido, escuchó estas palabras: «El que escribe odas como la que usted ha escrito, tiene conquistada ya su reputación de poeta: en esta Redacción tiene usted un puesto desde hoy.» Y Curros Enríquez aceptó el puesto que le ofrecían, y desde aquel momento fué redactor de *El Imparcial,* alternando en su labor con hombres que enaltecieron la historia del periodismo, entre los cuales muchos de ellos pertenecen a la lista de los que fueron, y otros viven para honra y gloria de las Letras.

Mariano Aráus, Isidoro Fernández Flórez, Alonso de Beraza, entre los fallecidos, y de los que viven, Ortega Munilla, Mellado y otros ilustres hombres, fueron compañeros de Curros Enríquez en la tareas periodísticas.

Más tarde, Curros Enríquez fué enviado al teatro de la guerra, como corresponsal del repetido periódico, y desde allí envió crónicas escritas con tan galano estilo y ternura tal, que pronto estos trabajos fueron cimentando su fama, no sólo de poeta exquisito, sino de periodista excelente.

En uno de los sucesivos tomos publicaremos lo más escogido de esas crónicas de la guerra.

La canción de Vilinch.

Bastaría esta composición, modelo en su género, para consolidar la fama de Curros Enríquez como poeta. Esta poesía, que reprodujeron casi todos los periódicos de España en aquel entonces, fué remitida por su autor a *El Imparcial* y publicada en dicho diario siendo Curros su corresponsal.

Por no hacer más extensas estas notas, damos fin aquí a nuestra labor. Muchas de las demás composiciones que este libro contiene fueron escritas por su autor en Madrid desde 1887 a 1893, y otras en la Habana de 1895 a 1905, entre las que descuella por su belleza la intitulada *La mujer cubana.*

No queremos terminar estas desaliñadas líneas sin enviar un expresivo tributo de gratitud a los excelentes escritores D. Ramón Armada Teijeiro y D. Juan Neira Cancela, los que coadyuvaron a la labor de este tomo.

ÍNDICE

	Páginas
Ofrenda de oro	V
El Maestre de Santiago	1
Dedicatoria	3
Prólogo	5
Libro I. — Crimen y expiación	17
Libro II. — Amor	63
Libro III. — Arrepentimiento	111
El Padre Feijóo	139
Poesías escogidas	173
La Guerra civil	175
La canción de Vilinch	181
A Carlos de Ulloa en *El Fausto*	185
Homenaje a la poetisa D.ª Emilia Calé y Torres de Quintero en la inauguración de la Sociedad «Galicia Literaria»	186
Conjuro	189
Serenata fúnebre	195
Kásida árabe	200
A los vates gallegos	203
A las niñas de mi querido amigo M. H. y M., en su partida	204
El árbol maldito	207
A Andrés Muruais, muerto	210

Páginas

Epístola..... 211
La primera cana..... 215
Elegía..... 218
Tributo de sangre..... 221
El diente..... 225
La mujer cubana..... 226
Aristas..... 230
Al maestro Chané..... 231
En el álbum de mi bien querido amigo Galo Salinas Rodríguez..... 232
A la hermosa niña Rosario Caneda y Fernández..... 233
Nihil..... 236
A la Compañía dramática infantil de Luis Blanc..... 238
NOTAS..... 241

LS
C 9736m
253722
Author Curros Enriquez, Manuel
Title El maestre de Santiago.
DATE.
NAME OF BORROWER.
17 2 22

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU